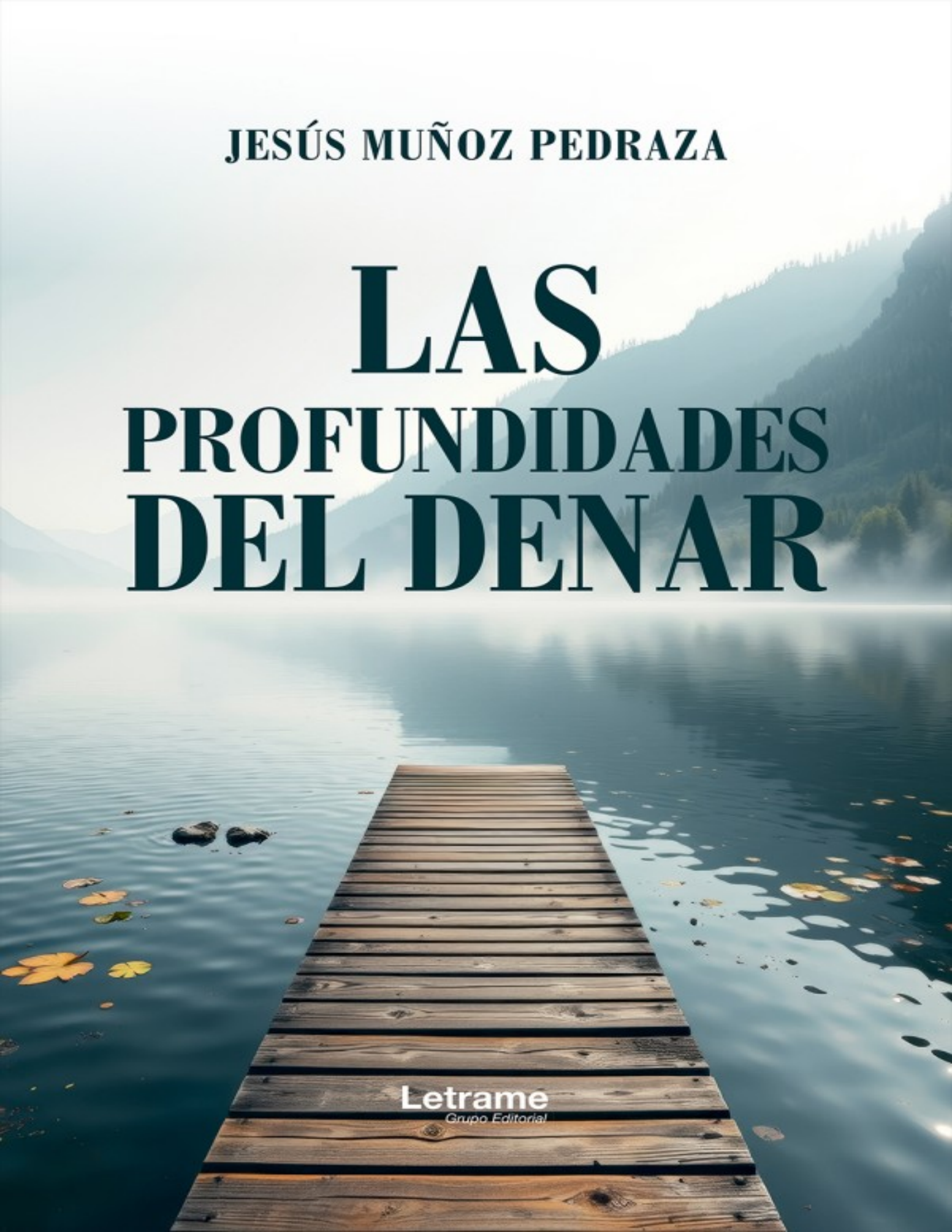
JESÚS MUÑOZ PEDRAZA

LAS PROFUNDIDADES DEL DENAR



Letrame
Grupo Editorial

© Derechos de edición reservados.
Letrame Editorial.
www.Letrame.com
info@Letrame.com

© Jesús Muñoz Pedraza

Diseño de edición: Letrame Editorial.
Maquetación: Julio Gónzalez López
Diseño de cubierta: Rubén García
Supervisión de corrección: Celia Jiménez

ISBN: 979-13-7029-948-4

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida de manera alguna ni por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación, en Internet o de fotocopia, sin permiso previo del editor o del autor.

«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47)».

Para mi Flor del Desierto:
sin ti la vida y la inspiración
para escribir no serían las mismas.

A mis chicos, Lennon y Áxel,
que algún día puedan disfrutar de esta historia.
A mis padres y hermanos,
por dejarme ser siempre el niño que soy.

«El Guardia Civil no debe ser temido sino de los malhechores; ni temible sino a los enemigos del orden. Procurará ser siempre un pronóstico feliz para el afligido, y que a su presentación el que se creía cercado de asesinos se vea libre de ellos; el que tenía su casa presa de las llamas considere el incendio apagado; el que veía a su hijo arrastrado por la corriente de las aguas lo crea salvado; y, por último, siempre debe velar por la propiedad y seguridad de todos».

Artículo 6, Cartilla del Guardia Civil, 20 de diciembre, 1845.

Preámbulo – La felpa

—¿Qué te dijo?

El oscuro sujeto preguntaba. Mientras, sus dos machacas sujetaban a la víctima por los brazos y le propinaban un fuerte puñetazo en el estómago.

—Chicos, chicos... —respondió el agredido, tosiendo saliva teñida de rojo—. No quería decíroslo, pero la Real Federación de Artes Marciales me obliga. Soy cinturón negro, noveno Dan de karate. Por ley, debo advertir tres veces en alto antes de usar mi fuerza letal contra otras personas. Esta es la primera.

Los dos gigantones se miraron atónitos y empezaron a reírse. Uno de ellos le dio tres golpecitos en la cocorota, asintiendo con la cabeza. El sujeto oscuro no se rio. Se colocó frente a él y, con un simple gesto de su mentón, ordenó a sus esbirros que se hicieran a un lado.

—Última vez: ¡¿QUÉ DIJO?! —gritó. Su amenaza resonó en la corteza de los grandísimos árboles que los rodeaban e intimidó a la poca fauna que osaba acercarse lo más mínimo. Ante la falta de respuesta, con la mano derecha empuñó una pistola y encañonó a la víctima. La mano izquierda le sirvió solo para un repaso chulesco del pelo antes de apretar el gatillo sin pestañear.

El disparo revolvió la quietud del valle un instante, pero acto seguido, nada. El silencio más absoluto.

Capítulo I – Un huevo para Murillo

—¿¡Dónde coño está Murillo!?

El bramido furioso y desgarrado de Andrés Peñaranda, capitán del Subsector de Tráfico de Palencia, se escuchó desde la antesala del puesto de la Guardia Civil de Alar del Rey. Tan solo un segundo después las puertas del cuartel se abrieron de un fuerte manotazo. El capitán atravesó el umbral sin esperar a que el guardia de puertas anunciara su llegada al puesto. Caminaba con la cabeza adelantada del resto del cuerpo, como un animal embravecido que se prepara para embestir a otro.

Habían pasado tres días sin saber nada del guardia Ángel Murillo. Desde nuestro último turno de patrulla juntos no había dado señales de vida y tampoco había justificado sus ausencias del servicio. Me cuadré ante el capitán, que supuse querría preguntarme por ello. Sin embargo, este pasó de largo sin ni siquiera mirarme a los ojos. A un metro de mí, se detuvo y preguntó por el despacho del sargento Manzano.

—¿La oficina de Manzano? —soltó ásperamente.

El oficial escudriñaba las distintas puertas del largo y pobremente iluminado pasillo del puesto.

—La primera puerta de la izquierda, mi capitán —respondí, volviendo la cabeza e intuyendo una contestación acorde al humor de perros que traía consigo.

Nada de eso. Mi indicación resultó irrelevante, ya que el propio sargento, que había oído vociferar al oficial superior, salió de su despacho para recibirlo.

—A la orden, mi capitán, buenos días —dijo con voz tranquila y rostro sereno, para añadir a continuación—: pase a mi despacho.

Aquel entró en la oficina y cerró la puerta con un portazo que resonó en el pasillo con un efecto de eco sordo. El capitán de Tráfico de Palencia era casi un niño comparado con el sargento Manzano. Tenía veintiocho años y

era de «sangre azul», salido directamente de la Academia de Oficiales de la Guardia Civil de Aranjuez como teniente con solo veintitrés. Se dejaba ver más bien poco por la zona norte de la provincia, pero su presencia siempre se hacía notar. Tosco, altanero, bravucón y, a veces, maleducado, se dirigía a nosotros, los guardias civiles bajo su mando, con sequedad y poca o ninguna empatía.

Fuera del despacho se oían las voces del capitán y, solo de vez en cuando, alguna contrarréplica del sargento que por ser en un tono más templado y conciliador resultaba ininteligible desde el exterior.

El sargento, o Manzano, como lo conocían todos los veteranos de la zona, había servido en distintos puestos de la demarcación norte de Palencia como guardia civil a lo largo de casi cuarenta años de carrera. Hijo y nieto de guardias civiles, y ahora con dos hijas (Celia y Olivia) en el cuerpo, decidió hacerse sargento cuando estaba a punto de cumplir los cincuenta, edad límite para optar al ascenso. Lo hizo, según decían, por tener una pensión algo más digna al alcanzar la jubilación. Después de tantos años en la comarca, todos los guardias del puesto de Alar del Rey y de alrededores lo seguían llamando Manzano. Yo, en cambio, como solo llevaba seis meses en el destacamento de Tráfico, no me sentía con tal confianza y me dirigía a él como «mi sargento».

El sargento Manzano peinaba canas, como a él mismo le gustaba decir, para referirse, por un lado, al pelo de su cabeza, completamente blanqueado, y por otro, a la veteranía en «la empresa». Era un hombre alto y delgado que estaba en una forma física inmejorable para su edad. Salía a correr una hora cada tarde y hacía kilométricas jornadas en bicicleta con sus amigos y ocasionalmente con algún compañero más joven que se atrevía a dudar de su resistencia e, ingenuamente, se apuntaba a la marcha. Conocía a la perfección la demarcación y a sus habitantes y, como sargento comandante de puesto, dirigía la labor policial y administrativa del puesto con efectividad y diligencia. En resumen, un buen jefe querido y respetado por todos.

Lejos de convertirse en un suboficial adocenado, y pese a que le quedaban dos años escasos para pasar a la edad de reserva, Manzano se

había ofrecido voluntario para tramitar cualquier papel administrativo de los guardias de la especialidad de Tráfico que estábamos temporalmente instalados en Alar. Las oficinas de nuestro destacamento en Herrera de Pisuerga estaban en obras y la cosa pintaba para largo. Además de esto, la vacante de sargento de Tráfico llevaba un año sin cubrirse, por lo que Manzano había devenido en una especie de padre para todos nosotros, los guardias de Seguridad Ciudadana de Alar y los de Tráfico de Herrera. Él, sin embargo, no le daba más importancia a esta excepcional doble función y simplemente repetía su mantra favorito si alguien lo preguntaba:

«Hay que hacer lo que hay que hacer cuando hay que hacerlo».

El capitán, aún con la cara roja de chillar y el gesto contraído, abrió la puerta del despacho del sargento y, sin decir una palabra más, tomó la salida del cuartel y se marchó. Manzano salió a continuación y se encontró con una pareja del puesto que acababa de llegar al cuartel. No había nadie más con nosotros en la antesala. El guardia de puertas se había «ausentado momentáneamente para realizar una gestión», o lo que es lo mismo, se escabulló al bar para no toparse otra vez con el capitán, al que consideraba insoportable. La expresión pesarosa de Manzano nos hizo suponer que quería darnos alguna clase de novedad importante, así que los tres nos acercamos a él e hicimos un pequeño corrillo. El sargento cogió aire y suspiró con resignación antes de empezar a hablar:

—Quiere que abra un expediente disciplinario contra Murillo por ausentarse a prestar servicio dos días seguidos e imposibilidad de ser localizado para prestarlos.

Nadie dijo nada, así que Manzano se dirigió a Teresa y a Marcos, la patrulla del puesto:

—¿Habéis ido a buscarlo a su casa de Herrera?

—Sí, pero nada —contestó Teresa.

—Y hemos entrado en su piso y todo —aclaró Marcos—. Una vecina nos dejó la llave que le dio Murillo para que riegue las plantas y dé de comer al gato cuando él está de servicio. Allí no hay nadie. Bueno, el gato.

—Y el polvo —añadió ella—, que... hay que ver cómo tiene la casa. Ese tío necesita una mujer en su vida ya.

—¿Para que limpie por él? —se rio Marcos—. Y yo que pensaba que el feminismo estaba en boga.

—¡No, no te equivoques! Una mujer para que le diga dónde tiene que limpiar él —replicó salerosa.

—Al menos no le ha dado un patatús —expresó Manzano con cierto alivio—. ¡Qué raro! Es que no lo entiendo. Conozco a Murillo desde hace veinte años y no ha faltado a un servicio en su vida. Estuvimos un tiempo juntos en el puesto de Herrera y era puntual como un reloj suizo.

El sargento hizo una breve pausa para meditar. Se rascó el mentón e interrogó a Teresa de nuevo:

—¿Y esa vecina? ¿No le ha visto estos días?

—Negativo. Nada desde el viernes —respondió ella—. Y su coche tampoco está.

—Marcos, llama al hospital de la capital, a ver si por lo que sea está ingresado y no nos hemos enterado —ordenó al otro guardia—. Veiga —dirigiéndose ahora a mí—, ¿por qué no te acercas a La Estación 24 horas a preguntar si le han visto? Suele ir a jugar al mus con unos de Olmos de Ojeda. Pregunta a Mari Brezo.

Asentí y Manzano, antes de despedirnos, quiso ser transparente respecto a la gravedad del asunto:

—Hay que encontrarlo. El capitán quiere iniciar un procedimiento sancionador y, si no aparece, ponerlo en busca y captura por un delito de deserción, según el Código Penal Militar.

Un silencio sepulcral se apoderó de la salita al oír aquellas palabras. Sin necesidad de más explicación, cada uno se puso en movimiento a hacer lo que se le había encomendado. Yo me dirigí a La Estación, un área de servicio 24 horas con gasolinera, bar y restaurante que se encontraba en la autovía A-67 Palencia-Santander, a pocos kilómetros de Aguilar de Campoo. Una estación relativamente nueva (llevaba cinco años en funcionamiento) que, sin duda, había dado vidilla a la zona. Era un punto de reunión de camioneros, paisanos de los pueblos de alrededor, turistas que bajaban o subían a Cantabria o a la Montaña Palentina y, por qué no decirlo, guardias civiles de los puestos cercanos que, a falta de otra cosa abierta,

acudían a este lugar a tomar café de servicio, especialmente durante los turnos de noche, largos y tediosos la mayor parte del año. En La Estación había una camarera particularmente servicial con los compañeros del cuerpo: Mari Brezo. Era amable con toda la clientela por igual, pero parecía mostrar una especial predilección por «los de verde». Siempre nos recibía con alegría y nos daba palique, poniéndonos al día de los cotilleos locales. En más de una ocasión, cuando íbamos a pagar el café, un discreto guiño y una sonrisa nos indicaban que estábamos invitados, lo cual era todo un detalle por su parte, porque sabíamos que su jefe era un verdadero roñoso y lo tenía estrictamente prohibido. «Como si vienen el rey, la reina y las infantas de la mano, ¡aquí paga "to" dios!», solía advertir a sus trabajadores, que no se lo tomaban muy en serio, a decir verdad. Mari Brezo era una persona de confianza y conocía bien a Murillo. Si había andado por allí durante el fin de semana, ella lo sabría.

Aparqué el vehículo oficial a la puerta del bar de La Estación y, mientras mi compañero se quedaba dentro del coche al tanto de las transmisiones, pasé al local para entrevistarme con ella. Nada más verme entre la gente, que a esa hora apuraba el primer café de la mañana en medio de discusiones de política nacional e injusticias futboleras, me dedicó una bonita sonrisa de buenos días. Llegué a la barra y ella se acercó para saludarme con su habitual gracia natural:

—Hola, Martín, ¿qué puedo hacer por ti hoy?

No pude evitar sonrojarme. Para mis amigos de Santiago y mi familia, siempre he sido Martín, pero en la Guardia Civil desde el principio opté por presentarme ante los demás de un modo algo más formal, usando mi primer apellido, Veiga. Mari Brezo, no sé cómo, logró sonsacarme el nombre de pila el primer día que entré a tomar café en La Estación. Desde entonces, para llevarme la contraria como si fuera un juego entre niños, me llamaba Martín. Era la única que lo hacía.

—Buenos días, Mari Brezo, necesito preguntarte por Murillo. ¿Lo has visto?

—A ver, lo primero es lo primero. ¿Te pongo un café cortado con hielo, como siempre?

Mari Brezo, como buena camarera y mujer, era capaz de hacer dos cosas a la vez. Mientras me preguntaba, no le quitaba ojo a la barra y al resto de clientes, si estaban atendidos, si querían algo más o si habían pagado.

—No, gracias —respondí al segundo—. Lo de Murillo, es importante. ¿Ha estado aquí ayer o antes de ayer? Es que si no aparece le van a meter un huevo.

—¡¿Un qué?! ¡¿Un huevo, has dicho?! —exclamó Mari Brezo, levantando las cejas y soltando una risotada.

Si hubiéramos estado entre compañeros de Guardia Civil, habría dicho directamente que «el capitán se quiere follar» a Murillo, pero ella era empleada en una cafetería y no tenía por qué estar familiarizada con el lenguaje del cuerpo. Además, no era plan de soltar una vulgaridad así delante de una civil, por lo que reformulé mi frase con una explicación apta para todos los públicos:

—Murillo lleva dos días sin presentarse al servicio y el jefe quiere abrirle un expediente sancionador, es decir, una falta en el historial profesional.

Mari Brezo, entonces, adoptó una expresión menos jovial al comprender perfectamente lo que se estaba jugando.

—¡Se quiere follar a Murillo! —exclamó sin complejos.

Lección aprendida. Mari Brezo había pasado muchas horas en La Estación escuchando a los guardias relatar sus penas y alegrías, y eso le había otorgado un máster oficioso en el Instituto Armado.

—Entonces, ¿sabes algo? —insistí.

Me iba a contestar, pero un cliente reclamó su atención desde el otro extremo de la barra a la voz de «¡oye, guapa!». Seguramente, quería algo más para el desayuno o iba a pagar la cuenta. Mari Brezo lo despacharía con viveza. Me indicó con la mano que esperara y se fue a atenderle. Lidiar con tanta gente a lo largo de la jornada laboral la convertía en una fuente de información de primera mano. Más de una vez, los chismes y rumores que se contaban en la cafetería habían ayudado a esclarecer algún delito, sobre todo cuando algún parroquiano se iba de la lengua después de unas cuantas rondas.

Desde mi sitio se me hacía imposible entender lo que aquel cliente le decía. Ella sonreía mientras lo escuchaba y le devolvía algunas palabras, volviéndose hacia mí de vez en cuando para, con un gesto, reiterar que no se había olvidado de nuestra conversación. El bullicio en el bar era máximo y se entremezclaba con el tintineo de las tazas y cucharillas de café y el ruido de los coches al pasar por la autovía colándose por la puerta cada vez que alguien entraba o salía. Aprovechando que estaba de espaldas y seguía ocupada con el cliente, mis ojos repasaron su esbelta figura de pies a cabeza. Tendría más o menos mi edad, unos treinta años, aunque aparentaba menos. Calzaba francesitas de color negro mate y vestía la uniformidad del local: pantalones negros ciñendo unas piernas atléticas, camisa blanca, perfectamente entallada en el contorno de su cintura, y un mandil negro atado a la espalda con el nombre de la empresa, «La Estación», bordado en rojo a la altura del pecho. La Estación, un nombre poco original para una estación de servicio abierta todo el día, pero fácil de recordar.

Mari Brezo solía llevar las mangas de la camisa remangadas hasta los codos, lo cual permitía adivinar un tatuaje en su brazo izquierdo que partía de la superficie anterior del antebrazo y se perdía en el codo, arropado por el pliegue de la camisa arremangada. El tatuaje, un tallo marrón fino sembrado de espinas punzantes, pequeñas hojas verdes y rosas bien perfiladas, tenía unos colores muy vivos donde el rojo intenso de los pétalos impresos sobre la blancura de su piel parecía salirse de la figura, creando un lienzo vivo casi tridimensional. El dibujo tendría su razón de ser y, precisamente por no saberla, no hacía otra cosa que preguntarme si algún día llegaría a escuchar de su boca cuál era. También había querido imaginar un millar de veces cómo sería el resto del tatuaje; a dónde llegaría ese tallo lleno de espinas y rosas, si acaso terminaba en el brazo sin más, o si subía hasta el hombro y se introducía peligrosamente en la clavícula y el resto del busto.

Ensoñaciones aparte, la joven Mari Brezo tenía el pelo de color castaño oscuro, rematado por unas pocas mechas rubias en las puntas. Debía de tener una larga melena, aunque era difícil de figurar porque siempre llevaba un moño muy compacto, o si no, un trenzado doble bien pegado a la cabeza

que daba la impresión de ser harto complicado de hacer. En cualquier caso, dejaba a la vista unas pequeñas orejas decoradas con multitud de diminutos pendientes de formas y colores variados que partían del lóbulo y ascendían hasta la parte cartilaginosa de la hélice. Además de esto, lucía un discreto maquillaje en pómulos y párpados que contrastaba con unos labios carnosos pintados de rojo pasión, a juego con las uñas de las manos, recortaditas y siempre bien esmaltadas. Para completar la reseña, tenía unos dientes blanco-perla que me hacían pensar en una sonrisa de anuncio, capaz de venderte cualquier producto. Se decía que no tenía pareja, cosa que, de ser cierta, seguramente era por decisión propia o por desamor, ya que pretendientes no le faltaban. Yo mismo, más de una vez, había pensado en proponerle quedar después del trabajo, pero no me atrevía por miedo al rechazo y a tener que seguir viéndola después, en cualquiera de nuestras paradas. El mismo Murillo, en una ocasión, debió de notar que miraba demasiado a Mari Brezo y me animó a aprovechar que estaba con «el traje de pedir» para pedirle salir (valga la redundancia). Me negué rotundamente. Tirar de uniforme para conseguir trato de favor no iba conmigo. Tampoco admití que estuviera mirándola (pero sí, sin ser consciente de ello, la estaba devorando con los ojos).

Por fin, terminó con el cliente y regresó hasta donde estaba.

—Así que un guardia civil en busca de otro guardia civil —dijo con ironía—. Mira —añadió, acercándoseme por encima de la barra como si quisiera revelar una confidencia en mi oído—, ahora tengo mucho lío. Si esperas diez minutos, nos tomamos un café juntos, durante mi descanso, y te cuento.

—Perfecto, te espero, pero si nos llaman para un aviso, me tendré que ir —advertí—, que tengo al compañero fuera, en el coche patrulla.

Ella volvió a sacar su mejor sonrisa y guiñó un ojo, dejando claro que lo comprendía a la perfección.

Mientras Mari Brezo se centraba en sus feligreses, me puse a pensar en la cantidad de horas que había pasado con Murillo. Desde que me destinaron al destacamento seis meses atrás, casi siempre había salido con él de servicio, por lo que se podría decir que nos conocíamos bastante bien.

Comenzaron, entonces, a venirme recuerdos de los últimos días antes de que desapareciera sin dejar rastro...

Capítulo II – El Mina

—Veiga, tú eres gallego, ¿de dónde? —preguntó Murillo sin despegar la vista de la carretera, prevenido para dar el alto a cualquier vehículo que viniera en nuestra dirección.

Los dos estábamos de pie sobre un pequeño saliente de tierra en la carretera comarcal entre Barruelo de Santullán y Brañosera, dos pequeñas localidades de la Montaña Palentina. Esta vía secundaria estaba bastante deteriorada, seguramente más por una cuestión de abandono institucional que de tráfico rodado de vehículos, ya que llevábamos tres cuartos de hora apostados en el mismo lugar sin ver un alma. Por ahí no pasaban ni las águilas. No obstante, estábamos en el ecuador del verano y muchos pueblos de alrededor celebraban sus fiestas patronales. Todos los días teníamos un control preventivo de alcoholemia ordenado en un punto distinto con la pretensión de disuadir de beber alcohol y coger el volante, y una orden era una orden. Estando tan solos, al menos, no había que aguantar la reacción negativa de los conductores al pasar por el dispositivo. Éramos el paradigma del aguafiestas personificado («¡vaya, los picoletos!»).

—Soy de Santiago de Compostela —respondí.

—Provincia de La Coruña —agregó de coletilla—. Por cierto, explícame una cosa: ¿por qué tengo que decir «A Coruña» y no «La Coruña», como toda la vida? Y más, ¿por qué hay que decir «Ourense» y no «Orense»?

Estar de servicio con el mismo compañero en la Guardia Civil, especialmente durante los numerosísimos tiempos muertos, te da la oportunidad de conocer muy bien a la persona que tienes al lado (sus gustos, sus fobias, sus manías). Desde que llegué al destacamento había salido casi siempre con Ángel Murillo Medina, veterano del cuerpo que había estado destinado toda su vida en la provincia de Palencia, pivotando de un puesto a otro, casi siempre en la zona norte cerca de Cantabria. Cuando se sacó la especialidad de Tráfico fue destinado a Herrera de

Pisuerga, donde llevaba más años de servicio que en ningún otro destino anterior. Murillo, como lo llamaba todo el mundo, estaba soltero y sin compromiso. Su aspecto físico denotaba la apariencia de un cincuentón bastante cascado al que la vida no había correspondido con excesivos dones de belleza. Era bajito y chato. Debió de entrar en la Benemérita con la estatura mínima, porque cualquier compañero le sacaba fácilmente una cabeza y media, incluso las mujeres, que por lo general suelen ser algo más bajas que los hombres. Además, contaba con una tripa ovalada forjada durante años y años a base de esfuerzo y sacrificio, practicando la modalidad de barra, tapa y caña en los bares de Herrera. Todo esto, en combinación con la ropa del trabajo, le hacía parecer un botijo uniformado. Para completar el cuadro, la piel oscura de su rostro estaba plagada de arrugas y su cabeza, incluso con la gorra de servicio puesta, no podía ocultar una prominente calva, delimitada por una hilera testimonial de pelo en los laterales y la nuca que recordaba a las coronas de laurel de los emperadores romanos. Destacaban, eso sí, sus ojos verde esmeralda, que habitualmente entrecerraba cuando quería distinguir un objeto lejano (sin por ello reconocer que se estaba volviendo miope), y su barba bien cuidada que su barbero de confianza en Herrera recortaba semanalmente a la vieja usanza, empleando una navaja de acero templado muy afilada. Cuando estábamos de patrulla era corriente sacar temas de conversación banales y caprichosos, y ese día le había tocado a la lengua de mis ancestros.

—Puedes decirlo como quieras. Si estás en Galicia y eres gallego: «A Coruña», «Ourense»; y si no, en su forma castellana. Te van a entender de cualquier forma. De todas maneras, nadie te obliga —contesté, concentrado también como él en la carretera—. Por ejemplo, con mis abuelos maternos hablamos siempre en gallego, y con los paternos, que son de León, del Bierzo, en castellano. No veo el problema.

—Ya, pero ¿y esos actores lerdos que se presentan en los Goya en pleno Valladolid y lo primero que dicen es «*boa noite*»? ¡Que están en Valladolid, por Dios! —subió el tono, dejando escapar su indignación.

—Tú lo has dicho, son unos lerdos. Cosas de «bienquedismo» político. No obstante, si es para que te den las buenas noches, o para que te deseen

cualquier cosa bonita y agradable, qué más da el idioma —apostillé, intentando zanjar la cuestión con una nota positiva.

—Pues yo pienso seguir diciendo «La Coruña» —refunfuñó—. Todo el que esté en España debería hablar en español. Los demás idiomas... para los guiris. Me acuerdo una vez que fui a Pollensa, en Mallorca, a visitar a un viejo amigo polilla.

—¿Polilla?

—Sí, sí, ya sabes, polillas: los hijos del cuerpo que ingresamos en la Guardia Civil a través del Colegio de Guardias Jóvenes.

—Ah, vale, sí. Los que entráis por la academia de Valdemoro.

—¡Eso! Bueno, pues dando un paseo por el pueblo vi un establecimiento con un letrero que me hizo gracia: «Perruquería». Pensé: «¡qué nombre más original para una peluquería de perros!», pero cuando me encontré otros tres negocios igualitos a ese con el mismo nombre, empecé a sospechar de los payeses: ¿eran tan pijos que sus mascotas no podían salir de casa sin tupé o qué? Menuda sorpresa me llevé cuando mi amigo me explicó que *perruquería* significaba «peluquería», en catalán. Es que se me quedó cara de lelo. Y así con todo: los nombres de las calles en catalán, las señales, el ayuntamiento... Oye, ahora que estamos cerca de Brañosera —cambió radicalmente de área geográfica—, ¿sabías que fue el primer ayuntamiento de España? Más de mil años tienen a sus espaldas.

—¡Viene un coche! —avisé para aparcar la cháchara y centrarnos en el trabajo.

Era el mes de agosto; a esa hora de la tarde, el sol no daba tregua en la mayor parte del país, que sufría una ola de calor extremo. Nosotros, sin embargo, no nos podíamos quejar. Gozábamos de una temperatura fresquita gracias a la proximidad de las montañas y a la sombra, alargada y generosa, proyectada por los altísimos árboles a un lado de la carretera. De toda la provincia de Palencia, la parte que precisamente más me recordaba a mi tierra era el norte. Su naturaleza verde y salvaje rodeando pueblos y villas era un antónimo de la árida y llana Tierra de Campos, que surgía más o menos en Herrera de Pisuerga y se extendía hacia el sur, por toda la comunidad castellanoleonesa hasta la Sierra de Gredos.

Murillo levantó su brazo izquierdo, mostrando la palma de su mano en señal de alto mientras indicaba, con la derecha, el lugar donde el coche (un Jeep 4x4 nuevecito de color negro) debía detenerse en la estrecha franja de arcén. Una vez hubo parado, cada uno de nosotros se acercó al todoterreno por un costado: yo por el lado del copiloto, dando seguridad; Murillo por el del conductor, para proceder a la prueba. En el interior del vehículo había tres hombres de mediana edad, dos de ellos sentados detrás, mientras que el conductor iba solo en la parte frontal. El asiento del pasajero delantero, pues, estaba vacío, lo que no dejaba de resultar extraño, como si de un servicio de taxi se tratara. El conductor apagó el motor y bajó la ventanilla. Con mucha educación se dirigió a Murillo:

—Buenos días, agente. Vengo de hacer una ruta por el bosque con unos amigos americanos. Somos de un club de senderismo.

Murillo saludó militarmente (como correspondía), al tiempo que solicitó su identificación:

—Buenos días, caballero, ¿me permite la documentación antes de realizar una prueba de alcoholemia?

Lo cierto es que su petición me extrañó bastante. En esta clase de pruebas, el objetivo es testar cuantos más conductores, mejor. Su identidad solo interesa si dan positivo en el alcoholímetro. Pero ¿para qué ponerle pegas? Era nuestra primera «víctima» aquella tarde (quizá la única) y había tiempo más que de sobra para una rápida comprobación.

El conductor, muy diligente, accedió y sacó su carnet de conducir. El documento decía «Alonso Ibáñez Costa», así que, desde ese momento, Murillo se dirigió a él por su nombre para explicarle cómo soplar por el dispositivo de prueba. Aquel siguió las indicaciones al pie de la letra y dio negativo (0,0 miligramos de alcohol), por lo que Murillo le permitió continuar la marcha:

—Que tenga un buen día, Alonso. Y ustedes, señores —dijo, estableciendo contacto visual con los dos pasajeros traseros—, *have a good day!*

Los pasajeros de atrás, que tenían cara de pocos amigos, se dijeron algo el uno al otro, pero apenas se inmutaron ante el cumplido. Permanecieron

fríos y serios como si la cosa no fuera con ellos. Alonso arrancó y siguió su camino.

—No sabía que hablabas inglés —comenté sorprendido.

—No tengo ni idea. Solo sé decir eso, «hola» y «adiós», lo que veo en la tele, en las pelis —se sinceró Murillo.

—¿No decías que «qué es eso de hablar en otro idioma estando en España»? —aproveché para devolvérsela, imitando su voz de quejica crónico—. De todas maneras, los de atrás tenían poco de americanos —comenté suspicazmente—. Han dicho algo y me ha sonado a ruso, creo.

—Rusos o americanos, da igual. Lo relevante es que perdían aceite.

—¿Ah, sí? No me he dado cuenta. Habérmelo dicho —reconocí, intentando encontrar manchas en el asfalto—. Pero... no veo nada en el suelo.

—Normal, el aceite ya se lo quedan ellos.

—No entiendo.

—Pues esos dos sí, porque eran... ¡de la acera de enfrente! —afirmó con tono infantil.

—¿Qué? ¡Y eso a cuento de qué viene! —exclamé sin entender de dónde salía esa conclusión.

—Mira, para empezar, esos dos grandullones estaban muy apretaditos atrás, piel con piel, mucho roce. Se miraban como si fueran los Amantes de Teruel, o... de «Moscu-ruel», si prefieres pensar que eran rusos. Y para seguir, tenían las botas llenas de barro, seguro que de estar haciendo el cochino por ahí en el bosque, junto a algún riachuelo. ¡Senderistas, ja! —concluyó con un aspaviento.

—Eso no te lo compro, y además, «la acera de enfrente», ¿en serio? Ya nadie habla así.

—Sí, sí se habla así —infló su pecho al decirlo—. ¿Tú qué eres, de los que ya no llaman a las cosas por su nombre? Recuerdo a un compañero en la centralita hace un par de años. Cada vez que daba la descripción de un fulano por transmisiones daba más vueltas que una peonza. Decía..., decía «un ciudadano de color está en busca y captura», y yo, claro, me moría de risa. Y cuando preguntaba: «¿recibido?», yo le contestaba: «¿de qué color

es el ciudadano: rojo, verde o amarillo?». Y otras veces el tío decía: «un grupo perteneciente a una etnia ambulante fácilmente reconocible... bla, bla». Pero bueno, ¿a dónde vamos a llegar? ¡Es que nos hemos vuelto locos o qué! Las cosas son como son y los nombres están para usarlos: los negros son negros, los gitanos gitanos, y los de la acera de enfrente, como esos dos de antes... —hizo una breve pausa, mirando al cielo para pensar— son... maricas, sarasas, truchas, piratones, palomos cojos, bujarras, julandrones, vagones de tren —enumeró de corrido, sacando el máximo partido a su creatividad lingüística. Le tuve que parar para no sentir vergüenza ajena.

—¡Para, para, qué horror! ¿¡Y qué es eso de vagones de tren!?

—¡Ay! Los jóvenes de hoy estáis acogotaos. Vagones de tren... —dijo, resoplando por la nariz y cerrando la boca para contener la risa— porque los enganchan por delante y por detrás.

Murillo y yo éramos de generaciones distintas. Él se vanagloriaba de reírse de todo y de todos con libertad, echándome en cara un supuesto palo de corrección que los nacidos en mi época teníamos de serie metido en el culo. ¿Y qué podía hacer para cambiarle? Nada, solo mirar cómo se tronchaba de risa en medio de aquella carretera desierta.

—No le des más vueltas, Veiga. Mira mi gato: es negro, está gordo y araña si lo baño. ¿Cómo quieres que lo describa? Un gato de color, esferoidal y propenso a afilar sus uñas cuando toca el agua, ¿qué te parece?

Esto último sí me hizo gracia. Por no darle la razón, tuve que volver la cabeza para que no me viera reír. De pronto, cortó la carcajada en seco:

—Espera, una cosa, ahora que caigo. ¿Ruso? ¿Has dicho que te sonaba a ruso? ¡No me digas que, aparte de gallego, también hablas ruso!

—No, no hablo ruso, pero estuve un año estudiando en Polonia y allí se cogía la televisión rusa —expliqué.

—Pero, hijo de mi vida, ¿tú qué has estudiado para ir a Polonia? —preguntó, intrigado repentinamente por mi historial académico.

Me di cuenta de que estaba a punto de entrar en un terreno algo incómodo para mí. Había estudiado el grado de Filología Clásica y ya en los tiempos de la universidad me tocó aguantar a muchos estudiantes de otras carreras que menospreciaban mis estudios por considerarlos inútiles y

sin futuro. Lo habitual, por entonces, era escuchar: «¿eso qué es?» y «¿para qué sirve?», envuelto en aires de superioridad. Por otro lado, en la Guardia Civil había conocido a guardias con infinidad de perfiles variados (desde gente con el graduado escolar aprobado por los pelos a militares profesionales, técnicos superiores de FP y graduados universitarios con titulaciones de nivel como Ingeniería, Telecomunicaciones, Derecho, etc.). No quería que unos u otros me vieran como un bicho raro, ya fuera por tener demasiados estudios o porque estos fueran «raritos», así que por salud evitaba el tema y listo. En esta ocasión, sin embargo, Murillo esperaba una respuesta. Sabía que cuando se emperraba en obtener una, había que dársela sí o sí. De lo contrario, era capaz de dar la plasta más insufrible jamás concebida durante días:

—Estudié Clásicas, es decir, latín y griego antiguo. Lo hice en Santiago, pero un año lo pasé en Varsovia como estudiante Erasmus.

Se hizo un silencio en el que Murillo parecía estar procesando la información. Pensé que estaría ideando su siguiente gracieta, como una lista absurda de griegos y romanos ilustres inventada por él: Máximo Trabuco, Poponio el Grande, Lesbiano de Prostitutea, Prepucio de Alejandría, etc. Sin embargo, no fue así. Comenzó a asentir levemente con una pose seria y meditativa para salir a continuación con unas palabras que rompieron todos mis esquemas:

—*Quo usque tandem abutere, Catilina, patientia nostra*[1]*?*

Ahora el que se había quedado en silencio y procesando la información era yo. ¿Murillo acababa de citar en latín? Y por si no había sido suficiente, añadió la puntilla:

—Cicerón, ¿no es así?

Desde luego que lo último que esperaba de mi compañero ese día era una cita en perfecto latín (máxime después de la conversación que estábamos teniendo); además, clavando la entonación y el autor. No lo dijo por decir. Sabía quién había dicho esa frase. ¡La Catilinaria de Cicerón, nada menos!

Murillo adivinó mi sorpresa fácilmente, entre otras cosas, porque me había dejado boquiabierto.

—¿Qué te creías, chaval? Estudié con los Capuchinos de El Pardo en

Madrid antes de ir al Colegio de Guardias Jóvenes. Yo soy de la vieja escuela, memorizando parrafadas en latín hasta los dieciséis años. Un día te cuento el vínculo de esta tierra con los romanos, que seguro que te gustará. Bueno, ¿y qué tal Varsovia, es bonita?

—Es... es preciosa —dije medio balbuceando, tratando de recomponerme después de la lección de humildad—. Lo más interesante del Erasmus es la gente de Europa y de todo el mundo que llegas a conocer.

—Me hago una idea. ¿Tuviste una novia polaca? Porque son muy guapas, he oído —preguntó Murillo con ganas de fisgonear en mi vida privada.

—Novia sí, pero polaca no. Era española.

—Toma ya, esta sí que es buena. Te vas a estudiar a la otra punta del continente para acabar con una española, ¡qué cenizo! —dijo Murillo entre nuevas carcajadas de risa—. Bueno, ¿y terminasteis bien?

—Lo dejamos cuando volvimos a España. Ella... tenía novio aquí, así que...

Ingenuo de mí, que esperaba algo de conmiseración por su parte, compadeciéndose de mi mala fortuna con aquella chica, pero todo lo contrario. Se echó a reír con más intensidad que antes. Otro coche surgió a lo lejos, justo cuando más lo necesitaba. Era el relevo perfecto. Murillo ya se había entretenido bastante con mis cuentas personales, y eso que no le había querido contar toda la verdad: que yo, mientras salía con aquella española en Polonia, también tenía una novia en Santiago. Ella se acabó enterando de mi infidelidad por unas fotos en internet y, lógicamente, me dejó. Dos por el precio de nada.

Según se acercaba el vehículo, Murillo intentó adoptar una actitud más profesional, conteniendo la explosión de risa que le había provocado. Se aproximaba otro todoterreno, pero a diferencia del 4x4 anterior (impecable y reluciente), este era una fea y sucia tartana con ruedas. Una antigualla de Mitsubishi de los años 80, tan vieja que aún conservaba el nombre original con el que el modelo fue comercializado inicialmente en España: «PAJERO». Este se cambiaría poco después en todos los países de habla hispana por «MONTERO» debido al cachondeo que provocaba (algo que

los creadores japoneses no pudieron ni imaginar cuando se inspiraron en el *leopardus pajeros* a la hora de bautizar la novedosa máquina). Yo, ¿cómo no?, sabía de esta efeméride por mi querido Murillo.

El PAJERO aminoró la marcha ante el alto de Murillo. Cuanto más se acercaba, más dejaba apreciar la capa de suciedad que recubría el coche por entero. Las ventanillas y la luna trasera estaban cubiertas de barro y polvo secos, salvando un ángulo translúcido creado por el parabrisas trasero, que dibujaba un abanico abierto en medio del barrizal. En el coche, un único ocupante. Cuando se hubo detenido por completo a la altura de mi compañero, sacó la cabeza y nos increpó con una impertinencia:

—¡¿Qué, haciendo caja para el Estado?!

De la misma forma que Murillo tenía un gran sentido del humor, no se tomaba nada bien las faltas de respeto o las salidas de tono de los conductores que paraba. Me temía una reacción negativa, por lo que me preparé para calmar las aguas, si es que era necesario. Una vez más estaba equivocado:

—Son muchas bocas de funcionarios que alimentar, Mina —guaseó Murillo—. ¿Qué, cómo va la vida? ¿Qué se cuece por tu mundo: una invasión extraterrestre, fumigaciones aéreas nocivas, un complot internacional contra la liga española de fútbol?

Por suerte, Murillo y el conductor del todoterreno se conocían, por lo que la fiesta se iba a quedar en paz. Murillo le había llamado «Mina». Fuera cual fuera su nombre real, se trataba de un hombre muy mayor (rozaría la ochentena) con los signos propios de la edad y de la dura vida en la montaña. Estaba completamente calvo y se adivinaba un tanto achaparrado, pues asomaba lo imprescindible por encima del volante (y eso con un cojín en el asiento que le hacía ganar unos centímetros de altura). Su voz era aguda y nasal, y su forma de vestir, simple y descuidada: pantalón de pinza aviejado y camisa de algodón a cuadros marrón con la mitad de los botones desdados, dejando asomar una mata de pelo crespo del pecho.

—Pues llevo unas semanas oyendo unos estruendos monstruosos e inexplicables en plena noche —respondió el hombre con su timbre agudo congestionado—. Se oyen entre las tres y las cinco de la madrugada y me

hacen temblar hasta el reloj de la mesilla de cama. Yo creo que vienen del Denar.

—¡Ovnis, seguro! —exclamó Murillo con sorna.

—Puede ser. Además, estoy captando señales de radio rarísimas en un idioma que parece de otro planeta. Pero esto solo pasa de noche.

—¿Sigues poniendo la oreja a ese trasto? Te he dicho mil veces que si sigues husmeando en las frecuencias públicas y privadas con tu equipo de radio, y si sigues emitiendo sin autorización, te van a multar por la Ley de Telecomunicaciones. ¡Y es un leñazo importante!

—¡Bah, bobadas! Esto es real, te lo digo yo —advirtió el Mina—. Mira, llevo el *walkie* portátil conmigo, el viejo Motorola, por si cojo algo, pero ya digo, solo se oye de noche.

—Anda, apaga y tira esa cosa, que al final vas a acabar en un manicomio —contestó Murillo.

—Yo, si les vuelvo a oír esta noche, me comunico con ellos. Ya verás quién tiene razón —dijo poniendo el coche en marcha de nuevo.

En cuanto se hubo ido, me acerqué a Murillo. Asumí que no había querido practicar la prueba de alcohol por amistad, pero quería saber quién era ese señor y si estaba bien de la cabeza. Él me dijo que era un viejo solitario y abstemio («ni el vino de la primera comunión quiso probar»), que vivía en una finca a un paso del valle del Denar, un paraje natural prácticamente virgen dominado por bosques infinitos y montañas que compiten por ver quién toca el cielo primero. Era, además, un personaje muy conocido por ser una especie de ermitaño que creía en toda clase de conspiraciones, difamaciones y teorías alienígenas, fanático de programas radiofónicos monotema del más allá y otras dimensiones. Y como no se conformaba con consumir este tipo de historietas, desde hacía décadas las diseminaba entre todo aquel que quisiera escucharle a través de su radio. Incluso más de una vez llamó al 062 para alertar de fenómenos extraños, por lo que hasta en el COS de Palencia, central de comunicaciones de Guardia Civil a nivel provincial, era conocido. De chico había trabajado en las minas de Guardo con su padre, de ahí el apodo de «el Mina», aunque la mayor parte de su vida se dedicó a cosechar para los agricultores de la

meseta. Se había jubilado hacía años, pero seguía empleado a tiempo completo en su obsesión por el ocultismo y lo paranormal.

Capítulo III – La peluca rubia

El chirrido agudo y constante de la máquina de café, calentando y espumando la leche a través de la boquilla de vapor, me trajo de vuelta a la realidad. Mari Brezo había preparado dos cafés y dos vasos con hielo. Los puso en una bandeja y lo llevó todo hasta una mesa vacía en el fondo del bar con vistas al aparcamiento y a la autovía. Yo la seguí y me senté en una silla frente a ella. A esa hora temprana de la mañana, el olor a tostadas recién hechas y pinchos de tortilla impregnaba el local, que era un no parar de camioneros y otros trabajadores en ruta a algún lugar. Mari Brezo vertió el café, aún humeante, sobre el vaso con hielos y lo removió plácidamente con una pequeña cuchara, observando como los hielos empezaban a perder su consistencia helada y sucumbían ante el envite ardiente del líquido negro. Acto seguido, volvió a echar toda la mezcla (café y hielos) en la taza. Una costumbre peculiar que ya había visto antes en otras personas que consideran que un café es un buen café si se disfruta en taza, no en vaso. Antes de iniciar nuestra conversación, me sumé a esta especie de ritual no escrito y dejé que los hielos de mi vaso hicieran su trabajo, enfriando el café para evitar quemarme tontamente. A mí, eso sí, no me importaba beberlo del vaso de cristal.

Habría tomado más de un centenar de cafés en La Estación en lo que iba de año, la mayoría puestos por la propia Mari Brezo, sin embargo, me di cuenta de que este era el primero que tomaba con ella. Una vez hubo dado el primer sorbo, habló:

—Diría que Murillo ha encontrado el amor y, aunque no soy nadie para opinar sobre la vida privada de los demás, me da a mí que no ha hecho una buena elección.

—Pero entonces, ¿lo has visto? ¿Cuándo? —pregunté, animado por la posibilidad de averiguar su paradero.

—El viernes estuvo aquí. Yo trabajé hasta poco más de las diez de la

noche, así que tuve tiempo de sobra para presenciar... —hizo una pausa— ¡el gran espectáculo!

—¿Qué espectáculo? Pero ¿qué pasó?

—Yo hablo de la amiguita de Murillo, una rubia con peluca que se le arrimó y no paró de zorrear en toda la tarde. ¡Una golfa de libro, te lo digo yo! —afirmó tajante.

Estupefacción en estado puro, ¿quién se habría imaginado una cosa así? No digo que mi compañero no fuese capaz de relacionarse con mujeres, pero me costaba creer que eso hubiera pasado de forma espontánea en el bar de una gasolinera.

—¿Murillo, con una mujer... aquí? ¿Cómo la conoció?

Mari Brezo tomó otro sorbito de café, preparándose para lo que parecía una larga historia. Dejó la taza encima de la mesa y me fijé que la huella de sus labios rojos se había quedado impresa en la cerámica blanca, como un bonito, aunque efímero, sello de propiedad.

—Pues vino sobre las ocho de la tarde y se sentó aquí, en esta misma mesa, donde suele jugar la partida de mus con su cuadrilla. Le vi un poco decaído, la verdad. Estaba esperando a sus amigos cuando una veinteañera con pintas de pendón (minifalda, taconazos, escotazo, pelucaza... ¡ya sabes!) entró en el bar y fue directa a por él. La depresión se le pasó en un santiamén. A los dos minutos, se me acercó a toda prisa y me pidió una botella de vodka y hielos.

—¿Vodka, a palo seco?

—Así es. Y eso fue solo el principio. Estuvieron brindando y bebiendo como si no hubiera un mañana. Fíjate que llegaron sus amigos de la partida y pasó de ellos, como si no los conociera. Se tuvieron que sentar en la mesa de al lado a jugar sin él. ¡Esta no se la perdonan!

La joven camarera echó un rápido vistazo al reloj de la pared y apuró el vaso de café. Sabía que una pausa demasiado larga mataría a su compañera, que estaba despachando sola en la barra.

—Y esa chica, ¿te sonaba de por aquí?

—¿La de la peluca rubia? No, para nada.

—¿Por... por qué dices que llevaba peluca? —titubeé, intentando

comprender el cuadro de situación.

—Fue al baño un par de veces y de camino, una de las veces, se colocó el pelo, una peluca rubia. Creo que era morena, pero es difícil saberlo cuando alguien lleva todo falso: el pelo, las uñas, las pestañas, y hasta las tetas.

Mari Brezo se había quedado a gusto con la mujer misteriosa, pero al margen de la rivalidad femenina, pensé en el coche de mi compañero, que no estaba aparcado en su casa:

—Oye, ¿y su coche? ¿Sabes si vino en coche?

—Sí, como siempre.

—Y al marcharse, ¿cogió el coche estando así?

—¡No! —se mordió el labio inferior en una clara invitación a «pregúntame más».

—¿Quién, entonces? ¿Ella?

—Medio bar se asomó a la puerta y el otro medio miraba por la ventana cuando se fueron. Ella se puso al volante. Me da que aguantaba mejor el vodka porque salió como si nada mientras que Murillo iba doblado. Casi ni se le entendía al hablar.

—Estoy... que no me lo creo.

—Martín, a mí esa mujer me dio mala espina. Ya sabes que quiero mucho a Murillo, pero seamos honestos, una chica así no se arrima a un señor como él si no es por dinero.

—No sé qué dinero. Ni que fuera Bill Gates.

—Ya. No creo que Bill Gates sea tan cutre de llevar los zapatos del uniforme en su día libre. Es muy mísero, ¿no tiene otros?

—Ningún otro le encaja tan bien, eso es lo que dice siempre. Estoy de acuerdo contigo, es muy cutre.

—¡Ah, una cosa más! —recordó—. La chica no era española.

—¿Cómo que no? ¿Y de dónde era?

—No sé, pero tenía acento de por ahí. Me sonaba a las malas de las películas de James Bond.

—¿Malas en James Bond? Más bien suele ser al revés, los villanos son hombres.

—Yo me refiero a esas que parecen buenas, pero luego son malas como demonios.

—Ya. Bueno, me tengo que ir, y veo que tú también tienes que volver al trabajo. Gracias por la información, y por el café.

Mari Brezo se despidió con un guiño.

Recapitulando, Murillo había conocido a una mujer y juntos se habían ido en coche, seguramente a pasar la noche a algún lugar. No era su padre para preguntarle a dónde, pero sí su compañero para cuestionar por qué no había dado señales de vida desde entonces. Ante todo, él presumía de ser guardia civil y consideraba el servicio un deber absoluto al que solo se podía faltar, según él, estando muerto o en la cárcel. ¿Y qué era eso de beber alcohol de esa manera en La Estación? Otra cosa no, pero dejarse ver bebiendo en un sitio al que solo se podía llegar conduciendo era contrario a todo lo que nuestro trabajo, y concretamente la especialidad de Tráfico, representa. Para tomarse cervezas y lo que quisiera tenía los bares de Herrera a la puerta de casa, siempre lo decía.

Si la explicación era que había perdido la cabeza por una mujer, el huevo no se lo perdonaría ni San Pedro de los Milagros. No obstante, ¿y si no era tal cosa? Quería seguir investigando por mi cuenta sin hacer mucho ruido. Volví al coche patrulla y, mientras mi compañero conducía hasta el siguiente cometido, seguí recordando horas y horas de charlas con Murillo. Quizá algo de lo que habíamos hablado era clave para saber dónde buscarlo...

Capítulo IV – Derecho preferente

—¿Has visto a ese conductor? —alerté a Murillo, señalando un turismo que circulaba en paralelo por una vía de servicio—. ¡Va sin cinturón de seguridad!

—Déjale, ya le castigará Dios —respondió sin soltar el volante y sin inmutarse lo más mínimo.

Cuando me tocaba conducir a mí, había aprendido a no preguntar si veía a algún conductor cometiendo una infracción o maniobrando de forma extraña; simplemente iba a por él y Murillo me apoyaba sin rechistar. Por el contrario, cuando era él quien llevaba la batuta, a no ser que fuera gravísimo, sabía que no había nada que hacer. Todo aquello que no estuviera ordenado por escrito en la papeleta de servicio era un extra innecesario que iba en contra de su parsimonia natural.

—Mi abuelo fue guardia civil —se arrancó orgulloso—. Salía de servicio de correrías, pateando los caminos de un pueblo a otro a pie y solo al final de su carrera en bici. Mi padre, que Dios guarde en su gloria, también fue guardia y salía de servicio rural en los Renault aquellos, los cuatro latas. Sesenta y nueve años de servicio entre los dos y ni un solo incidente serio en eso que ahora llaman seguridad ciudadana.

No era la primera vez que me contaba una de sus historias de abuelo cebolleta y, como tantas veces, suponía que terminaría con la perorata habitual de las «gafas de madera» para autojustificarse.

—Chaval —dijo paternalmente—, no hace falta ir a buscar problemas, los problemas vienen solitos a ti. Hay que estar atentos a la carretera, pero sin forzar demasiado la máquina, que se gripa. Ponte las gafas de madera y no te distraigas con lo superfluo, te lo tengo dicho. Ahora toca prioridad alfa en La Estación: ¡hora de almorzar!

Murillo era el vivo ejemplo de lo que es ser un caimán en el cuerpo: un veterano con muchas tablas, maestría exquisita para evitar complicaciones y

fidelidad inquebrantable a los momentos sagrados del día: el almuerzo y la merienda. Reconozco que al principio me llevaban los demonios, pero con el tiempo aprendí a tomármelo con filosofía y a restarle importancia.

Patrullábamos en ese instante por la carretera que une Aguilar de Campoo con el Puerto de Cerredo, en Asturias. Una vía sinuosa de más de doscientos kilómetros que durante todo su recorrido difícilmente baja de los mil trescientos metros de altura sobre el nivel del mar. La carretera en todo su conjunto discurre a través de una orografía muy complicada (montañas con picos altísimos de más de dos mil quinientos metros, riscos escarpados, precipicios de vértigo...) y se abre camino en medio de bosques impenetrables, ríos, lagos y embalses de caudal considerable. En la provincia de Palencia, toda la parte norte lidia con este entorno imponente donde las villas son diminutas gotas de civilización en medio de una naturaleza bella pero implacable. La mayoría de los pueblos no supera los doscientos o trescientos habitantes, con la notable excepción de Guardo, Cervera de Pisuerga y la propia Aguilar, que sí cuentan con unos pocos miles de vecinos. En la práctica, esto supone que es fácil no cruzarse con nadie en la carretera durante días, especialmente en época invernal. Nuestro primer cometido por la mañana había sido comprobar el estado de unas señales de tráfico cerca de Matamorisca que, al parecer, habían sufrido actos vandálicos. Después de confirmar que efectivamente eran ilegibles y realizar un informe fotográfico para dar parte a la DGT, marchamos rumbo a la deseada Estación. Pasada la localidad de Corvio, vi una señal que rezaba «Yacimiento Arqueológico Romano». Como un resorte, recordé que Murillo había mencionado algo acerca de los romanos en la zona y, como eso me interesaba, bajé el volumen de la radio y le pregunté:

—Oye, ¿no dijiste no sé qué de un vínculo con los romanos por aquí?

—¡Las guerras cántabras! ¿Te suenan? —replicó a la velocidad del rayo —. Los romanos estuvieron guerreando con los cántabros en lo que hoy es el norte de Burgos, Palencia y León, y por supuesto Cantabria y Asturias. Toda la cornisa cantábrica está llena de antiguos campamentos romanos y castros cántabros y astures. Por ejemplo, cerca de Mave hubo una gran batalla, y en la zona de la Valdavia, en Villarén y Pomar, donde está el

monte Bernorio, más de lo mismo: vestigios y restos del «betún de Judea» que repartieron los romanos. Luego, si vas hacia la parte de Cervera y Guardo, a menos de dos kilómetros de Santibáñez de la Peña está lo que queda del Castro de la Loma, un poblado arrasado hasta los cimientos por los romanos.

Nuevamente, mi orondo compañero me había dejado pasmado. Zafio y simplón para algunos temas (aún me rechinaba en los oídos lo de «la acera de enfrente»), pero sorpresivamente ducho en lo relativo al patrimonio histórico local. En cuanto a mí, lo cierto es que recordaba más bien poco de la universidad y, como no había vuelto a tocar el tema, tenía una vaga idea del legado romano en España. Para una vez que Murillo y yo teníamos una conversación interesante, no tenía gran cosa que aportar. Me limité, pues, a soltar una generalidad muy básica y con eso salvé los muebles:

—Cantabria fue la última parte de la península en ser conquistada por los romanos. De hecho, si no me falla la memoria, el primer emperador de Roma, César Augusto, vino en persona a dirigir la guerra.

—¡Los romanos! —exclamó con admiración—. No iban precisamente repartiendo collares de flores, ¿sabes? Claro que sus enemigos tampoco eran las hermanitas de la caridad. ¡Qué tiempos aquellos! Unos y otros le echaban pelotas, se mataba a hierro y fuego, sí, pero mirándose a la cara. No como hoy, que lanzan un misil desde un avión a tres mil metros de altura y después, hala, a casita, a tomar leche con galletas antes de irse a dormir.

—Conoces muy bien la provincia y su historia —admití.

—Hay que conocer bien la demarcación, a la gente y, sobre todo, a los jefes que tenemos. Por cierto, ¿te han contado lo de Santamaría, el tecol de Palencia? Vino destinado un par de meses antes que tú, en enero de este año, creo.

Claro que lo sabía. Esa historieta era *vox populi* desde hacía meses en todos los puestos de la provincia. Nada más llegar a Palencia, me contaron que el teniente coronel Antonio Santamaría, antes de ocupar la vacante de jefe de la comandancia, estuvo en la Embajada de España en Moscú como agregado de interior cinco años. Tenía mujer y tres hijos, pero estando allí

se lio con una rusa veinte años más joven que él. Por aquella moscovita, lo dejó todo, incluidos su mujer y sus tres hijos, que se tuvieron que volver a España antes de tiempo.

—¡Está con una rusa impresionante! —prosiguió Murillo con el chismorreo—. Yo no la he visto, pero me han dicho que es de calendario, ¡un escándalo, vamos! Pelo negro azabache, lisito y brillante hasta los hombros, piel blanca como la nieve en Siberia, ojos azules y profundos como piedras de zafiro lazulita flotando en el mar de Azov, piernas largas como el Volga, y el resto, pues... ¡imagínate! ¡Vaya pájaro el tecol! Normal que esté viviendo con la rusa fuera de la comandancia en un casoplón. El pabellón oficial de mando... ¡para los pobres! Además, como todos los que han estado destinados en el extranjero, debe de tener cuartos para regalar. Y me han dicho que encima conduce un cochazo de alucine. Ya se sabe el dicho: esta empresa está hecha por y para Ellos.

—Yo solo lo vi el día que me presenté —subrayé—. Y como todos los jefes a ese nivel, serios y breves en el recibimiento. Me pareció un personaje de tebeo, con ese bigote tan velludo.

—Pues no te confíes —cortó Murillo—. El tecol de una comandancia es como Dios. Solo hay uno y está en todas partes, aunque nadie lo vea. Y hablando de destinos, ¿tú dónde estabas antes?

—Después del año de prácticas en Altea, me fui a un puesto del norte de Navarra. La idea era estar allí cuatro años, conseguir el derecho preferente y volver a Galicia.

—Está complicado volver a casa, ¡¿eh?! —se compadeció de mí.

—¿A Galicia? Un montón. Sin una especialidad o el preferente te puedes tirar veinte años fuera. Por eso, mientras hacía el tiempo en Navarra, fui al curso de Atestados en Mérida. Más posibilidades de acabar en el Sector de Tráfico de La Coruña.

—¿Y qué tal Navarra? Porque he oído que no es como el País Vasco, que depende del sitio —preguntó Murillo.

—Mal. El puesto en el que estaba era lo más parecido a la Embajada de Estados Unidos en Bagdad. La gente no nos quería. Rechazan y marginan a todo el que no es de allí, y por supuesto a la Guardia Civil. A mí me daba

igual, pero los compañeros que tenían hijos y los tenían que llevar a la guardería o al colegio... ¡Buf!

—Comprendo, ¡qué ambientazo!

—En ese puesto aún se pasa el espejo por debajo de los coches que entran en el cuartel, no te digo más. Buenas prácticas heredadas de malos tiempos pasados.

—¿Y cómo teniendo el preferente y la especialidad de Tráfico acabaste aquí, en Castilla?

—En realidad, lo que pasó es que el año pasado conocí a una chica de Palencia por internet. Nos vimos un par de veces y me pareció bien pedir destino en Palencia para empezar algo más serio con ella, pero no funcionó.

—A ver, a ver —se sobresaltó Murillo—, ¿me estás diciendo que gastaste el derecho preferente (¡cuatro años de tu vida!) por una palentina que luego te dejó? Chico, eres un mendrugo de manual.

La argumentación de Murillo era irrefutable. Yo mismo me había dado de cabezazos más de una vez por mi decisión, pero lo hecho, hecho estaba.

—¡Anda la leche! —exclamó Murillo, entrecerrando los ojos para intentar ver una persona a lo lejos—. ¿Qué es eso, un peregrino?

En el margen derecho de la carretera, un chico de unos veinticinco años, cargado con una enorme mochila, hacía autoestop con el pulgar arriba, apuntando al norte. Su aspecto era desaliñado a juzgar por los pantalones piratas desgarrados, la camiseta descolorida y agujereada y las botas de montaña desgastadas que calzaba. Su propio arreglo físico también dejaba mucho que desear. Se veía un tipo alto pero escuálido, con el pelo castaño largo y ondulado recogido en torno a un moño despeluzado, las orejas perforadas por aros de madera y la barba recrecida hasta el pecho.

Murillo redujo la velocidad y paró en el arcén, unos metros más adelante del supuesto peregrino, que continuó caminando sosegadamente hasta que llegó a la ventanilla de mi binomio. Quizás había pensado que lo llevaríamos a algún sitio.

—El camino de Santiago es más abajo —indicó Murillo desde el asiento del conductor sin mediar saludo—; desde Frómista vas a Villasirga, luego Carrión de los...

—No voy a Santiago —interrumpió el autoestopista bruscamente—. Voy al norte, a vivir entre montañas, a estar en paz con la naturaleza.

El autoestopista hablaba mientras acariciaba delicadamente unas pequeñas bolas oscuras que colgaban de un collar avejentado y dado de sí, anudado al cuello. A Murillo las palabras del joven no le gustaron, por lo que solicitó su documentación de un modo un tanto soberbio (en mi opinión):

—¡Documentación personal!

El joven sacó del bolsillo una cartera de cuero pelada y le entregó el documento de identidad que llevaba consigo. Murillo lo recogió y lo leyó en voz alta:

—Anatolii Liébana Maslóoo... —se atascó en el segundo apellido, por lo que tuvo que diseccionar las sílabas para poder pronunciarlo—; Mas-lóvs-ka-ya; Anatolii Liébana Maslóvskaya —pronunció ya de corrido—. ¿Qué eres, ruso? —preguntó con desdén.

—No, soy español. Lo que estás viendo es un DNI español —replicó el muchacho—. Mi madre era rusa. Y por lo que veo se fue por la misma razón que la tuya, si no me equivoco.

El joven se había fijado en una pulsera de silicona de color rosa pálido que Murillo portaba en su muñeca derecha con la leyenda «Contra el cáncer de Mamá» (con la «M» y la tilde sobre la última «a» destacadas en color blanco, en alusión a las madres que lo padecen). De inmediato, mi compañero adoptó una especie de *rigor mortis* en su expresión, como si aquella mención a su madre le hubiera atravesado el corazón.

—Está bien, ten un buen día en la naturaleza —se despidió con voz grave, devolviendo el DNI.

Dejamos atrás al autoestopista, que según vi por el espejo retrovisor continuó probando suerte con otros coches. Enseguida percibí que Murillo había enmudecido y su gesto se había amustiado, algo inusual en él, así que intenté quitarle hierro al asunto soltando la primera tontería que se me pasó por la cabeza:

—Una vez leí en un artículo que un conductor en Estados Unidos recogió a un autoestopista que era un psicópata, lo típico que todo el mundo

piensa. Sin embargo, resultó que el conductor también era un asesino en serie buscado por todo el país. No sé si sería verdad, pero psicópata contra psicópata, ¿te imaginas?

Murillo no reaccionó. Entendí que aún guardaba un dolor intenso por la pérdida de su madre unos años atrás en una batalla desigual contra el cáncer. Desde entonces nunca se quitaba la pulsera rosa de la muñeca en señal de apoyo a la causa y de duelo por la muerte de su madre. A este respecto, los jefes, incluido el capitán Peñaranda, hacían la vista gorda. Llevar una pulsera colorida de servicio no era reglamentario, pero las circunstancias personales eran muy duras para alguien como Murillo, a quien no le quedaba nadie más en este mundo.

Al poco, mi compañero rezongó, probablemente como un mecanismo de defensa contra su propia tristeza, y criticó al autoestopista desatando toda clase de prejuicios:

—¡Perroflautas, ni oficio ni beneficio! Que va a vivir en la naturaleza. ¡Ja! Me río. Del primer invierno no pasa. Cuando le llegue la nieve al cuello y esté más solo que la una, se caga.

En eso probablemente Murillo acertaba. Aún no había visto un invierno completo en Palencia, pero me habían contado que en el norte eran especialmente despiadados y solitarios, con nevadas que llegaban a cegar caminos y conseguían aislar poblaciones enteras durante meses. ¿Sobreviviría ese chico allí solo?

Capítulo V – La navaja de Ockham

22:15 *p. m.*

Mi turno se había alargado más de lo normal y tenía la sensación de que desde mi entrevista con Mari Brezo por la mañana había transcurrido una eternidad. Un auxilio sanitario en carretera a un ciclista que había sufrido un golpe de calor, dos auxilios mecánicos a coches averiados en distintas vías y el atropello de un vehículo a un animal silvestre, un jabalí (por suerte pequeño), nos mantuvieron ocupados gestionando los servicios médicos, grúas y de recogida de animales muertos. Afortunadamente, ninguna persona salió malparada, ni siquiera la desdichada conductora que se encontró al jabalí en un cambio de rasante cerca de Dehesa de Romanos. Un susto de muerte y el paragolpes delantero destrozado eran siempre mejor opción que acabar en el hospital. De vuelta en el cuartel, había que dar de alta todos los hechos de auxilio relevantes en el Sistema Integrado de Gestión Operativa (SIGO) y el incidente con el jabalí en el aplicativo de Análisis y Registro de Accidentes (ARENA) de la DGT, diseñado específicamente para la comunicación de siniestros viales.

Dentro de la sala prestada temporalmente a Tráfico, mi compañero y yo trabajábamos en ordenadores separados. Como casi todos los acuartelamientos de la Guardia Civil, las estancias y dependencias oficiales del puesto de Alar del Rey hacían voto de pobreza. Era la famosa austeridad benemérita, laureada por los altos mandos del cuerpo, pero apuntalada como excusa atemporal por políticos tacaños, reacios a gastar un solo euro en cuarteles decimonónicos que se caen a pedazos.

Pese a todo, los vecinos del pueblo estaban orgullosos de poder decir: «en mi pueblo hay cuartel». Sus instalaciones eran parte de la localidad y empezaban en el muro exterior, cuya reja descolorida y oxidada delimitaba el perímetro del recinto. En el interior, un pequeño edificio se destinaba a la labor policial de los guardias civiles y otro adyacente, algo más grande, se

dedicaba a los pabellones de residencia (las viviendas). Había también un garaje en el que cabían los dos vehículos oficiales asignados al puesto y un patio trasero lo suficientemente amplio como para que los hijos de los guardias y los niños del pueblo pasaran las tardes jugando libremente. Todo el complejo tenía una mano de pintura blanca que a duras penas conseguía disimular las grietas y humedades de las paredes. Aparte de la bandera de España, cuando estaba izada en el mástil, la única nota de color en toda la fachada la ponía un cartel rectangular verde oliva con el lema «EL HONOR ES MI DIVISA» en letras blancas. Junto a él, el inconfundible escudo de la Guardia Civil: una espada y un haz de lictores en aspa bajo la corona real, todo ello en color amarillo. Encima de la puerta de acceso a las oficinas, dos placas de piedra blanca recordaban (por si no estaba claro todavía):

CASA CUARTEL DE LA GUARDIA CIVIL

TODO POR LA PATRIA

Las letras de estas placas estaban hechas de forja de metal, pero hasta este detalle afeaba y envejecía la imagen del cuartel, pues cada una de las letras lloraba un reguero de óxido que ensuciaba la blancura de los soportes de piedra.

La disposición interior de la casa cuartel, una vez dentro, era sencilla. Desde la salita del recibidor, por una puerta a la derecha, se podía acceder a una habitación empleada para atender al ciudadano (es decir, para recoger denuncias). Después, yendo de frente por el largo pasillo, se encontraban las oficinas: la primera de ellas (a la izquierda) del sargento Manzano, la última del fondo (a la derecha) de «nuestra propiedad». Los de Tráfico nos considerábamos afortunados con esta cesión temporal. Nuestra oficina tenía ventana, a diferencia del ala izquierda, que por estar pegada pared con pared a los pabellones no tenía luz natural y precisaba de lámparas de tubo fluorescentes. De hecho, cada vez que tuve la necesidad de entrar en la oficina de Manzano me pareció estar pasando a uno de esos centros médicos de guardia por la noche, en donde la iluminación de los tubos halógenos es blanca y fría, y te ciega por completo cuando vienes de fuera.

Mi compañero, Alejandro de Valera, cerraba los informes del día y yo adjuntaba las fotos que habíamos hecho al frontal del vehículo hecho trizas

por el jabalí. Eso me dio una idea. Podía rastrear la matrícula del coche de Murillo consultando los lectores de matrículas que había en la autovía A-67. Desde La Estación, podría haber sido fotografiado en sentido creciente, en la salida de Quintanilla de las Torres, justo antes de entrar en Cantabria, o en sentido decreciente, en la salida sur de Aguilar de Campoo. Lo único: había que cruzar los dedos para que las cámaras estuvieran operativas. La gente muy habitualmente las apedreaba, o si no estaban muy altas, las cubría de pintura, seguramente pensando que eran radares de velocidad.

Me metí en el aplicativo del Centro de Control de Tráfico de León, gestor de la DGT de todas las cámaras de Castilla y León, y con alivio comprobé que ninguna cámara estaba fuera de servicio. Introduje el rango de día, hora y minutos en los que el coche pudo pasar y recé para que no hubiera entrado en Cantabria. De ser así, al ser una comunidad autónoma diferente, tendría que pedir demasiados favores para poder acceder a otros lectores de matrícula situados más al norte. Al contrario de la fantasiosa tecnología de reconocimiento facial y cruce de datos que aparece en las películas y series policiacas, la búsqueda de capturas de matrícula debía hacerse de forma manual, comprobando uno a uno todos los fotogramas de vehículos que habían pasado por los puntos de interés en el marco temporal seleccionado. Un auténtico peñazo. Primero, empecé por la cámara de Quintanilla. Como no hubo demasiados coches pasando entre las 22:00 y las 23:00, afortunadamente descarté la opción de Cantabria y pasé a la opción sur. Comprobé, entonces, la cámara de Aguilar en dirección Palencia, pero tampoco hubo suerte. Si las cámaras de la autovía A-67 más próximas a La Estación no habían captado el coche ni por arriba ni por abajo, por descarte había tomado la salida de Aguilar de Campoo norte, sin cámara. El problema ahora era determinar qué camino había tomado. Desde esa vía, podía haber entrado en la propia Aguilar o haberse dirigido a cualquiera de los pueblos de la montaña. Un laberinto de posibilidades que obviamente no podía abarcar.

Llevaba un par de minutos absorto en mis cábalas, casi desesperando ante el dilema de por dónde empezar, cuando mi compañero Alejandro dejó una tarjeta de publicidad sobre mi mesa:

Volví la cabeza hacia él, tratando de comprender qué significaba. A decir verdad, Alejandro de Valera era un tipo bastante gris, difícil de leer por su parquedad en palabras. Ese día, que llevábamos más de doce horas juntos, apenas había abierto la boca salvo para cuatro cosas. No era personal contra mí. Hasta la fecha nadie en el destacamento había logrado sacarle un solo dato de su vida privada o de sus destinos anteriores. Ni siquiera Murillo, que según me confesó, cada vez que lo tenía de pareja adoptaba el modo velatorio: nada más entrar en el coche patrulla, sintonizaba su emisora de radio favorita (por sentir algo de compañía durante el servicio) y a rodar. Todo un sacrificio para alguien como Murillo, acostumbrado a cascar sin descanso.

—ETA puso su última bomba en 2009 —se explicó Alejandro inesperadamente—. Mataron a dos compañeros en Mallorca, los dos últimos muertos de ETA en España. Inmediatamente, se cerraron todas las vías de entrada y salida de la isla, pero nada. Los terroristas escaparon. Durante semanas estuvimos durmiendo no más de cuatro horas al día en una carrera contrarreloj para revisar todas las grabaciones de las cámaras públicas y privadas de los días previos a la explosión, y también posteriores, con el único objetivo de identificar a los asesinos.

Alejandro se tomó unos segundos para coger aire. Aquella historia me sonaba. En esa época estaba en el instituto (ni imaginaba que años más tarde vestiría el mismo uniforme que aquellos dos guardias civiles caídos en Palmanova). Por primera vez, mi compañero se estaba abriendo y compartía algo personal conmigo. Lo oportuno, por tanto, era escuchar.

—Mi antiguo grupo operativo de UCE-1 lleva quince años tratando de esclarecer el atentado sin éxito. Esa casa rural —dijo señalando la tarjeta— tiene una cámara que da a la carretera. Conozco a la dueña, no te pondrá pegas para revisar las imágenes. Y como esa, puedes preguntar en otros hostales, negocios o casas particulares que tengan cámaras apuntando a la carretera y aún guarden las imágenes. Murillo es buen tipo. No se merece lo que le quieren hacer. Quizás tú tengas más suerte que yo en Mallorca. El informe está acabado, me voy a casa. Buenas noches.

No tuve tiempo de darle las gracias. Tan seco y frío como empezó la jornada, así la terminó. Lo que me acababa de decir no era mala idea. Busqué Casa Concha en internet y vi que, efectivamente, era un alojamiento rural solitario a medio camino entre la milenaria población de Brañosera y la nada absoluta. En su página web promocionaban unas impresionantes vistas a la Montaña Palentina, ofreciendo la posibilidad de acceder a una cámara en vivo situada en la casa. El enlace estaba activo. Pinché en él y, aunque la imagen en directo tardaba en cargar y estaba oscuro, se podía ver un pedazo de carretera discurriendo hacia algún lugar.

Cámaras enfocando a la carretera y que tuvieran las imágenes guardadas. Las hubiera o no, debía de haber decenas de alternativas dependiendo de la dirección que hubiera tomado el coche de Murillo. En la práctica, era como buscar una aguja en un pajar. Tendría que recorrer todas las calles de Aguilar de Campoo y, después, todos los pueblos al norte del embalse de Aguilar. Eso por no mencionar que me tocaría rogar a los dueños de las cámaras para que me dejasen acceder a sus grabaciones. Una tarea imposible. No podía dedicarle tanto tiempo. ¿Entonces qué? ¿Y si lo dejaba? A lo mejor Murillo terminaba apareciendo por sí mismo. Solo tendría que asumir la sanción disciplinaria y arreglarse la barba de una semana.

Barba de una semana...

¡Eso era! La barba que su barbero de confianza afeitaba cada semana con una navaja: la navaja de Ockham. Mi memoria acababa de rescatar una vieja teoría filosófica que aprendí en el instituto: «en igualdad de condiciones, la explicación más simple suele ser la más probable». Este era el postulado de Guillermo de Ockham, un filósofo inglés que yo tendría que haber estudiado para el examen final de filosofía en segundo de Bachillerato, pero que ni me molesté en mirar. Para variar, cayó en la prueba. A toro pasado un amable compañero de clase me explicó quién era Ockham y el simbolismo de la navaja: el número de posibilidades en un problema que se eliminan (al pasar la cuchilla) y lo hacen más simple. Ya no lo olvidé jamás. A falta de una solución mejor, la opción más sencilla (mi navaja de Ockham) seguía estando sobre la mesa, impresa en una

tarjeta:

CASA CONCHA

Por qué no empezar por ahí y, si no había suerte, pues ya se vería. Dejé mi uniforme en la taquilla del puesto y cogí el coche. Introduje la dirección de Casa Concha en el GPS del móvil y medité un segundo antes de lanzarme: era algo tarde para presentarse en casa de nadie, pero..., por otra parte, siendo una noche de verano, seguro que todavía podía haber alguien cenando o en la sobremesa. ¡Ánimo, pues!

Me puse en movimiento y, mientras seguía las indicaciones del navegador, iba recordando las palabras de Alejandro de Valera. ¡Había estado en UCE-1! Eso era el Servicio de Información contra ETA. Los artífices de haber acabado con la banda terrorista más sanguinaria de las últimas cinco décadas. Y yo sin saberlo. Bueno, ni yo ni nadie. Debía de tener un millar de historias increíbles de sus años luchando contra el terrorismo (también momentos amargos como lo de Mallorca), pero siendo tan hermético como era, jamás nos contaría nada.

«Ha llegado a su destino», concluyó la voz femenina del GPS al llegar a la puerta de Casa Concha.

Desde Brañosera, aquella carreterilla llena de socavones y marcas viales casi borradas me resultaba familiar, pero cómo saber dónde estaba. Bendita tecnología que me había llevado hasta allí, pensé, porque viendo la ruta sobre el mapa parecía que el mundo se acababa a cuatro pasos de mis pies. Salí del coche y me acerqué a la puerta del alojamiento. Un cartel tallado en madera junto a la entrada me confirmó lo que anunciaba la tarjeta:

CASA CONCHA

La casa tenía mejor aspecto de lo que había imaginado y daba la impresión de haber sido renovada recientemente. La fachada estaba recubierta de piedra natural mamposteada de color crema claro y las ventanas combinaban gruesos cristales, de dos o tres capas de vidrio, con unos bonitos marcos de madera veteada y grandes cuarterones de aspecto rústico. Una pequeña chimenea en medio del tejado de pizarra natural dejaba escapar una ligerísima columna de humo, que impregnaba la calle con su olor a leña quemada. Una cerca de pinos muy apretados partía del

lado derecho de la casa protegiendo la privacidad de un jardín que se intuía enorme. En la esquina del lado izquierdo, un farolillo adherido a la piedra iluminaba parte de la fachada y la carretera por la que había llegado. Ese punto de luz era el responsable de que la cámara que transmitía en directo a través de internet, colocada justo debajo del farolillo, pudiera mostrar una imagen relativamente decente del lugar, incluso de noche. Había luz en las ventanas de la planta baja, por lo que llamé al timbre sin miedo de despertar a nadie.

—Buenas noches, chiguito —dijo muy dulcemente una señora mayor, abriendo la puerta a medias—. Tengo la casa ocupada, así que te va a tocar buscar otro sitio.

—Buenas noches, señora. Disculpe la hora, no busco alojamiento. Soy de la Guardia Civil. Quería hacerle unas preguntas —me presenté, mostrando mi carnet profesional.

—¡La Guardia Civil! ¿Ha pasado algo? —preguntó temiendo lo peor.

—No, solo quiero preguntarle por la cámara que tiene fuera, si guarda las imágenes.

—Ah, bueno, ¡pasa, pasa! Me habías asustado. Y además vestido así... Estoy acostumbrada a veros de uniforme.

A esa hora de la noche, casi a los pies de las montañas, donde los límites entre Palencia y Cantabria existen solo en los mapas, la temperatura había descendido notablemente y una chaqueta de manga larga, que no llevaba, se hacía indispensable. Pasé al interior de la casa y cerré la puerta con suavidad. Precisamente, por el contraste dentro-fuera, una invisible pero agradable sensación de calor me hizo sentir bienvenido y me animó a ir detrás de la mujer, que hacía ademán de seguirla. Entramos en el salón, donde había una chimenea de piedra con las ascuas encendidas. La mesa estaba aún sin recoger con restos de la cena, varios platos, vasos y una enorme hogaza de pan de la que quedaba menos de la mitad. La televisión estaba encendida, pero tenía el sonido apagado. Antes de sentarse en el sofá, se volvió hacia mí y, como si me conociera de toda la vida, comenzó a hablarme con naturalidad:

—Mi nombre es Manuela. Acabo de terminar de cenar, ¿tú has cenado?

Porque tengo aquí para un regimiento, como además cocino para los huéspedes, que por cierto ahora no están. Bajaron a las fiestas de Barruelo hace un rato. Son un grupo muy simpático, de Madrid. Me reservan la casa todos los años en julio y agosto. Dicen que Madrid es un horno y no se puede ni dormir del calor. Aquí, en cambio, están como marqueses. Pero ¡cómo no se va a poder dormir, digo yo!

—Yo solo quisiera saber si la cámara de fuera conserva las grabaciones —expliqué yendo al grano para evitar molestias.

—Eso lo lleva mi hija. Ahora no está, pero tiene un ordenador allí, en la salita —señaló una puerta junto a la entrada—. Desde ahí controla ese cachivache. Mira lo que quieras.

Le tomé la palabra y entré en una pequeña habitación ocupada únicamente por una mesa de estudio, una silla y un armario antiguo. Sobre la mesa había un ordenador con la pantalla apagada pero funcionando, como adiviné por el bufido continuado del sistema de ventilación. Me senté en la silla, cogí el ratón y lo moví. En ese momento, la pantalla salió del modo reposo y se encendió. Tenía una ventana abierta con un programa que subía la imagen en directo de la cámara al dominio web. Trasteé un poco navegando por las carpetas del escritorio y encontré un archivo de autoguardado que almacenaba las imágenes de los últimos siete días. Busqué el día que correspondía a la desaparición de Murillo y lo reproduje, avanzando hasta la hora en que más o menos el coche podría haber pasado. Estuve visionando aquello durante diez minutos y nada, sin novedad. La grabación mostraba una carretera desierta y solo el paso de algún bicho volador por delante de la lente de cuando en cuando me hacía abrir los ojos más de la cuenta. Me estaba aburriendo y empecé a pensar que perdía el tiempo miserablemente, molestando además a una pobre anciana en su propia casa. Cogí el ratón de nuevo y desplacé el puntero hasta la x de la pantalla. Mi dedo índice estaba ligeramente arqueado, preparado para clicar y cerrar la ventana, cuando un destello brillante cruzó rápidamente la imagen de izquierda a derecha. Hasta ese momento, el tedio había hecho que mi cuerpo se relajara de tal manera que me había dejado caer sobre la silla, y si no hubiera sido porque estaba en casa ajena, creo que me habría

quedado dormido ahí mismo. Ahora, sin embargo, abrí los ojos como platos y me incorporé para volver a ver el instante, rebobinando diez segundos atrás. Esperé al paso del destello y cuando lo vi en escena, pausé la imagen. ¡Ahí estaba! Era un coche. No se distinguía muy bien la matrícula, pero sí la marca y modelo. Un Ford Focus gris, igualito al de Murillo. ¿Milagro o coincidencia? Qué más daba, lo tenía.

—¿Has encontrado lo que buscas? —voceó Manuela desde el cuarto de estar al verme salir de la habitación del ordenador.

—Sí —afirmé con una sonrisa.

—Vaya invento esto de *interné*, ¿verdad? Cómo nos ha cambiado la vida. Dice mi hija que eso que graba la cámara se puede ver hasta en Japón.

—Mi abuela de León dice que para inventos la lavadora, que antes había que ir a lavar al río y eso sí era duro.

—Muy sabia tu abuela.

—¿Puedo preguntarle qué carretera es esta que pasa por aquí y a dónde lleva?

—No lleva a ningún sitio. Termina unos pocos kilómetros más adelante. Estamos en la tres uno uno.

La tres uno uno. ¡Claro, la P-311! ¡Cómo no me iba a sonar! Pero si no tenía salida, ¿a dónde había ido el coche? Pedí nuevamente permiso para consultar el ordenador. Empecé a adelantar las imágenes en el tiempo ese día y durante la madrugada del día siguiente para ver si el coche regresaba por la misma carretera, todo ello en vano. Escuché a Manuela apagando la televisión, por lo que entendí que la mujer quería irse a la cama. No había más tiempo para revisar imágenes.

—Toma, anda, llévate este trozo de chorizo y este cacho queso, que te veo con cara de no haber cenado —dijo poniendo una bolsa en mis manos —. Y no me digas que no, que estás en los huesos.

—Muchas gracias, señora.

—Me puedes llamar Manuela o doña Manuela, como más te guste.

—Doña Manuela, otra preguntita, ¿pasa mucha gente por aquí en dirección a la montaña?

—Pues, a ver, hay un señor de mi quinta que vive algo más arriba.

Aparte de él y cuatro excursionistas en verano, por aquí no pasa nadie. Hace unos años mi hija me convenció para convertir la casa en casa rural, y aunque al principio la idea de tener desconocidos aquí no me gustaba, ahora estoy la mar de contenta. La gente viene aquí buscando tranquilidad y paisajes bonitos, y a mí me hace compañía. Pero ellos se quedan en habitaciones separadas, que mi hija hizo una reforma de toda la casa. Es arquitecta, ¿sabes?

—Su hija Concha, ¿verdad?

—Uy, no. Mi hija se llama Aurora. Concha era el nombre de mi madre. Claro, lo dices por lo de Casa Concha. Ella vivió aquí muchísimos años, viuda y sin nadie que la ayudara con los animales, excepto mi hermana y yo. A mí me contó don Elías, el párroco que venía de vez en cuando a hacerle una visitilla, que una vez le preguntó si no tenía miedo de estar tan sola en medio de la montaña. ¿Sabes qué le respondió? «No, padre, no tengo miedo, le tengo a usted y a la Guardia Civil». Eso para que veas, ya había guardias civiles por entonces. Más de una vez hicieron noche en esta casa cuando yo era pequeña, y comían y cenaban con nosotros en la mesa como uno más. Venían andando desde Barruelo, incluso cuando la nieve cubría los caminos. Es que... los inviernos de entonces eran para verlos. Ahora hay muchas comodidades.

Doña Manuela debía de ser toda una fuente de vivencias, que seguro contaba a sus huéspedes siempre que podía.

—Tú si escuchas a las malas lenguas del pueblo —continuó—, ni caso. Decían que a mi madre no le faltaba nunca compañía porque le daba a la botella. La llamaban Concha la Borracha. ¡Madre de mi vida, con lo buena que era! A ver, que es verdad que le gustaba un chorrito de anís del mono para calentar el estómago, pero ya se sabe, la gente es muy envidiosa. Éramos más felices que muchos, aunque no tuviéramos nada y pasáramos la mitad del año aisladas.

—¿Y usted también se quedó viuda como su madre?

—Mi madre se quedó viuda muy joven, pero yo... lo que me quedé es muy a gusto de joven. Me separé de mi marido en el 84 y como esas cosas no gustan en los pueblos, me pusieron a caer de un burro.

—Yo soy de los que piensan que mejor solo que mal acompañado.

—Tú me entiendes bien, chiguito. Cuando les cuento esta historia a mis huéspedes, me dicen que fui muy valiente y no sé qué más, pero yo les digo que en los pueblos es distinto. Te ponen el sambenito y no te le quitan ni después de muerta. La mala sigo siendo yo.

De buena gana me habría quedado escuchando a doña Manuela un poco más, pero era muy tarde y aún tenía que volver a casa. Me despedí de ella y entré en el coche. Antes de arrancar me quedé mirando fijamente al frente, a la carretera que se abría ante mí y se diluía en la oscuridad. Como si estuviera bajo los efectos de una suave hipnosis, giré la llave del contacto y dejé que el coche comenzara a moverse hacia adelante en ralentí. Para volver a casa tenía que dar media vuelta, pero continué despacio hacia adelante, con la única iluminación de los faros del coche. No me llevó mucho tiempo recorrer la P-311 hasta el final. Tal como afirmó Manuela, la carretera no llevaba a ninguna parte. Tras la finca de su vecino, que reconocí de inmediato, el asfalto se convertía en un camino de cabras cortado abruptamente por un enorme tronco de roble seco. Este tenía las ramas amputadas y cruzaba el camino de lado a lado. Aquel coloso de madera inerte venía a señalizar el final de trayecto y servía de advertencia: a partir de ese punto había que dejar atrás cualquier vehículo a motor y continuar a pie.

Sin apagar el motor, bajé del coche y di unos pasos hacia el gran árbol caído. No me atreví a ir más allá del tronco. Las luces del coche proporcionaban visión, pero no eran suficientes como para iluminar la intimidante naturaleza que me rodeaba. Mejor volverse a casa, reflexioné. Me di la vuelta y algo en el suelo llamó mi atención. Había huellas de rodadas en la tierra. Unos vehículos habían estado ahí (a saber quién y cuándo). Lo relevante era que, junto a una de las marcas, había un zapato negro cubierto parcialmente de tierra. Me acerqué a observarlo y después de retirar la tierra, resultó ser un zapato técnico de Guardia Civil, inconfundible por las siglas «GC» entrelazadas, impresas en uno de los lados, y el disco fluorescente de la parte trasera, también con las letras «GC». Tenía que ser de Murillo.

Y pensar que había estado con él a unos metros de ese lugar cinco días antes.

Cinco días antes...

Capítulo VI – Damián Salvador y A. I. C.

«COTA para Delta-21, COTA para Delta-21».

La Central Operativa de Tráfico (COTA) nos reclamaba por la radio de servicio. Murillo cogió la emisora y respondió:

—Adelante para Delta-21.

«Acercaos hasta el cruce de Barruelo. Allí os está esperando la juez de guardia, que necesita que la llevéis hasta la finca de Damián Salvador; no sabe llegar», ordenó COTA.

Antes de contestar por radio, Murillo farfulló:

—¿Quién puñetas es Damián Salvador? —Pero como tal cosa no se podía decir por transmisiones, moduló el tono—: COTA, no sabemos quién es Damián Salvador —protestó, comentando algo que no entendí muy bien fuera de transmisiones—. Estos se han pensado que somos la guía telefónica.

«¡El Mina! Hay que llevarla a la casa del Mina; él es Damián Salvador. Policía Judicial ya está en el lugar —resumió el operador de COTA de forma pragmática—. ¿Ha comprendido?».

—Afirmativo-Sierra. Recibido —respondió Murillo.

Estábamos a menos de diez minutos del punto en el que su señoría esperaba con el coche y COTA sabía que nosotros, concretamente Murillo, podríamos guiarla.

—¿El Mina se llama Damián Salvador? —masculló Murillo—. Tantos años llamándole por el mote que...

Noté que mi compañero evitó valorar lo más sensible del aviso: ¿qué pintaban Policía Judicial y la juez en casa del famoso Mina? Llegamos al cruce donde la magistrada aguardaba y nos pusimos en marcha hacia Brañosera, el pueblo con el ayuntamiento más antiguo de España. Esta vez conducía yo y seguía las indicaciones de Murillo, que adoptó el rol de GPS humano. En Brañosera, atravesar la calle principal no nos llevó demasiado.

Solo había una y no tenía más de trescientos metros. Esta vía no tenía pérdida. Conducía sin remedio a la P-311, una carretera comarcal que comprimía su anchura pasando de dos carriles a uno con un mínimo margen de tierra a los lados que se suponía el arcén. La finca del Mina era la última construcción antes de que la vía terminase abruptamente a medio kilómetro de allí, justo donde comenzaba el valle del Denar.

Por fin, llegamos en comitiva al terreno de la casa del Mina. El abandono generalizado de la finca era patente y no invitaba precisamente a pasar una tarde de asueto. En primer lugar, una alambrada de espino, devorada por el óxido y rodeada de un ejército de zarzas y malas hierbas crecidas descontroladamente, marcaba los límites de la propiedad. A continuación, el acceso a la casa pasaba por un camino de gravilla y cantos que estaba flanqueado por un cementerio de hierros, remolques viejos e implementos de tractor (palas, horquillas, niveladoras...). Todo ello conducía hasta la única edificación residencial, situada en medio de la finca. Comparada con las nada desdeñables dimensiones del terreno, la vivienda era una modesta construcción de una sola planta cuyo estado podría definirse como ruinoso. El tejado presentaba un abombamiento severo en el centro y parecía condenado a desmoronarse; la fachada tenía una capa de pintura azul claro, desconchada y agrietada; y los marcos de las ventanas y la puerta mostraban una madera astillada y descompuesta por los efectos de la carcoma. Lo único decente en toda la escena, con pinta de haber sido instalado más allá del año 2000, era una antena de cinco metros de alto que partía del lado derecho del tejado y que estaba sujeta por dos cables de acero tensados, uno por cada lado de la casa. A cuatro pasos de la vivienda, había un sotechado de uralita protegido por unas paredes de ladrillo muy precarias que servía de refugio para una gran pila de troncos de leña tapados con una lona de plástico negra, un antiguo tractor y una vieja máquina cosechadora.

Aparcamos y Murillo salió del coche al encuentro de un tal Paco, especialista en Policía Judicial. El agente de PJ estaba vestido con mono blanco de pies a cabeza, llevaba coberturas en los zapatos, mascarilla, gafas y guantes de látex, y recogía evidencias junto a la cosechadora. La máquina,

una New Holland amarilla, tendría más de cuarenta años y aún portaba matrículas antiguas con el indicativo de la provincia de Palencia (P-1071-C). Su estado de conservación estaba al nivel del resto de trastos que había por toda la finca. Tenía un cilindro de trilla montado, aguantado sobre dos troncos de madera a los lados; las ruedas estaban totalmente deshinchadas y la cabina del conductor tenía los cristales rotos y el asiento desgarrado y lleno de agujeros, probablemente de ratones.

—Paco, ¿qué ha pasado? ¿Dónde está el Mina? —preguntó Murillo con preocupación.

—Me temo que está por todas partes, por eso os pido que os quedéis fuera de la finca para no contaminar nada —advirtió.

Murillo se quedó blanco, dio unos pasos atrás y con pasmo pudo escuchar la explicación de Paco a la juez de guardia, que también se había puesto unos cubrezapatillas. Mientras, otros agentes de PJ sacaban fotos, recogían más muestras y registraban el interior de la casa.

—A sus órdenes, señoría —comenzó Paco—. Una persona fallecida. Se ve que se puso a desatascar la cosechadora con ella encendida. El sistema de trilla la succionó y... el rodillo recogedor la trituró sin dejar un hueso.

Al oír esto, Murillo se vino abajo y regresó al coche conmigo. Guardando la distancia, estuvimos observando en silencio cómo los agentes de Policía Judicial recogían todos los restos humanos en distintas bolsas. Sin duda, era una tragedia. Todos allí debían de conocer al Mina y sabían que no estaba bien de la cabeza, pero Murillo se adelantó a este pensamiento y dijo en voz baja con rabia contenida:

—¡Estaba loco, pero no gilipollas! ¿Qué hacía encendiendo esta máquina, si hace más de quince años que no cosecha? Me sorprende que arrancara.

Estuvimos esperando dentro del coche un par de horas, por si la juez nos necesitaba para salir de aquel lugar. Ese rato fue extraño. Los compañeros de PJ precintando el lugar con una cinta y continuando con su labor de policía científica. A diferencia de otros accidentes mortales (por desgracia, en nuestra especialidad se presencian muchos), no había curiosos asomando por el lugar. El entorno natural que envolvía la casa era un mundo vacío de

gente.

Quedaba media hora para que nuestro turno finalizase. Lo habitual en este último tramo era escuchar una de las frases míticas de Murillo: «Vámonos, que estamos perdiendo dinero». Sin embargo, esta vez no fue así. Permanecía en silencio, seguramente desolado por la muerte del Mina, con quien había estado bromeando el día anterior en el control de alcoholemia. En un momento determinado, Paco nos indicó con un gesto que nos marcháramos: la cosa iba para largo. La juez regresaría con el equipo de Policía Judicial.

De vuelta al cuartel, condujimos varios kilómetros sin intercambiar una palabra, solo con la música de la radio de fondo. Pasamos las localidades de Villavega de Aguilar y Nestar. En el último tramo de carretera, poco antes de tomar la autovía en Aguilar de Campoo, avistamos un coche que circulaba anormalmente despacio por nuestro carril. «Va pisando huevos», pensé; seguramente Murillo también lo pensó, pero seguía callado. Lo suyo habría sido parar el coche y preguntar al conductor por el motivo de una conducción tan lenta en una vía de noventa kilómetros por hora. Pero el horno no estaba para bollos, así que para animar al conductor a superar los treinta por hora, encendí los rotativos del coche y activé la sirena un segundo. El vehículo, un Jeep todoterreno negro, empezó a hacer eses delante de nosotros y pegó un volantazo súbito que le hizo salirse de la carretera y chocar con una señal. Murillo volvió en sí con aquel accidente e inmediatamente bajó del coche para asistir a la víctima. Se acercó corriendo y abrió la puerta para comprobar el estado del conductor, varón de unos cuarenta años. El hombre estaba con la cabeza sobre el volante, pero no estaba inconsciente; lógico, ya que el impacto se había producido a velocidad de tortuga. Murillo comprobó sus constantes vitales y de inmediato percibió el aliento alcohólico del accidentado. Estaba sano, pero totalmente embriagado.

—Esto no, esto no... ¡Cómo iba yo a saber! — lloraba desconsolado, balbuceando palabras sin sentido.

Murillo era un buen fisonomista y enseguida lo reconoció.

—¡Alonso! Pero cómo me coge el coche habiendo bebido. Se da cuenta

de que podía haberse matado o haber chocado con un vehículo de frente. Esta vía es de doble sentido —reprochó al senderista que habíamos parado también un día antes. Él seguía llorando y autoculpándose por no se sabe qué.

Practicamos la prueba de la alcoholemia y, tras ver que el resultado superaba el límite sancionable y pasaba a ser delito, le informamos de que debía presentarse en el Juzgado de Instrucción número 1 de Cervera de Pisuerga al día siguiente para un juicio rápido. Él seguía sollozante, pero hizo ademán de comprender lo que se le decía. Como no estaba en condiciones de seguir conduciendo, se le pidió un taxi para que lo llevara a un hotel de Palencia, donde decía estar hospedado. El coche, por su parte, quedaba inmovilizado y sería llevado por un servicio de grúa a las dependencias del cuartel de Alar hasta que el juez decidiera levantar tal medida.

Esperábamos al taxi, para cuyo pago Alonso había dado muestra fehaciente de poder hacerse cargo, mostrando una cartera llena de billetes de cincuenta euros. Murillo, que había llevado a Alonso a la parte trasera de nuestro coche, trataba de calmarle y al mismo tiempo comprender el motivo de su tristeza. En ese momento, otro Jeep negro, exactamente igual al de Alonso, pasó junto a nosotros. Eran los americanos del supuesto club de senderismo de Alonso (los amantes de *Moscu-ruel*, según Murillo). Redujeron drásticamente la velocidad cuando llegaron al punto en el que Murillo estaba con Alonso, pero no se detuvieron. Murillo no prestó atención, pero yo sí. «¡Vaya par de amigos!», pensé al verlos marcharse dejando tirado a su colega.

Después de este último percance, regresamos a base y terminamos el turno. El día había sido movido, pero había que ser positivos: al día siguiente estábamos de libre y eso siempre daba un respiro para poder resetear de los momentos más dramáticos.

¡Y por fin llegó el día libre! Por fin era viernes. Tenía planes en Palencia capital con un amigo de promoción destinado en la cárcel de Dueñas. Yo vivía en el pabellón del cuartel de Herrera y no había bajado mucho a Palencia. Mi vida era trabajar y acumular días libres para poder viajar a

Galicia a estar con la familia y los amigos. Romper con esa rutina me venía bien y además me daba la oportunidad de visitar la Bella Desconocida, sobrenombre de la catedral gótica de la ciudad. Mi amigo era otro forastero en Palencia como yo. Venía de La Manga del Mar Menor, una pequeña localidad costera de la Comunidad de Murcia en la que, según me contó, vivían cuatro gatos (siempre que no fuera verano, claro, porque en esa época la invasión de turistas y residentes extranjeros multiplicaba el número de población por veinte). En el año de prácticas tuvo la suerte de elegir el puesto de Cabo de Palos, a menos de diez minutos de su casa, pero una vez pasó a profesional, le tocó errar por distintos puestos de las dos Castillas. Su propósito, desde el principio, era volver a Murcia (a poder ser, a La Manga), pero como los gallegos en la Guardia Civil, los murcianos también deben «expiar sus pecados» por España para ganarse el derecho a regresar a casa. Murcia entera era un destino complicado por el excedente de guardias originarios de allí y el limitado número de vacantes disponibles. Mi amigo llevaba dos años destinado en el Centro Penitenciario de La Moraleja, en Dueñas, a veinte minutos de Palencia, donde las guardias dejan tiempo para estudiar y los descansos acumulados permiten volver a casa con cierta frecuencia a quien no es del lugar. Su sueño era verse capitaneando una patrullera del Servicio Marítimo en la costa de Levante. Había intentado acceder a esta especialidad en dos ocasiones, pero sin éxito. «La siguiente es mía», afirmaba con la esperanza de aprobar la convocatoria. Al fin y al cabo, se había pasado media vida en la mar, ayudando en el barco de pesca de su padre antes de hacerse guardia civil. Era la primera vez que nos veíamos desde hacía años, así que nos prometimos un plan tranquilo («de abuelos»), dejando la posibilidad de salir por la noche para más adelante. Él vivía alquilado en la misma Palencia, por lo que me dejé llevar por el itinerario que tenía previsto. Nuestra primera visita fue al montículo del Cristo del Otero, que subimos a pie antes de la hora del vermú para no morir abrasados por el calor del mediodía. Desde lo alto, las vistas de la ciudad eran impresionantes y la figura de más de veinte metros del Cristo, observante y protector de la capital, resultaba sobrecogedora. Una escultura de Jesucristo en piedra sobre un alto. La comparación con el Cristo

Redentor de Río de Janeiro era inevitable. Por supuesto, al otro no lo había visto en persona, pero estoy seguro de que el del Otero competía dignamente en altura y belleza. Según leí en internet, la inauguración del Cristo de Palencia tuvo lugar en junio de 1931, cuatro meses antes de la del Cristo brasileño, erigido en la otra punta del mundo. Cualquiera habría pensado en un pique entre escultores cariocas y palentinos, retándose a ver quién era capaz de hacer la efigie más impresionante de Cristo, pero para la época que era, sin tanta red social ni comunicación instantánea agitando la pugna, lo más probable es que se tratara de una coincidencia increíble.

Después del Cristo, me llevó al casco histórico de la ciudad, dando un largo paseo desde el parque del Salón, por toda la calle Mayor, hasta la plaza de la famosa Catedral de San Antolín, patrón de los palentinos. Como colofón, me llevó a comer a la terraza de un restaurante donde los palentinos dicen tener las mejores patatas bravas del mundo. A mí aquella afirmación me pareció algo exagerada hasta que un alegre camarero, con acento cubano y pico de oro, nos trajo dos platos a rebosar de aquellas patatas bañadas en salsa picante, acompañadas de un cestillo lleno de pan de barra y unas cañas frías desbordando espuma sobre la mesa. Efectivamente, nunca había probado unas patatas iguales. Terminamos llenos por completo, pero nos prometimos volver para probar el resto del menú, que el cubano andaba gritando a la cocina con un arte único cada poco: «¡escocesa!», «¡una de rabas!», «¡marinera!». El bar estaba hasta la bandera y eso era buena señal. Todo un descubrimiento.

Para terminar la jornada por todo lo alto, nos fuimos a tomar un café con hielo a una terraza. La hora lo pedía y el aroma del ambiente también. Por alguna razón, la ciudad de Palencia olía por entero a café. Era como una suave brisa de poniente que inconscientemente invitaba a tomar asiento en cualquier bar al aire libre para disfrutar de eso mismo que impregnaba la atmósfera.

Sin lugar a duda, la Guardia Civil es una profesión singular donde es posible encontrar una bonita mezcolanza de paisanos de una y otra parte de España encontrándose en lugares ajenos a los unos y a los otros. Para muestra, ahí estábamos nosotros: dos muchachos provenientes de dos

puntos distanciados en más de mil kilómetros entre sí (Santiago de Compostela y La Manga), compartiendo un café amistosamente en Palencia. Nos pasamos el día recordando tiempos en la Academia de Baeza (los compañeros que nos caían bien, los que no, los profesores que daban la turra, las compañeras que te quitaban el sueño, etc.), pero también estuve acordándome de Murillo. Me preguntaba cómo estaría sobrellevando la montaña rusa de emociones del día anterior. Por la tarde, cuando entré por la puerta de casa, recibí un mensaje de texto suyo:

«Chaval, lee esta noticia y dime si sabes quién es A.I.C. Los periodistas, ¡qué ases de la discreción!».

A continuación, un vínculo a un periódico local digital informaba de lo siguiente:

«Un hombre de 43 años que responde a las iniciales de A.I.C. ha sido encontrado muerto en la bañera de su habitación en un hotel de Palencia a las 12:30 del mediodía. El cadáver fue encontrado por el personal de limpieza de la habitación que inmediatamente llamó a los servicios de emergencia y puso el hecho en conocimiento de la policía. La dirección del establecimiento hotelero ha lamentado profundamente el fallecimiento de Alonso Ibáñez Costa y ha comunicado que están haciendo lo posible por localizar a sus familiares».

Un segundo mensaje de Murillo llegó al minuto:

«Pobre Alonso. Pobre Mina. Descansen en paz. Te veo mañana».

Capítulo VII – Ruidos extraños

«[...] Te veo mañana».

Cinco días desde que Murillo me escribió aquel mensaje. Esa misma noche se esfumó con la extraña mujer de la peluca rubia y su pista se perdió al final del camino de la P-311.

Al día siguiente de haber visitado Casa Concha tenía servicio de nuevo, esta vez de noche, de siete de la tarde a siete de la mañana. Me hubiera gustado sacar tiempo para seguir indagando sobre el paradero de mi compañero, pero la mañana se me pasó volando con mis propias gestiones, y por la tarde sabía que o dormía una siesta o el turno de noche se me haría cuesta arriba. Y es que el servicio de noche era con diferencia el más duro y monótono de todos. Las noches están hechas para dormir en cama, ya sea propia o ajena, y lo contrario es ir *contra natura*. En Altea, mi destino de prácticas, recuerdo las noches como un no parar de avisos de toda clase, especialmente en verano: altercados con extranjeros ebrios en la vía pública, robos en viviendas por bandas organizadas, conducciones temerarias, etc. Difícil bajar la guardia con ese ritmo. Sin embargo, en Palencia, policialmente hablando, la película iba a cámara lenta. Por ejemplo, esa noche teníamos varios puntos de alcoholemia ordenados entre las nueve de la noche y la una de la mañana en las salidas de distintas localidades. Más allá de esos cometidos, muy seguramente nos aburriríamos como ostras, viendo las horas pasar sin novedad alguna.

En torno a las dos y pico de la madrugada, mi compañero y yo habíamos cumplido todas las órdenes de la papeleta de servicio y estábamos de vuelta en el cuartel de Alar. Desde ese momento, nuestro único cometido era estar disponibles en base para cualquier incidencia que pudiera surgir durante la noche. Con esta perspectiva, tenía tiempo más que de sobra para pensar en mis cosas. Mi binomio entró en la oficina del cuartel para dejar parte del material de los controles. Saldría pronto para echar un cigarrillo, así que era

mi momento para quedarme solo en el patio, respirando al fresco.

La calle, bañada de amarillo por la luz de las farolas del alumbrado público, se encontraba sumida en un silencio sepulcral. El único bar del pueblo había cerrado sobre la medianoche, por lo que solo el graznido de algún ave nocturna en la distancia y el ulular de los búhos quebraban levemente el remanso de paz que había alrededor. De pronto, un extraño ruido entrecortado empezó a escucharse saliendo de algún sitio. Atraído por la curiosidad, agucé el oído al máximo y empecé a moverme por el patio para descubrir su origen. La intensidad del volumen incrementaba o disminuía a medida que iba hacia un lado o hacia el otro, igual que en los juegos de mi infancia en los que buscábamos un objeto que un niño había escondido y debíamos encontrarlo a tientas, bajo las únicas indicaciones de «caliente, caliente» o «frío, te estás congelando». A mí no me podía orientar nadie. Estaba solo, pero sentía que el ruido estaba cerca, muy cerca, dentro del perímetro del cuartel. Seguí moviéndome sutilmente hasta que mi instinto me llevó a la parte trasera de un vehículo particular aparcado en el muro septentrional, junto a las plazas reservadas para los dos vehículos bicolor del puesto. Inmediatamente, al ver el coche, supe que aquel no era propiedad de los guardias destinados en Alar ni de ningún familiar. Era un 4x4 nuevecito negro; era el Jeep de Alonso Ibáñez Costa, el conductor borracho que trágicamente había aparecido ahogado en su bañera de hotel en Palencia. El coche llevaba varios días inmovilizado, a la espera de que el dueño, una empresa de alquiler de coches de Madrid, se hiciera cargo.

El ruido venía del maletero. De eso no había duda. Fui a buscar las llaves del coche a nuestra oficina del cuartel. Cuando abrí la puerta de nuestra sala, vi que mi compañero había reprimido sus ganas de fumar aplicando una terapia infalible. Estaba sentado en una silla con la cabeza hacia atrás apoyada en la pared, descansando la vista. La postura parecía matadora, pero tenía cara de estar en el séptimo cielo. Por un instante, me imaginé al capitán Peñaranda escupiendo fuego por la boca al verlo: «¡No nos pagan para dormir!». Por fortuna para todos, el capitán no estaba allí para dar la matraca y lo que ocurre de servicio se queda entre compañeros. Además, sabía que las horas del día se le quedaban cortas después de haber tenido

mellizos con Virginia, una guardia destinada en Becerril de Campos, a pocos kilómetros de Palencia. Él y ella eran originarios de Asturias y allí estaban destinados cuando se conocieron. Compartían tantas horas de servicio que al final acabaron juntos, rompiendo con sus parejas respectivas, que vivían en el mismo cuartel. El embrollo llegó a tales niveles que las mujeres de los otros guardias protestaron ante el sargento, denunciando a la «robamaridos», no fuera que decidiera ampliar su radio de acción y rompiera otros matrimonios. A ella le dejaron de hablar y a él, la misma película. Como solución, optaron por pedir destino en los puestos de Palencia, esperando que las aguas se apaciguaran en su ausencia y algún día pudieran regresar sin tener que esconderse. Como estaban muy enamorados y andaban cerca de los cuarenta, no se lo pensaron dos veces a la hora de tener niños. Virginia misma lo contaba sin pudor: «Fuimos directamente a por la fecundación in vitro porque el arroz se me estaba pasando a velocidad de AVE». De aquel proceso tuvieron a sus dos bebés, los cuales, según contaban, no dormían más de tres horas al día. Mi compañero decía que no daba a vasto y habían tenido que tirar de abuelos. Pero los abuelos ya no estaban para conducir. Sus padres venían desde Piedras Blancas y los de Virginia desde Pola de Lena. Tenían un sinfín de conexiones en autobús y tren hasta que llegaban a Herrera, donde tenían el pabellón de residencia. Todo un periplo para unos abuelos que pese a todo se turnaban cada semana para cuidar de sus nietos con todo el cariño del mundo. Mi compañero bromeaba a veces acerca de esta situación: «A estos niños los van a contratar como asesores de Guantánamo. Primero no me dejan dormir por la noche y luego me cuelan a los suegros semana sí, semana no. Doctrina de tortura genuina, tío». Cosas de la vida: dos compañeros que estaban pagando un precio muy alto por vivir una historia de amor prohibido.

Salí con el llavero en la mano, dispuesto a desvelar el misterio de una vez por todas. ¿Quién sabe? Quizás después de todo, no era más que el móvil del (ahora difunto) conductor, que habría olvidado dentro por culpa de la melopea. A unos pasos del coche, apreté el botón de apertura automática del portón trasero y este comenzó a ascender uniformemente con un sonido mecánico casi imperceptible. Según me aproximaba, me

estaba imaginando a Dani Cueto, mi mejor amigo de pequeños, gritando entre risas: «¡Caliente..., quemando..., Martín, te estás quemando..., te abrasas!». Una vez llegué al maletero abierto, observé que no se trataba de ningún móvil, sino de un equipo de radiotelecomunicaciones. Lo extraño era que el aparato estaba apagado. De hecho, el cable de corriente estaba a la vista y se veía que estaba cortado. Pero el ruido de hacía un momento, una especie de emisión interferida, seguía emanando de algún sitio, ¿de la radio apagada?

Decidí coger el equipo, bastante antiguo por otra parte, para examinarlo de cerca. Al levantarlo, vi algo que en absoluto esperaba hallar en ese lugar: el Motorola del Mina. El mismo *walkie-talkie* portátil que llevaba en su coche, en el asiento del copiloto, el día que lo conocí, cuando nos contó su alocada teoría de los ruidos y temblores nocturnos y de las extrañas señales que captaba con su equipo de radio.

¿Qué narices hacía la radio de un muerto en el coche de otro muerto? ¿Es que acaso había algún tipo de relación entre ambos? ¿Y qué eran esas interferencias del *walkie*? Parecían personas comunicándose, pero la señal era pobre y se perdía constantemente. El Mina nos habló de ruidos y señales nocturnos que provenían del valle del Denar y de criaturas de otros mundos, alienígenas, que eran las responsables. Todo un delirio. Las interferencias del *walkie* podían ser una señal lejana de otro operador o incluso una broma de algún colega radioaficionado. Aun así, reconsideré seriamente volver al Denar. Era el punto en el que terminé mi recorrido la noche anterior cuando di con las imágenes del coche de Murillo. Sin embargo, si quería husmear por ese entorno, necesitaba un guía, uno que conociera bien la zona. Recordé en ese instante que, no hacía mucho, había conocido a un compañero de SEPRONA joven y ávido de acción en una de las paradas para el café en La Estación. Su nombre, Mario Sendino. Tenía su número de teléfono, así que le escribí un mensaje para quedar al día siguiente por la tarde en La Estación, si de casualidad estaba libre. Hay personas que no silencian el móvil por la noche, así que me disculpé de antemano por molestarle tan tarde. Treinta segundos después, mi móvil vibró con un bip sonoro de «mensaje recibido». Era Mario, contestando a mi propuesta:

«Tranqui, no molestas. Estoy jugando a un videojuego *online*. Sin problema, te veo allí mañana a las 17:00. Ten buen servicio».

Capítulo VIII – Un plan surrealista

El reloj digital que había junto a los precios de los carburantes de La Estación marcaba las cinco de la tarde en punto. Entré en la cafetería y Mario ya estaba allí sentado esperándome. Efectivamente, ese día libraba. Iba vestido de paisano, con bermudas y camiseta de manga corta, y tenía cara de haber trasnochado (quizá la partida *online* se alargó más de la cuenta). Me acerqué y le estreché la mano con efusividad:

—¡Muy buenas, Mario! Gracias por venir, ¿te pido un café?

—Mejor una coca-cola —dijo él—. El café de aquí es aguachirri puro, pero no se lo digas a Mari Brezo, que está ahí trabajando.

Mari Brezo estaba tras la barra. La saludé con la mirada y quería pedirle las bebidas, pero no fue necesario. Nos conocía tan bien que ya las estaba preparando: un cortado con hielo y una coca-cola.

Mario era un muchacho de veinticinco años que se había criado en Saldaña, un pueblo de Palencia a media hora de Herrera. Recordaba haber pasado por allí cuando visité la Villa Romana de La Olmeda, un yacimiento arqueológico a las afueras del pueblo con los restos de una importante villa de época romana. Mario sentía pasión por su tierra, por la caza en el monte y la pesca en el río Carrión. Para él, la razón única de haberse hecho guardia civil era el Servicio de Protección de la Naturaleza (SEPRONA), especialidad a la que opositó en cuanto terminó la fase de alumno en prácticas con solo diecinueve.

Tenía el presentimiento de que se apuntaría a un bombardeo, siempre que este implicara un pico de adrenalina policial, así que fui directo al grano:

—Te he escrito porque estoy buscando a Ángel Murillo, mi compañero de Tráfico, ¿lo conoces?

—Sí, claro. Ya he oído. Está *missing* (desaparecido) y se le quieren fundir.

Mario estaba al tanto de todo. Vivía en el cuartel de Herrera, donde a

través de *radiopatio* se comentaba todo de todos.

—Mira, tengo una teoría, pero está basada en conjeturas. No puedo ir con ella a los jefes y, además, existe la posibilidad de que, después de todo, Murillo no esté desaparecido, sino con una mujer.

—¿Con una mujer? Este caimán está hecho un sátiro —dijo Mario, estallando en una carcajada.

Relaté al joven agente del SEPRONA mis averiguaciones hasta el momento: la mujer con peluca rubia, la P-311, las extrañas señales de radio nocturnas, la muerte del Mina. Todo ello para llegar a mi propuesta:

—Me gustaría ir al valle del Denar para ver qué pasa o si se ve a alguien. Tú lo conoces bien, ¿no? A estas alturas, no sé si Murillo está perdido o metido en algún lío rarísimo.

—Hay que ir de noche —aseveró el muchacho con toda naturalidad.

—¿De noche? ¿Por qué?

—El Denar es básicamente un lago rodeado por un bosque de hayas y robles centenarios densísimo. De día podrías tener un oso pardo a diez metros y ni lo verías. Ni siquiera sobrevolarlo con un dron sirve de algo. La frondosidad de la vegetación impide distinguir nada bajo la copa de los árboles. Pero hay una artimaña que en el SEPRONA hemos usado con éxito para pillar a los cazadores furtivos. Como suelen acampar de noche y encienden hogueras o usan linternas, nos colocamos en un punto de observación estratégico con vistas a todo el valle y el lago. Desde ahí es más fácil detectar movimientos.

Antes de que yo preguntara lo obvio (¿cómo se puede ver mejor de noche que de día?), Mario razonó su contrapropuesta:

—Lógicamente hace falta un equipo de visión nocturna, que es lo que usamos siempre para trabajar de noche. Puedo pasarme por la oficina a recogerlo y... llevarlo esta misma noche.

El plan sonaba un tanto surrealista, pero el experto en el Denar era él. Además, ¿para qué esperar? Si esa misma noche se podía comprobar (o descartar) la posibilidad de encontrar a alguien en el valle (ya fuera Murillo, los extraterrestres, o a Murillo con los extraterrestres), era mejor hacerlo cuanto antes. De pronto, una voz entusiasta a mi espalda me sacó del

pasmo.

—¡Yo también me apunto!

Era Mari Brezo, que traía las bebidas. No sabía si había escuchado todo o parte del plan, pero sus palabras sonaron decididas. Y por si dudábamos, añadió:

—De niña fui un montón de veces al Denar a bañarme con mi familia en el lago.

Mario y yo nos miramos y concluimos por acuerdo tácito que no había objeción: tres voluntarios al rescate de Murillo. En el peor de los casos, si no había nada que rascar, no perdíamos nada. No obstante, para ser precavidos, hice una advertencia a navegantes:

—De esto ni una palabra a nadie, por favor. No quiero ser el hazmerreír de la comandancia por un pálpito absurdo.

—¡Eh, y yo qué! —voceó Mario—. Tú serías el hazmerreír, pero si el cabo del equipo de SEPRONA se entera de que he usado medios oficiales para una búsqueda particular, no es que me meta un huevo..., es que me mete el huevo, la gallina y el corral entero. Además, el visor nocturno vale una pasta. Me dijo que había costado más de dos millones de pesetas, que no sé cuánto dinero es, pero suena a caro.

Dicho esto, los tres acordamos llevar nuestra misión nocturna con la mayor discreción posible. Mari Brezo nos comentó que su turno terminaba en pocas horas, por lo que quedamos en el aparcamiento de La Estación. Iríamos en mi coche, que para eso era yo el que estaba comprometiendo a los demás.

Capítulo IX – El observatorio

—¿Qué hora es? —pregunté en voz alta a Mario, que tenía el móvil en las manos y, a juzgar por la cantidad de vibraciones que se escuchaban, estaba enfrascado en un intercambio frenético de mensajes con algún amigo (o amiga).

—Falta un minuto para las once —respondió serenamente desde el asiento del copiloto sin quitar la vista de la pantalla.

Llevábamos cuarenta y cinco minutos metidos en el coche aparcados frente al bar de La Estación, esperando a que Mari Brezo saliera por la puerta de un momento a otro. Puede que Mario estuviera ensimismado con el teléfono, pero yo me estaba impacientando demasiado. Desde hacía un buen rato, tenía la ventanilla bajada y observaba atentamente la cafetería, sintiendo un impulso de ansiedad cada vez que la puerta se abría y alguien salía. ¿Era ella? No, otro camionero que marchaba a la cabina de su camión a dormir.

—Dijo que saldría más o menos a las diez y media, ¿no? —dije por decir, más para calmar mi propia impaciencia que otra cosa.

Mario seguía a lo suyo, pero emitió un sonido nasal que debía entenderse como una señal de confirmación. De todos modos, empecé a pensar que quizá Mari Brezo se lo había pensado dos veces y había decidido no venir. Pero entonces, ¿por qué hacernos esperar a lo tonto? No, ella no era así. Era una mujer muy echada para adelante. Seguramente, tenía un cliente pesado que la estaba reteniendo más de lo normal. Además, ella misma se había ofrecido voluntaria.

—Oye, creo... —solté despacio y vacilante— que voy a entrar. No quiero agobiarla, solo la voy a preguntar si la queda mucho.

—No hace falta, acaba de aparcar ahí —arguyó Mario, impasible, señalando una de las esquinas del *parking* con un gesto de cabeza.

A una docena de metros, un turismo rojo recién estacionado abría la

puerta del conductor. Para sorpresa mía, era Mari Brezo. Antes de salir del coche, amagó un segundo para mirarse en el espejo retrovisor y darse un último retoque, aprovechando que la luz del interior del habitáculo se había encendido automáticamente. Hecho esto, dejó el vehículo y comenzó a caminar hacia nosotros con paso decidido. Alejada de la barra de la cafetería y desprovista del uniforme de trabajo, parecía otra persona. Para empezar, la manera de recoger su pelo era distinta de la habitual. Una coleta anudada en lo alto de la coronilla dejaba caer su cabello libremente hasta más abajo de los hombros al tiempo que, por efecto de su andar acelerado, hacía que el pelo se balanceara de un lado a otro como el péndulo de un reloj clásico de pared, totalmente descontrolado. Además, como buena previsora, sabía mejor que nadie que las noches en la Montaña Palentina llegan a ser bastante frías, también en verano, razón por la cual se había equipado como era debido: botas de montaña, pantalón gris oscuro de fibra sintética impermeable, cazadora térmica del mismo color y mochila de *trekking*.

—Hola, chicos. ¿Nos vamos? —dijo al llegar a nuestro coche.

La verdad era que su cambio de *look* me había dejado embobado. Me quedé callado como un patán, mirándola de arriba abajo sin decir una palabra. Otra persona habría interpretado mi silencio de forma negativa, como que su tardanza me había sentado mal. Ella, sin embargo, reaccionó demostrando una agudísima ironía femenina:

—¡Qué! ¿No pensarías que iba a unirme a vosotros con las pintas de la cafetería? He ido primero a mi casa a cambiarme. Mi compañera Romina me ha hecho el favor y me ha cubierto para que pudiera irme un poquito antes.

—Cla... claro, estupendo, genial —repliqué, sintiéndome idiota por el balbuceo—. Siéntate delante, por favor. Mario, ¿te importa pasarte atrás?

Mario se encogió de hombros y cedió su asiento. De esta manera, Mari Brezo se puso a mi vera y arrancamos hacia nuestro destino. Antes de tomar la autovía, mientras maniobraba con el coche por el *parking* de La Estación, reparé en un par de detalles que hasta ahora no había visto en Mari Brezo. Llevaba varias pulseras de plata en las muñecas y también anillos en todos

los dedos, incluso en los pulgares. Esto era algo que no lucía nunca cuando estaba en el bar, quizás porque era molesto para trabajar o tal vez porque era la política de higiene del local. Asimismo, mirándola de reojo (para disimular mi interés) vi que su maquillaje rompía con la imagen de camarera modosa a la que estaba acostumbrado. La albura de su piel tenía un toque rojizo natural en los pómulos que resaltaba sus facciones mientras que párpados (ensombrecidos de azul oscuro), pestañas (alargadas y negras) y ojos (perfilados con kohl y rematados con un rabillo afilado curvo a la manera egipcia) emanaban un aura de irresistible misterio en cada abrir y cerrar de ojos. Por si fuera poco, el rojo pasión de sus labios tenía un destello especial que convertía su boca en su mejor carta de seducción.

El viaje desde La Estación hasta la P-311 se nos hizo muy ameno. Mario, por fin, dejó su móvil y se involucró en la conversación de Mari Brezo, que nos relató muy salerosa la anécdota del día: seis jóvenes, que habían llegado en grupo, pidieron los platos *deluxe* para cenar (los más caros del menú); se pusieron hasta arriba del mejor vino, seguido de postre, café y chupitos, para finalmente marcharse sin pagar, aprovechando un momento en que el bar estaba a tope, entre las nueve y las diez. Mari Brezo se explayó contando la reacción de Mariano, el dueño de la cafetería, cuando le llamaron por teléfono para explicarle que aquellos seis chavales habían dejado una cuenta de casi doscientos euros sin pagar. Todo el mundo sabía de su malhumor y de su amor por el dinero sin excepción («Como si vienen el rey, la reina y las infantas de la mano, ¡aquí paga "to" dios!», nos recordó Mari Brezo). El sinfín de juramentos y maldiciones que salieron instintivamente de su boca fue lo esperado: «¡Un *simpa*, a mí! ¡Qué hijos del demonio! Ojalá se les caigan las cuatro ruedas del coche y tengan que frenar con el culo y los pies, como los Picapiedra; ahora mismo voy al cuartelillo a denunciarlo; y encima gabachos. Me *cagüen* Napoleón, la tortilla francesa y la torre Eiffel». Al oír esto, casi llorando de risa, Mario recaló: «Entonces, ¿eran franceses?», a lo que Mari Brezo respondió: «¡Qué va! Lo mismo eran de Logroño, qué sé yo; le dijimos que tenían acento francés para tocarle las narices. Total, el mal estaba ya hecho». Yo apunté que, siendo como era el jefe, suerte que no había culpado a los trabajadores,

pero Mari Brezo explicó que Mariano, al menos en ese aspecto, confiaba plenamente en su personal. Él sabía que en casos similares lo primero que hacían era mirar por las cámaras para averiguar la matrícula del coche, sin embargo, en esta ocasión no hubo manera de ver nada. El cocinero y las camareras fueron los primeros en cabrearse con el *simpa*, pero escuchar a Mariano a través del manos libres subiendo y bajando santos del cielo tenía, pese a todo, un punto de gracia. No era para menos. Mariano era un tipo recio y malhablado, que además arrastraba fama de tacaño. Había oído que antes de La Estación regentó un bar de copas en Aguilar durante varios años. Según contaban, era típico en él salir de la barra para increpar a los clientes que charlaban relajados en los sillones del bar sin tomar nada o con las copas ya vacías, chasqueando nerviosamente los dedos bajo el imperativo: «¡Consumid, consumid!». La gente no se lo tomaba mal, simplemente lo ignoraba o se reía de él.

Entre historietas y demás habíamos llegado a la P-311. Enseguida rebasamos la casa rural de doña Manuela, iluminada de vida en su interior (probablemente, los huéspedes celebrando una gran cena), y la finca del Mina, sombría y triste, aún acordonada por cintas de «GUARDIA CIVIL NO PASAR». Supuse que mis acompañantes pensaron que se trataba de una propiedad abandonada, porque no preguntaron por el motivo de las cintas, así que opté por no enredar con dramas inoportunos que aguaran el momento. Al entrar en el camino de cabras, avancé con el coche despacio hasta que llegamos al viejo tronco caído.

—¡Todavía sigue aquí este árbol! —se sorprendió Mari Brezo al verlo—. Madre mía, ya estaba cuando era pequeña. Tiene más años que la tarara.

—Vamos a entrar por ahí —dijo Mario señalando uno de los lados donde comenzaba el bosque.

Bajamos del coche y nos pusimos en movimiento. Sin necesidad de discusión, Mario se colocó a la cabeza de la expedición y nosotros nos limitamos a seguirle en fila india. Verdaderamente, debía de conocer el camino al dedillo porque avanzaba sin vacilar por una especie de sendero estrechísimo, imperceptible para nosotros, alumbrando con una pequeña linterna que parecía de juguete. Yo tenía fe ciega en él (nunca mejor dicho,

ya que me sentía como un invidente guiado por su perro lazarillo), pero Mari Brezo, que iba la última, no parecía fiarse tanto. Llevaba encendida la luz de su móvil para apuntar a cualquier cosa que crujiera, chascara o emitiese un sonido animal cerca de ella, o la rozara un pelo del cuerpo. Al principio, noté que de poco en poco tocaba mi espalda, quizá para cerciorarse de que seguía delante de ella, pero cuando ya llevábamos unos minutos caminando, percibí que directamente agarraba la tela de mi chaqueta con fuerza.

—¿Falta mucho? —susurró ella, como con miedo de despertar a alguna criatura si hablaba demasiado alto.

—¡Sin miedo, Mari Brezo! Estamos a medio camino —clamó Mario desde la vanguardia—. Además, ¿no habías estado aquí de niña?

—Claro que vine de pequeña, pero no de noche. Ahora mismo estoy cagada.

En esta época del año, la vegetación está muy crecida. Hierbajos, arbustos y ramas de árboles repletas de hojas no dejan ver nada más allá de la nariz. Mario, como buen explorador, nos advertía de cuando en cuando acerca de alguna hondonada en el terreno, piedras poco estables o partes cubiertas de musgo que eran resbaladizas.

Gradualmente, empezamos a subir una pronunciada cuesta en dirección al observatorio de furtivos, que estaba en lo más alto. Ninguno decíamos nada porque el esfuerzo físico de subir la pendiente, sumado a la concentración máxima por no pisar donde no debiéramos en medio de la oscuridad, nos lo impedía. Sin embargo, Mario consiguió jadear unas palabras:

—El tecol nuevo... —tomó aliento— nos dijo este año que nada de cazar furtivos en el Denar, que ni nos acercáramos. Para una cosa divertida que hacíamos. Me he pasado la primavera entera y lo que llevamos de verano persiguiendo pescadores en el Canal de Casti...

—¡Ay! —gritó de improviso Mari Brezo, interrumpiendo a Mario.

Se había tropezado con una piedra y a punto estuvo de caer al suelo. Pudo mantener el equilibrio gracias a mi chaqueta, que no había soltado ni un segundo, sin embargo, su móvil no tuvo tanta suerte. Se le fue de las

manos y acabó golpeándose contra el suelo pedregoso. Cuando lo recogió, la fractura de la pantalla no preludiaba un final feliz. El móvil parpadeaba como si luchara por mantenerse con vida hasta que la fotografía del fondo de pantalla (Mari Brezo abrazada a su madre) y el reloj del móvil ennegrecieron súbitamente.

—Adiós a mi móvil —se lamentó la dueña.

—Hora exacta de la muerte: las 00:37 —dijo Mario con aires de médico forense—. De todas maneras, no te iba a servir de mucho —continuó—. Aquí hay cero cobertura para móviles. Como mucho se pueden usar radios de onda corta.

—O sea que... —introdujo ella.

—...ni teléfono ni internet —concluyó Mario—. Este valle es un viaje al pasado, a la época de nuestros abuelos.

—La época de Murillo —bromeó Mari Brezo.

—Mira, lo mismo al final sí que le encontramos, asomado por encima de la copa de los árboles comiendo hojas con otros dinosaurios —remató Mario con una carcajada contagiosa.

Después de este traspié (literal), emprendimos de nuevo la marcha y llegamos al observatorio. Estábamos algo exhaustos por la subida, pero enseguida nos repusimos al contemplar el espectáculo natural que teníamos ante nuestros ojos: el valle del Denar completamente a oscuras cubierto por un manto celeste de más de un millón de estrellas reflejándose en el agua del lago y creando un espejo de luz radiante de belleza inigualable. Casi parecía que el agua tenía su propio universo dentro.

—La Vía Láctea —comenté en alto, maravillado ante el chorro infinito de estrellas que salpicaba el firmamento.

—Nunca la había visto tan nítida —añadió Mari Brezo sin dejar de mirar al cielo con la boca abierta.

—Es por la contaminación lumínica. Las luces de las farolas y las casas no te dejan verla así —explicó Mario—. En el campo, lejos de los pueblos, se ve muy bien en noches despejadas como esta. Lo que no sé es por qué la llaman Láctea.

—Fue un bebé... —repuse inmediatamente, como si un resorte hubiera

activado mi vocación frustrada de maestro—: Heracles, hijo del dios Zeus y una mortal. El niño tenía que mamar leche divina para obtener la inmortalidad, así que Zeus se las ingenió para que se amamantara de la diosa Hera, que era su mujer, mientras dormía. Hera despertó y vio al pequeño lactando de su pecho. Lo apartó bruscamente, pero las gotas de leche siguieron saliendo a borbotones, esparciéndose por el cielo y creando la Vía Láctea, o «camino de leche».

—¡Qué bonito! —expresó Mari Brezo, que había dejado de mirar al cielo para clavarme su mirada mientras escuchaba mi relato.

—No tenía ni idea —se sinceró Mario—. Pero... una cosa. Has dicho que Hera estaba con Zeus, pero el hijo era de otra, una mujer mortal, ¿no?

Asentí, sintiendo verdadera sorpresa por lo bien que mi compañero «sepronero» había condensado la trama en pocas palabras. A continuación, formuló una conclusión lógica por un detalle que no le había pasado inadvertido:

—¿Y el Zeus este le colocó el bebé de la amante a su mujer, aprovechando que estaba dormida?

Volví a asentir, esta vez con una carcajada, que también hizo reír a Mari Brezo.

—¡Joder! Zeus los tenía cuadrados, pista que viene el artista. Es mi nuevo héroe, el puto amo —cubrió de gloria al padre de los dioses en el Olimpo, encadenando elogios.

—Los mitos griegos son así, tienen mucho de amoríos, engaños y venganzas —expuse.

—Tienen mucho de golfos —varió Mari Brezo mi propio comentario—. Zeus era el Julio Iglesias de los griegos y... «TODOS LO SABÍAN» —dijo impostando la voz con tono cómico.

Los tres reímos ampliamente y después de un pequeño paréntesis, Mario nos aclaró dónde estábamos:

—Bueno, pues bienvenidos al observatorio de cazadores, mi segundo hogar hasta este año.

El punto de observación de furtivos era un pequeño remanso de hierba sin árboles ni arbustos molestos en un promontorio con vistas a todo el

valle. Un espacio ideal para ver sin ser vistos, protegido además por un terraplén que servía de parapeto, por encima del cual podíamos asomar nuestras cabezas como si de una trinchera se tratase. En mi opinión, éramos espectadores de lujo en la grada privilegiada de un teatro esplendoroso.

Visto desde arriba, el lago del Denar era una mancha de agua ovalada de aproximadamente un kilómetro y medio de largo por unos quinientos metros de ancho. Aunque la oscuridad nocturna no dejaba apreciarlo bien, en uno de sus extremos había una especie de viejo embarcadero de madera con una barca semihundida de la que solo asomaba un pedazo de la proa gracias a una soga deshilachada que la mantenía atada a un poste del embarcadero. Las aguas del lago estaban tranquilas y el único sonido que se oía en el valle procedía del croar lejano de las ranas y del canto nocturno de alguna que otra ave. Más allá de eso, nada. Reinaba la paz y la armonía.

Mientras nos acomodábamos en el sitio, miré al frente de nuestra posición, más allá de la ladera opuesta del valle. No se veía nada, pero intuía el telón de piedra de las grandes montañas de más de dos mil metros en la zona más septentrional, donde Palencia se funde con Cantabria. Había memorizado algunos de sus nombres de un mapa en internet antes de salir de casa: el Tres Mares, Peña Labra, el Cuchillón, etc.

Como remate a este impresionante panorama montañoso, a nuestra izquierda, dirigiendo la vista al oeste, estaban los más altos de la clase: el Curavacas, el Espigüete y Peña Prieta, que con más de dos mil quinientos metros superaban nuestra altitud en más de mil metros. Todos estos datos juntos imponían y pasar una noche en este medio era, cuanto menos, inquietante.

—¿Hiciste muchas vigilancias de noche aquí, entonces? —pregunté a Mario, intrigado por la penosidad de tal servicio.

—Entre mayo y julio del año pasado hice más noches aquí que el camión de la basura. El cabo y yo le pusimos ganas de verdad. No era cuestión de fichar después de ocho horas y marcharse a casa.

—¿Y pillasteis a alguien?

—Sí, a unos holandeses que venían a cazar al lobo ibérico, que es una especie protegida. Se debían de pensar que España es Villacachondeo. Je, je

—se le escapó una carcajada—, el cabo quiso llamarlo «Operación Iniesta», el muy cachondo, pero en Madrid dijeron que no. Las partidas de caza estaban organizadas por un paisano de Cervera que parecía bobo, pero se estaba metiendo una pasta con cada batida. Se le detuvo a él también y salió en los periódicos. El UCOMA nos dio una felicitación, pero sin anotación.

—¿El quién? ¿UCOMA, qué es eso? —preguntó Mari Brezo.

—«UCOMA», Unidad Central Operativa (la UCO) de Medio Ambiente —aclaró Mario.

—¡Qué nombre tan feo! ¿Y eso de la felicitación sin anotarse? —interrogó, llena de curiosidad.

—Felicitación es un reconocimiento formal de los jefes —explicó—. Puede ser con anotación en el expediente (te pagan un extra, creo, y luego te cuenta para los ascensos y demás); o bien sin anotación, es decir una palmadita en la espalda por escrito.

—...pero sin paga extra ni nada de eso para ascensos y méritos, ¿no? Pues vaya mierda —replicó Mari Brezo, cogiendo muy bien el concepto.

—Totalmente —admitió Mario—. Eso y nada... es lo mismo. Encima los del UCOMA, para variar, se llevaron una lluvia de medallas. Que se creen que el Boletín del cuerpo no llega a las provincias y no nos enteramos a quién le caen las condecoraciones —criticó ácidamente mi compañero.

—Mira que me contáis cosas, pero... ¡lo que me queda por aprender de vosotros! —exclamó Mari Brezo, mientras se quitaba la mochila de la espalda y la dejaba sobre el herbazal.

Solo Dios sabe qué cosas puede una mujer guardar en su bolso. Mari Brezo abrió la cremallera de la mochila de un tirón y sacó una manta plegada que extendió en la planicie. Era lo suficientemente grande como para que los tres nos sentáramos sobre ella. Mario y yo la mirábamos con estupefacción, pero al mismo tiempo reconociendo lo bien preparada que estaba para la imaginaria. La manta tenía una base que era aislante por lo que, de humedecerse la hierba con el rocío, no notaríamos nada. ¡Bravo, Mari Brezo!

Al igual que ella, yo también guardaba algo en mi chaqueta cortavientos que saqué y puse sobre la manta: la radio Motorola del Mina. El aparato

estaba muy delicado de batería, por lo que no convenía andar manoseándolo demasiado. Su pequeña pantalla mostraba el canal, la intensidad de la señal y el estado de la batería (únicamente una raya), a base de símbolos en 2D configurados en una matriz de puntos negros sobre fondo amarillo. Algo tecnológicamente obsoleto, pero útil para la ocasión si la frecuencia volvía a captar algo.

—¿Qué es ese trasto? —preguntó Mari Brezo.

—La radio de un vecino. Ha estado unos días cogiendo señales rarísimas por la noche. La he traído solo por si acaso. Una corazonada.

—Bueno, al menos con eso sí que te puedes comunicar con otros guardias, ¿no?

—Me temo que no. Las comunicaciones de radio en Guardia Civil están encriptadas. Nadie de fuera accede a nuestros canales.

En ese momento, Mario nos mostró el juguetito que había cogido prestado de la oficina de SEPRONA: las gafas de visión nocturna. Parecían un aparato muy sofisticado, como los que usan las fuerzas especiales del ejército en las misiones nocturnas. Se sujetaban a la cabeza con una especie de visera con correa y tenía dos lentes telescópicas que podían alcanzar hasta quinientos metros de distancia, transformando la luz infrarroja en un espectro monocromático de color verdoso. Durante la primera media hora, estuvimos fascinados con ellas y casi había que pedir la vez para usarlas, pero pasado ese rato, perdieron el interés. Solo habíamos conseguido avistar un corzo acercándose a la orilla del lago para beber agua. Además, descubrimos que la cabeza y el cuello terminaban resentidos porque el dispositivo no era precisamente ligero y el ángulo de visión era muy reducido; cuarenta grados, según Mario, de los ciento noventa que el ojo humano es capaz de abarcar. Esto hacía que para mirar a un lado u otro hubiera que estar girando la cabeza constantemente. Un rollo. Se las devolvimos y por votación popular quedó nominado como el encargado de la visión nocturna.

Pasaron los minutos y, como era de esperar, la vigilancia se tornó en una dinámica de tediosa pasividad. Los tres estábamos sentados sobre la esterilla sin comentar nada, mirando aquí y allá por encima del terraplén,

corrigiendo la postura con mínimos esfuerzos para que las extremidades no se nos durmieran. Mari Brezo, entonces, volvió a coger su mochila y sacó un bocadillo envuelto en papel de aluminio. Mario, instantáneamente, se espabiló al verlo:

—¿Y esa flauta?

—Pues la cena —contestó Mari Brezo con naturalidad.

—¿Y de qué es? —preguntó el joven agente.

—Lomo con pimientos verdes —respondió ella hincando el primer bocado.

Qué delicia respirar aquel aroma del lomo y los pimientos, pero al mismo tiempo qué tormento no poder disfrutarlo personalmente. Mario era más descarado que yo y no apartaba la mirada del bocadillo, estremeciéndose de placer ante el sonido que producía la barra de pan con cada crujido.

Después de un par de mordiscos, Mari Brezo, que era perfectamente consciente de la indirecta tan directa que la acechaba por los dos flancos, no aguantó más y protestó:

—Pero bueno, ¿es que no habéis traído nada para una noche tan larga a la intemperie? ¿Y vosotros sois los que hacéis servicios de noche? También he traído café caliente en un termo.

Antes de que dijéramos nada, se compadeció de nosotros y partió el bocadillo en tres partes. Mario, salivando como el mismísimo perro de Pavlov en plena fase de experimentación del comportamiento conductual, se llevó una alegría al recibir el coscorito, que es como llaman en Palencia al pico de la barra.

—Si os quedáis con hambre —añadió con una sonrisa malévola—, por ahí hay algún tejo negro. Por mí, no os cortéis.

—¿Qué es el tejo negro? —pregunté yo.

—Un árbol venenoso —respondió Mario con la boca llena.

—¡Venenoso! —repetí, entendiendo el chiste.

—Sí, pero solo si te comes las hojas —puntualizó Mario, saboreando el último trocito de lomo con pimiento.

Una vez devorado el bocadillo, compartimos el café usando la tapa de

rosca del termo como vaso. El café nos calentó el estómago e hizo las veces de postre en un ágape memorable, que agradecimos a nuestra colega. A Mario, particularmente, este banquete debió de causarle una excepcional sensación de paz interior, puesto que después del último sorbo de café se tumbó en la manta y se quedó dormido como un bebé.

Con Mario ausente, Mari Brezo y yo nos quedamos sentados sobre la manta con las piernas entrecruzadas, batiendo el valle con la mirada. Era el momento perfecto para compartir confidencias con ella.

—Siento lo de tu móvil antes.

—No te preocupes. Ya me darán otro en el bar.

—¿Cómo que en el bar?

—Sí, este me lo regaló un cliente que va todos los días a comer. Insistió tanto que al final lo acepté. Cuando se entere de que se me ha roto, me trae uno igual en el día.

—Pues qué suerte.

—No voy a decir que no —reconoció Mari Brezo—, pero tampoco pienses mal. La gente me ve en el bar y se piensa que, porque sea agradable y simpática, o porque acepte un detalle, me voy a acostar con ellos. No tengo más narices.

—Totalmente de acuerdo.

—No soy tonta, ¿sabes? Me doy perfecta cuenta de qué quieren por cómo me hablan y cómo me hacen la *iteuve*.

—¿La *iteuve*? ¿Te refieres a la ITV, la inspección técnica de vehículos?

—Sí, sí. ¿Qué es la ITV? Una revisión del coche de arriba a abajo, ¿no? A mí me hacen lo mismo; me miran de arriba a abajo, más a fondo que a un coche. Y créeme, me doy cuenta... hasta cuando estoy de espaldas.

Mari Brezo me miró a los ojos, abriendo y cerrando los párpados en un gesto vivo, lleno de picardía. En ese instante, debí de ponerme rojo como un tomate de la vergüenza. ¿Me había visto alguna vez repasando sus curvas o se estaba quedando conmigo? Al menos me consoló pensar que no se me notaba mucho por ser de noche.

—Por cierto, fuera de bromas —cambió de tema—, muy bonito lo que has contado de la Vía Láctea y los dioses griegos. ¿Cómo es que sabes

tanto?

—Estudié algo de eso. Se suponía que tendría que haber acabado de profesor, pero nunca me lo planteé. No creo que se me hubiera dado bien. Además, me aterraba que los alumnos me pusieran un mote.

—Pues lo normal. En el colegio y en el instituto todos los profesores tenían uno: la de Historia era la Muerte; el de Química, Gandalf; el de Lengua, Don Pijote; el de Educación Física, el Legionario; y muchos más. Ves, ahora por decirlo estoy pensando cuál te pegaría a ti.

—No, por favor —supliqué, echándome a reír—. Supongo que cada mote tiene su explicación. ¿El Legionario había estado en la Legión?

—Sí, eso nos dijo. Venía en sandalias y pantalones cortos todos los días del año, incluso los días que había nieve. Decíamos que tenía piel de foca. En su clase, todo el mundo hacía gimnasia sin excepción, hasta los que estaban escayolados de los pies.

Un ruido detrás de nosotros nos cortó la conversación de repente. Algo se había movido entre unas hojas a pocos metros de donde estábamos. Mari Brezo me agarró el antebrazo y apretó con fuerza. Creo que los dos contuvimos la respiración, pero pronto nos tranquilizamos al ver que no era más que un conejo curioso que se había acercado demasiado hasta nosotros. No debíamos de ser de gran interés para él, ya que enseguida se escabulló entre las hojas de un par de brincos. Mari Brezo se quedó mirando fijamente al lugar por el cual el conejo desapareció. Había dejado de apretarme, pero aún cogía mi antebrazo.

—Gracias por aflojar el torniquete —bromeé, dirigiendo mi mirada a su mano.

Ella me soltó de inmediato. Para una vez que hacía una gracia, a lo mejor había metido la pata. Además, al igual que cuando se agarraba a mi chaqueta en la ascensión al observatorio, estaba encantado con la sensación de ser su salvaguarda. En cualquier caso, Mari Brezo no se lo tomó a mal. Nada más lejos. Vi que se mordía el labio inferior, seguramente cavilando cómo devolverme la chanza. No tardó mucho. Esbozó una media sonrisa y lanzó el contraataque:

—Para ser gallego, no tienes mucho acento.

—Para ser palentina, tú tampoco —repliqué, devolviendo la misma.

—Los de Palencia no tenemos ningún acento —agregó, dejando escapar una risita tonta.

—Oye —adopté un tono algo más serio—, aún no te he dado las gracias por unirte a esta aventura. Siento que os estoy haciendo perder el tiempo. Aquí no vamos a encontrar nada.

Ella se quedó en silencio unos segundos y entonces, apoyando el codo en el terraplén, se volvió hacia mí y me preguntó algo que parecía haber estado mascullando en su interior desde hacía un rato:

—Martín, ¿por qué te hiciste guardia civil?

«¿Por qué quieres ser guardia civil?». La típica pregunta de las entrevistas personales en las pruebas de acceso a la Guardia Civil para la cual todo aspirante que se precie debería llevar pensada una buena respuesta de antemano. Era una pregunta sencilla para la que no valía cualquier contestación. De hecho, alegaciones como «porque quiero ayudar a los demás» sonaban poco originales y se lo ponían en bandeja a los psicólogos a cargo de la prueba para invitar al candidato a apuntarse a las monjas de la caridad, en lugar de a la Benemérita. Mari Brezo, igual que el psicólogo, esperaba una razón fundamentada y sólida, así que evoqué la frase de mi infancia que, de alguna manera, me había determinado a tomar este camino:

—Los ángeles de la carretera.

—¡¿Qué?! —exclamó ella arqueando una ceja.

—Es algo que oí a mi abuela cuando era pequeño: «los guardias civiles son los ángeles de la carretera». Para ella, la Guardia Civil era una institución que había estado ahí siempre, sirviendo a los demás. Gente de bien.

—Entonces, ¿te hiciste guardia civil por ella, por tu abuela?

—En parte sí. En mi familia nadie antes que yo había pertenecido al cuerpo, por lo que pasé a ser el primero, y eso fue doblemente especial para mi abuela. Ella tuvo un hermano que iba a ser guardia civil, pero lo mataron en la Guerra Civil antes de que pudiera vestir el uniforme. Siempre nos contaba con mucha pena que el uniforme estaba ya listo para recoger en una sastrería, expuesto en el escaparate.

—¡Qué historia tan triste! ¿Y te imaginabas en Palencia? ¿Te gusta o estás contando los minutos para regresar a Galicia? —preguntó con suspicacia.

—Me encanta la gente de aquí, recia y amable al mismo tiempo, orgullosa de sus pueblos y obsesiva a más no poder con los de fuera, para que no confundamos el nombre de Palencia con Valencia: «¡Palencia con "P"!».

Mari Brezo asintió con la cabeza, conteniendo una carcajada al oír esto último.

—Hay otra «Palencia con P» en Guatemala —recordé de improviso—. La encontré por casualidad en internet. No sé si allí estarán también peleados con las otras Valencias que hay en Estados Unidos, México, Colombia, Venezuela y Ecuador.

De pronto, la cara de Mari Brezo cambió, como iluminada por una idea espontánea a colación de Palencia (la española):

—¿Sabes qué es lo mejor de Palencia? ¿Has probado el churro?

—¿El lechazo churro?

—No, no; bueno, ese también —admitió al tiempo que me daba un par de golpecitos en la muñeca en señal de complicidad—. Yo digo los churros del puestecito de Palencia capital, el que está junto a la estación de autobuses. ¡Qué ricos con chocolate recién hecho, y qué baratos! Si no los has probado, un día vamos juntos y desayunamos allí.

—Venga, en eso quedamos. Invito yo.

—No, te invito yo, que para eso lo he propuesto, pero a cambio me tienes que explicar una cosa cuando vayamos —añadió Mari Brezo, imponiendo una suerte de peaje—. Palencia está llena de rotondas y no hay quien las entienda, ¿se puede conducir por el carril de dentro o hay que ir siempre por fuera?

—Yo te cuento lo de las rotondas y tú me desvelas el misterio de las moscas en los bares.

—¿Qué de qué, las moscas? —preguntó arrugando la nariz en un gesto de repulsión.

—Sí, las moscas. Ves las bandejas donde están los pinchos en la barra de

los bares, protegidos por un cristal.

—¿Las vitrinas? —trató de aclarar Mari Brezo, sin entender aún a dónde quería llegar.

—Eso, las vitrinas. ¿Cuál es su misión, que las moscas no entren o evitar que salgan? Porque he visto cada cosa que...

—¿¡Quéeee!? A ver, a ver, por partes. Primero, las vitrinas están para mostrar las tapas y pinchos y, además, para refrigerarlos. Y segundo, ¿cuándo has visto tú moscas en mi expositor? —preguntó, segura de sí misma, enfrentando su mirada a la mía con una sonrisa de orgullo al tiempo que levantaba las cejas y meneaba la cabeza.

—Bueno, no hablo de La Estación en concreto —reculé—, yo digo en los bares de algunos pueblos de Palencia. No solo paramos en La Estación a tomar café.

—Ah, bueno —respiró aliviada al ver que recogía cable—. Yo respondo por mi trabajo, los demás sitios... que cada uno defienda su negocio. De todas maneras, ¿vienes de un hotel cinco estrellas en el Principado de Mónaco o qué? No me digas que no hay baruchos en Galicia.

—¿Baru... qué?

—¡Ba-ru-chos! —repitió despacio, como si estuviera enseñando la palabra a un niño de cuatro años—. Baruchos: bares cutres, antros de mala muerte, tascas inmundas, tugurios apestosos.

Un amago de ronquido de Mario nos hizo volver la cabeza hacia nuestro compañero, que seguía cao en la manta, y nos provocó automáticamente la risa a los dos.

Después de que se extinguiera la última carcajada, nos quedamos unos segundos en silencio, observando la serena nocturnidad de la naturaleza a nuestro alrededor. Fue un instante tranquilo, que Mari Brezo aprovechó para armar su siguiente pregunta.

—¿Es verdad que viniste por amor?

«Madre mía», pensé; el nivel de cotilleo e indiscreción de mi compañero Murillo en La Estación no tenía límites. Allí todo se acababa contando a los parroquianos.

—Sí, vine por una persona, pero no fue como esperaba.

—¿Te puedo preguntar por qué? —inquirió Mari Brezo.

—Pues... al convivir con ella, me di cuenta de que éramos muy distintos.

—¿Solo por eso? Todos somos diferentes —razonó.

—Lo sé, pero —tragué saliva— tomaba drogas y eso no va conmigo.

—Lo supongo. No me esperaba una respuesta distinta de un guardia civil —se sinceró Mari Brezo.

—Ahí te equivocas. En mi opinión, las drogas deberían ser legales. Una persona que abusa de la marihuana o de la cocaína no se autodestruye menos que una adicta al alcohol, y el alcohol es legal. Si la venta de drogas fuera legal y estuviera regulada, probablemente no habría un crimen organizado tan brutal como el que existe desde hace décadas en todo el mundo. Es simplemente algo que no se puede prohibir. No hay más que fijarse en los países donde se aplican las leyes más severas. En Malasia, Vietnam o Tailandia te expones a pena de muerte si te pillan con algo, aunque sea una cantidad ínfima, y aun así hay traficantes y mercado negro. Dicho esto, que no esté en contra no significa que me guste. Detesto las drogas, y la persona que comparta mi vida la comparte conmigo, no con ellas.

—Tienes toda la razón. Algunos amigos míos del pueblo se han echado a perder con la cocaína. Con lo majos que eran.

Mientras me decía esto, me di cuenta de que, más allá de los rumores que oía entre otros compañeros de verde, no sabía gran cosa sobre la vida de Mari Brezo, empezando por lo más importante:

—Y tú, ¿no sales con nadie? —pregunté, tratando de aparentar seguridad en mí mismo, cuando en realidad era la clase de preguntas que nunca me atrevía a hacer en persona.

—No —contestó con rotundidad.

La joven camarera apartó la mirada de mí y fijó la vista en un punto indeterminado del valle. Por un momento, me pareció que sus ojos estaban cristalinos, a punto de deshacerse en lágrimas, por lo que comprendí que había tocado un tema espinoso. ¿Había vuelto a meter la pata otra vez? No me esperaba una reacción así de la mujer que siempre se había mostrado segura de sí misma, resuelta y ladina. Nada fuera de lo común. Después de

todo, era como cualquier ser humano: frágil y vulnerable por dentro.

—Dime una cosa, Martín, ¿qué es mejor, querer o que te quieran? Porque yo he querido mucho, pero a mí no me han querido nada.

—Creo que las dos cosas son lo mismo. Solo cambia el sujeto.

—Supongo que sí —dijo con un sollozo que trató de disimular girando la cara al lado contrario—. Seguro que tú lo lamentas, pero a mí me hubiera encantado que alguien viniera desde lejos, como tú, solo para conocerme y estar conmigo. Eso me habría hecho sentir lo que nunca he podido sentir de verdad, el ser especial.

—No me arrepiento de haber venido. ¿No me fue bien en el amor? Correcto, pero estoy conociendo un lugar y a unas personas que, de otra manera, no habría conocido. ¡Y mira dónde estamos ahora mismo! De no ser por el destacamento de Herrera y el bar de La Estación... y la afición de Murillo por desaparecer con la primera tía que se deja invitar —tuve que añadir para completar la cronología de hechos—, no estaría en estos momentos junto al cadáver de Mario y frente a la mujer con la sonrisa más maravillosa de toda Palencia.

Mari Brezo cambió súbitamente de gesto y precisamente dibujando su sonrisa de anuncio, volvió la cabeza hacia mí.

—¿Te parece que tengo una sonrisa bonita?

Esta vez no respondí con palabras, tan solo asentí. Instintivamente, los dos nos acercamos muy despacio, arañando poco a poco centímetros al espacio vacío entre los dos. Aunque estábamos inmersos en una oscuridad plena, nuestra visión se había adaptado a la escasísima luz del ambiente, suficiente para mirarnos a los ojos, atraídos por una especie de fuerza magnética irresistible. Por fin llegamos a estar tan cerca que ya sentíamos la respiración del uno sobre el otro. Nos dejamos llevar, cerramos los ojos y sin necesidad de pactarlo, acercamos los labios para concluir la maniobra de aproximación. Matemáticamente, debíamos de estar a un milímetro de separación cuando de repente la radio Motorola cobró vida y empezó a emitir señales, parecidas a voces humanas pero ininteligibles. Mari Brezo y yo nos sobresaltamos y nos separamos de inmediato, como repelidos por un chispazo eléctrico. Era lo que estaba esperando, pero había llegado en el

momento más inoportuno.

Capítulo X – Privedite professora, davai

Mario salió a la fuerza del duermevela por la transmisión repentina del *walkie* Motorola. Y por si esto no había sido suficiente, el valle entero tronó con fiereza con un ruido espantoso que surgió de entre la oscuridad del bosque. Era como si mil apisonadoras hubieran aparecido de la nada entre los árboles y, sedientas de destrucción, estuvieran arrollando todo a su paso. Un grupo de aves emprendió el vuelo huyendo del valle entre graznidos de pánico y, casi al mismo tiempo, sentimos que el suelo comenzaba a temblar.

Miramos a nuestro alrededor con la misma impotencia pavorosa de quien oye y mira, pero no ve. La vibración del terreno iba *in crescendo* y ciertamente daba la impresión de que una estampida de animales mastodónticos se nos venía encima. Fue entonces cuando un potentísimo halo de luz en el cielo nos iluminó por detrás. Nos volvimos de inmediato, sin embargo, el destello era tan intenso que no nos quedó otra que cubrirnos los ojos con las manos y acto seguido tirarnos al suelo en un acto reflejo de salvar la vida. El estrépito y el halo cegador habían alcanzado su zénit justo en el punto en el que nos encontrábamos. Lo teníamos sobre nuestras cabezas. En ese momento, me vino a la memoria la disparatada teoría del Mina acerca de los extraterrestres y debo reconocer que por una microcentésima de segundo llegué a darla por buena. ¿Y si tenía razón después de todo?

Pero no. El halo nos pasó de largo, a ras del terraplén y de nosotros mismos, y penetró en el valle del Denar. El ruido ensordecedor acompañando el halo seguía siendo intensísimo y molesto, pero se redujo drásticamente al dejarnos atrás. Nos despegamos del suelo, aún estremecidos por el sorpaso, y a gatas nos arrastramos hasta el terraplén para mirar cautelosamente por encima y desvelar el misterio del objeto volante luminoso.

—¡¡Un avión!! —exclamó Mario.

—¿Se va a estrellar? —preguntó Mari Brezo, echándose las manos a la cara, preludiando la catástrofe.

El aparato realizó un descenso en picado hacia el lago en vuelo rasante sobre las copas de los árboles, tan cerca de ellas que agitaba sus hojas y ramas y las hacía zarandearse violentamente como si se excitaran a su paso. Una vez llegó al lago, realizó un viraje a la derecha *in extremis*, evidenciando que no se trataba de un aterrizaje de emergencia a la desesperada, sino de un amerizaje regular sobre el agua.

Unos potentes focos se encendieron desde tierra, en la orilla donde se encontraba el viejo embarcadero, hacia el cual el avión había virado hacía un segundo. Iluminaron todo el lago como si un aeropuerto hubiera encendido sus luces de golpe tras un apagón. Una vez alineado con el muelle, el aeroplano bajó hasta tocar el agua con el fuselaje: primero un envite violento y, a continuación, varias sacudidas más suaves y controladas. Redujo potencia y, ayudado por unos flotadores estabilizadores situados bajo las alas, se acercó a escasa velocidad hasta los maderos del precario embarcadero para, finalmente, detenerse por completo. Las hélices se mantuvieron en funcionamiento unos segundos más antes de apagar motores y dejar la nave inmóvil, a merced del leve oleaje ocasionado por la propia irrupción del aparato en las pacíficas aguas del lago.

—¡Un hidroavión de canoa! —apuntó Mario, aún sin creerlo—. Pero ¡cómo, y volando de noche! Ese tiene que ser un piloto de la virgen.

—No nos han visto al pasar, casi nos aplastan —se quejó Mari Brezo, un tanto naif.

A la luz de los focos se podía ver bien el hidroavión, una imponente aeronave de carga con cuatro rotores, pintada de colores miméticos oscuros, propios del camuflaje militar. Al tiempo que el portón del avión se abría, una docena de personas surgió de entre las luces de la orilla y, como una colonia de hormigas bien organizada, se alineó para bajar bultos del avión y llevarlos a tierra. Una vez descargados los bártulos, el mismo grupo de hombres comenzó a abrir cajas y desembalar piezas que iban ensamblando junto a la orilla del lago. En cuestión de treinta minutos toda la parafernalia parecía estar lista: un engendro mecánico del tamaño de un coche, anclado

al suelo por cuatro estabilizadores y compuesto de varias poleas de metal, cables de acero y un enorme motor de tracción eléctrico. Como colofón, alimentaron la enigmática máquina con electricidad a través de un cable de corriente traído de la zona de los focos. Entonces, cinco individuos vestidos con trajes de neopreno y equipos de buceo se sumergieron en el agua llevando consigo los cables de acero que partían de las poleas.

—¿¡Qué narices está pasando aquí!? —exclamé yo—. ¿Y de dónde ha salido toda esa gente?

—Trigo limpio no son —sentenció Mari Brezo.

—Pero ese avión es militar, del ejército ¿no? —añadió Mario.

—Sí, pero la cuestión es: ¿de qué ejército? —respondí desconfiando de tal afirmación.

Estuvimos observando durante media hora más, pero apenas hubo alguna novedad. Las gafas de visión nocturna no valían de mucho, ya que las luces de los focos de la orilla generaban un efecto de refracción insoportable, así que nos limitamos a mirar con nuestros propios ojos y a escuchar la radio Motorola por si de casualidad entendíamos algo de aquella algarabía. Era probable, de hecho, que lo que habíamos escuchado hasta ese momento fueran las comunicaciones del piloto del avión con los hombres de la orilla. Y también, seguramente, era esto lo que el Mina interceptaba desde su radio cada noche, sumado al vuelo bajo del hidroavión, que hacía temblar su casa hasta los cimientos. Esto me hizo suponer que esta operación clandestina llevaba produciéndose varios días o, incluso, semanas.

—No sé lo que se están diciendo por radio ni lo que están haciendo aquí —advertí—, pero de noche y con tanto secretismo, malo.

—Yo voto por salir del valle, llegar a donde haya cobertura y llamar a los compañeros —sugirió Mario.

Sin necesidad de decir una palabra o emitir voto particular, hubo unanimidad ante tan sensata proposición. Íbamos a levantarnos del suelo y a marcharnos por donde habíamos venido cuando alguien dijo algo por el *walkie* que provocó un gran griterío en la zona de la orilla. Algunos hombres se abrazaron y otros abrieron botellas (probablemente de alcohol) para celebrarlo, bebiendo buenos tragos a morro. El mecanismo de poleas

funcionaba a pleno rendimiento recogiendo cables del fondo del lago y, a medida que estos apuraban sus últimos metros, más y más hombres se arremolinaban alrededor de él con la vista puesta en el lugar en donde los cables desaparecían bajo las aguas. Después de unos minutos, un gran objeto rectangular oscuro, con forma de arcón, emergió a la superficie, siendo remolcado muy despacio por la máquina. Era de suponer que los buceadores lo habían asegurado con los cables de acero en el fondo del lago, lo que no dejaba de resultar meritorio, pues era de noche y, si el lago era muy profundo, no habría más luz que la de sus linternas de buceo. Una vez que estuvo cerca de la orilla, cuando los cables de tracción no eran capaces de remontarlo más, pues el arcón había encallado en el fondo cenagoso, todos los hombres se metieron en el agua hasta las rodillas y cargaron con el objeto a hombros. Mientras lo llevaban en volandas, imitando sin saberlo a los costaleros que pasean a las imágenes de Semana Santa, el objeto chorreaba agua y lodo abundantemente. Ya en la orilla, lo depositaron sobre la arena con extremo cuidado, retiraron el cableado y procedieron a abrir la tapa con una palanca. Desde nuestra posición, no sabíamos si se trataba verdaderamente de un cajón o de un féretro, pero lo que sí parecía claro era que estaba hecho de madera, ya que no ofreció ninguna resistencia a la palanca.

Con la cubierta abierta, todos los que habían participado en la maniobra de extracción del cajón se asomaron para mirar en su interior. Vimos que uno de ellos usaba un *walkie* y, al mismo tiempo, su señal se podía escuchar por la radio del Mina: «*Privedite professora, davai*».

Dos tipos corpulentos trajeron a un hombre hasta el arcón a empujones. Tras unos minutos de silencio, todos volvieron a gritar de júbilo y el hombre que habían traído de malas formas fue conducido de nuevo hacia la zona de los focos entre puntapiés y empellones.

—Creo que ese señor tenía las manos atadas, ¿lo habéis visto? —dijo Mari Brezo muy seria.

—Sí, estaban atadas —confirmé.

—Yo no me he dado cuenta —apuntó Mario—, pero, de todas formas, ¿se ha escapado de una boda o qué?

Sin duda, el hombre maltratado no encajaba en aquella foto. Daba la impresión de ser una persona muy mayor y hasta su atuendo estaba fuera de sitio: pantalones, camisa y americana claros (blancos, diría), en contraste con el negro de pies a cabeza de todos los demás, desde el piloto del avión hasta el personal que había aparecido de entre los focos.

—No sé qué pinta aquí ese hombre, con esa gente de negro. Ojalá supiéramos qué han dicho antes por la radio —lamenté.

En ese preciso momento, una voz solitaria sonó con sequedad justo a pocos metros de nuestras espaldas:

—«Traed al profesor».

Nos volvimos instantáneamente y, aunque lo propio habría sido liberar un grito de pavor, milagrosamente nos contuvimos y aguantamos la respiración durante dos segundos, que casi con toda seguridad a todos nos parecieron dos años. Fue el tiempo suficiente para que mi cerebro procesara el rostro del sujeto e, incluso, diera con su nombre:

—¡Anatolii!

—¿Le conoces? —preguntó Mari Brezo con la cara aún desencajada.

—Sí, es una larga historia —respondí tratando de calmar los nervios—. Me alegro de que estés aquí.

—¡¿Que te alegras?! —exclamó Mario, totalmente descolocado—. No sé tú, pero a mí el corazón se me ha salido por la boca y ha cruzado el lago por su culpa.

—Anatolii nos viene de perlas —expliqué yo—. Lo que hablan por radio es ruso ¿verdad?

—Así es —respondió él, parco en palabras como siempre.

—¿Y antes dijeron «traed al profesor»? —pregunté extrañado.

Anatolii asintió y un nuevo mensaje se oyó por la radio Motorola: «*Sukini deti, potoropites*».

—¿Y ahora qué han dicho? —preguntó Mari Brezo.

—No lo sé, algo de darse prisa —respondió Anatolii.

—Pues vaya, ¿no decías que hablabas ruso? —le reprochó Mario.

Anatolii hizo una breve pausa para coger aire. Parecía dolido en el orgullo y debió de sentir la necesidad de explicarse:

—Mi madre se murió cuando yo tenía doce años. Solo hablaba conmigo en su lengua materna, en ruso, de manera que cuando de pequeño oía a otras personas hablando el mismo idioma, no pensaba que eso fuera ruso, sino que para mí esa gente hablaba como mi madre. Ella... era una mujer educada y dulce a la que nunca escuché una palabra desagradable o malsonante, ni en español ni en ruso. Lo que acaban de decir por radio en ruso no lo aprendí de ella.

A las sentidas palabras del muchacho siguió un incómodo silencio, solo roto por las voces lejanas de los hombres de la orilla sonando de fondo y reverberando en el valle. Anatolii, no obstante, se repuso, volvió en sí y reveló el porqué de su inesperada visita:

—He venido a traerte esto.

Anatolii mostró una pulsera de silicona de color rosa pálido. Era una pulsera contra el cáncer, era la pulsera de Murillo.

Capítulo XI – Esperar al amanecer

—¿Dónde has encontrado esa pulsera? Es de mi compañero, ¿está bien? —pregunté con ansia, casi atropellando mis propias palabras.

—Es mejor que vengas conmigo, sígueme —replicó Anatolii calmadamente.

Aunque incierta, era la mejor pista sobre Murillo hasta el momento. Accedí a ir con Anatolii, no sin antes convenir con mis compañeros que si no regresaba en quince minutos, se marcharían de allí y buscarían ayuda. No fue tarea fácil. Mario desconfiaba de Anatolii, y con razón: un desconocido (medio ruso) ofreciendo su colaboración a menos de trescientos metros de una reunión de «vecinos moscovitas» en plena junta y con intenciones cuanto menos cuestionables. Mari Brezo, más o menos en la misma línea de pensamiento, quería acompañarme para estar más tranquila y cerciorarse de que no me pasaba nada. Fue muy cabezota a la hora de dar su brazo a torcer y permanecer con Mario, pero finalmente cedió. Debía marcharme con Anatolii y ver qué pasaba. Después de todo, ¿para qué si no habíamos venido al Denar?

Emprendí el camino siguiendo a Anatolii siempre un paso por detrás, avanzando a tientas entre la densísima maleza boscosa, como cuando habíamos subido hasta el observatorio al principio de la noche. Sorteaba las irregularidades del terreno con la ayuda de la linterna del móvil, que por otra parte creaba sombras terroríficas entre las ramas que mudaban de forma a cada paso y parecían dar vida y movimiento a criaturas acechantes entre las tinieblas de la oscuridad. Anatolii sabía dónde pisaba y, al igual que Mario unas horas antes, lideraba la marcha. Pese a todas las precauciones, no pude evitar algún que otro resbalón (agarré bien el móvil; no tenía un mecenas como Mari Brezo para reponerlo si se rompía contra el suelo). También me comí más de una rama que Anatolii apartó para pasar y, al soltarla, se catapultó contra mí. Un buen estímulo, este, para estar con los

cinco sentidos en prevenga.

La caminata no fue demasiado larga, no obstante. Enseguida, el bosque dio paso a una zona algo más despejada de árboles en la que pude adivinar los restos de una pequeña aldea, abandonada desde hacía ni se sabe y devorada por la naturaleza. Aunque no se veía muy bien, no habría más de cuatro o cinco casas con las paredes de adobe desmoronadas. Las ruinas habían quedado prácticamente a nivel de suelo, por lo que la mayoría se podían allanar pasando por encima.

En aquel desolado lugar, Anatolii me condujo hasta una de las casas donde milagrosamente aún se conservaban un par de muros en pie, no mucho más altos que él. Allí, parecía haber instalado su pequeño reino solitario: una lona atada con cuerdas a las paredes y a un árbol cercano le servía de techo improvisado bajo el cual un sinfín de utensilios decoraba el interior de la villa y le daba aspecto de hogar. Ciertamente, observando todo este despliegue, parecía imposible que de la mochila roñosa de un autoestopista pudieran salir tantos trastos: una hornalla de gas, un juego de sartenes, una pequeña silla y mesa plegables y un saco de dormir estirado sobre una cama de hierba aplastada.

Anatolii encendió un pequeño farol a pilas y alumbró el cubículo. No había mucho más que ver en un espacio tan apañado, pero entonces se agachó junto al saco de dormir, agarró la colcha y la desembozó mostrando un inquilino. ¡Premio! Dentro estaba Murillo, envuelto como una momia del antiguo Egipto. Yo me alegré sobremanera, pero él, que no tenía buen aspecto, solo pudo entreabrir los ojos y, al reconocerme, forzar una leve mueca sonriente. Tras esto, cerró los párpados y se volvió a quedar dormido.

—Está muy débil —dijo Anatolii—. Vi cómo le disparaban unos tipos en el bosque. Ha tenido mucha suerte. Un solo proyectil que entró y salió a tres centímetros por encima del corazón. Le dieron por muerto, supongo, porque lo dejaron tirado en el suelo como un perro, tapado con unas hojas. Yo le traje hasta aquí e hice lo que pude para mantenerle con vida con el kit de primeros auxilios que tengo.

—¿Y cómo no has ido a pedir ayuda? —le pregunté.

—No tengo teléfono y, además, ha perdido mucha sangre. Desde que lo recogí, he estado cuidando de él día y noche. Si lo hubiera dejado solo unas horas, no estaría vivo.

Retiré la colcha del saco cuidadosamente y la sostuve un momento por debajo del costado. Murillo tenía el pecho al aire; varias tiras de vendas rodeaban horizontalmente el abdomen y otras, partiendo del perímetro abdominal, subían en diagonal hasta el hombro y brazo izquierdos, cubriéndolos por completo e inmovilizando toda la zona. Su antebrazo y mano reposaban en ángulo de noventa grados sobre el pecho, estando completamente sepultados por la base del vendaje abdominal. Efectivamente, algo más abajo de la clavícula izquierda, a no mucha distancia del corazón, las vendas se veían abultadas por las gasas de compresión, que marcaban el punto de impacto de la bala, presentando un color rojizo oscuro, producto de la sangre ya seca. Mis escasos conocimientos sobre primeros auxilios, aprendidos en el curso de Tráfico, no me permitían objetar nada ante lo que para mí era una cura profesional. Suponía que el brazo estaba vendado no por encontrarse herido, sino para no comprometer la herida con algún movimiento involuntario que ocasionara una nueva hemorragia. Volví a cubrir a Murillo con la colcha y miré a Anatolii.

—¿Viste quién le disparó? —pregunté con claro interés policial.

—Sí. Allí había tres individuos: dos tíos enormes que tenían a Murillo cogido por los brazos y otro más, delgaducho y pálido, con cuatro pelos en la cabeza totalmente engominados hacia atrás y con una coletilla muy ridícula en el cogote, que fue quien le disparó. Los tres hablaban ruso.

Miré a mi alrededor, valorando (más si cabe) el hospital de campaña que Anatolii había montado, logrando con ello preservar la vida de mi compañero. Quería interrogarle algo más acerca de los rusos, pero, entonces, la voz de Murillo se escuchó tenue, tratando de balbucir unas palabras. Seguía con los ojos cerrados, pero logró comunicarse:

—Conocí a una chavala rusa impresionante. Pensé que acabaría con ella en la cama, pero, en vez de eso, me desperté en medio del bosque con los amantes de *Moscu-ruel* y otro tío más que me dieron de todo menos los

buenos días.

—¿Y por qué? ¿Qué querían? —pregunté.

—No lo sé, no entendí nada. Me preguntaban una y otra vez qué me había dicho Alonso Ibáñez Costa, ¿recuerdas, «A.I.C.»?

—¿Y qué les contaste?

—Nada, aquel hombre estaba borracho sin más y no me dijo nada.

—¿Y entonces qué pasó?

—Parece que no les convenció mi respuesta.

Empecé a unir piezas del rompecabezas: la mujer de la peluca rubia había engatusado a Murillo; ella estaba compinchada con los rusos que iban en el coche con Alonso; este, a su vez, iba conduciendo borracho en un coche cuyo maletero guardaba el equipo de radio del Mina; ambos, Alonso y el Mina, habían muerto en extrañas circunstancias; finalmente, los mismos rusos quisieron eliminar a Murillo por si Alonso le había dicho algo que no debiera haber revelado cuando lo detuvimos. Hasta ahí, todo más o menos bien, sin embargo, aún había una pregunta principal sin respuesta: ¿qué hacía toda esa gente rusa en el Denar, operando de noche con un hidroavión y removiendo objetos del fondo del lago con toda esa tecnología? Fuera lo que fuera, merecía la pena como para asesinar a todo aquel que se interpusiese. En cualquier caso, lo que sí parecía obvio era que los tipos del lago, rusos o no, iban armados y eran muy peligrosos. Seguramente, eran responsables directos de la muerte del Mina y de Alonso, y con un poco de mala suerte habían secuestrado al hombre mayor que fue conducido hasta el arcón reflotado: el «profesor». ¿Acabarían también con su vida cuando dejara de serles útil?

Mientras elucubraba acerca de todas estas cuestiones, Anatolii acariciaba con los dedos el collar de bolas que le pendía del cuello. Me di cuenta, entonces, de que no le había dado las gracias, así que puse mi mano en su hombro y le reconocí el mérito:

—Anatolii, no sé qué fuerza mágica te ha traído hasta aquí ni cómo has sido capaz de salvar la vida a mi compañero, pero gracias de corazón.

—La vida me ha dado la oportunidad de redimirme. Con eso me basta. Estudié Enfermería, inspirado por el oficio de mi madre, y cuando acabé,

me marché de voluntario a Kario, un campo de refugiados en Sudán del Sur. No duré ni dos semanas. Casi nada más llegar enfermé de disentería y la gente a la que se suponía que iba a curar acabó cuidando de mí. Antes de que me evacuaran, un anciano del lugar me dio este collar para que me protegiera y me diera salud. Después de eso, necesitaba olvidarme de mi fracaso en soledad. Abrí un mapa, señalé un punto al azar, y ese lugar era el valle del Denar.

—¡Increíble!

—Increíble es aguantar a este cascarrabias —bromeó Anatolii—. Y lo peor son sus chistes, casi es mejor que esté inconsciente.

—Siento que mi compañero te ofendiera antes con lo de no hablar ruso —me disculpé en nombre de Mario.

—No importa. Recuerdo que cuando murió mi madre no derramé ni una lágrima. Estaba completamente roto por dentro, pero nada, ni una gota. La gente, claro, me preguntaba que por qué no lloraba y eso hacía que me sintiera incluso peor, como si estuviera haciendo algo malo, como si no quisiera de verdad a mi madre. Desde entonces, no dejo que nadie cuestione el recuerdo que tengo de ella y las cosas que aprendí a su lado.

—Te entiendo. Ahora, he de volver con los otros. Tenemos que ir a buscar ayuda cuanto antes. Faltan un par de horas para que salga el sol, así que aguanta hasta el amanecer. Vamos a traer a la Legión, si hace falta.

—Es curioso —dijo él mostrando un atisbo de satisfacción—, mi madre me puso Anatolii, un nombre ruso, porque significa «amanecer». Esa era su parte favorita del día. Esperaremos al amanecer.

Yo, para no estropear un recuerdo tan emotivo, no quise decir que Anatolii es, en realidad, un nombre de origen griego. Los antiguos griegos llamaron Anatolia a esa península (actualmente Turquía) con el significado de «amanecer», porque para ellos estaba hacia oriente y era por donde, efectivamente, salía el sol. Para un ruso, tal cosa no habría tenido sentido desde un punto de vista geográfico (Anatolia no es el amanecer de Rusia). No obstante, a veces es mejor oír y callar, porque (en mi opinión) un sabelotodo en la mayor parte de ocasiones no suma, sino resta.

Me puse, pues, en pie y abandoné el lugar rápidamente. Casi me perdí un

par de veces por la senda de vuelta, pero por fin logré regresar al observatorio. Mari Brezo y Mario continuaban en el apostadero, sin perder de vista la evolución de la reunión de vecinos moscovitas.

Capítulo XII – El profesor Castillo

—Murillo está con Anatolii, herido, pero aguanta —relaté a mis compañeros nada más volver.

—Espera, ¿cómo que herido? ¿Qué estaba, haciendo barranquismo y se ha caído? —añadió Mario en una mezcla de gracia e ingenuidad.

—¿Murillo, en un barranco? —replicó Mari Brezo con una pregunta retórica—. Como se nota que no le conoces. Solo le verías en el Barranco —enfatizó el sustantivo, haciéndolo propio— si ese fuera el nombre de un restaurante asador donde la especialidad fuese el lechazo churro de Castilla. No, ahora en serio, ¿qué le ha pasado?

—Se lo han intentado quitar de en medio, no sé muy bien por qué, pero sí quién: la gente que está reflotando objetos del lago en este mismo momento.

Al oír esto, Mari Brezo palideció más, si cabe, y Mario bajó la mirada, llevándose una mano a la boca para mordisquear nerviosamente los nudillos. Los dos comprendieron la gravedad de la situación y la clase de gente que eran los tipos de negro. Ante el mutis general, propuse la posible estrategia a seguir:

—Lo mejor es buscar ayuda cuanto antes, salir del valle hasta la zona de cobertura y allí llamar a Manzano, a los compañeros o a quien sea. Eso sí, no podemos dejar aquí al señor del traje blanco, el que sacaron antes a patadas. Ese pobre hombre no está aquí por voluntad propia, estoy seguro.

—¿Y qué hacemos entonces? —preguntó Mario indeciso.

—¡Vamos a por él! —se aventuró Mari Brezo, golpeando enérgicamente el dorso de una mano contra la otra palma.

—Yo, efectivamente, había pensado en dividirnos: vosotros os vais a buscar ayuda y yo bajo hasta el lago para rescatar a ese señor.

—Ah, ni hablar —protestó Mari Brezo—, esta vez voy contigo.

Sus ojos marrones se abrieron al máximo, estableciendo una línea de

contacto visual irrompible con los míos. No movía un músculo de su cara y tampoco parpadeaba como retándome al típico juego de «quien cierre los ojos primero, pierde». Su postura era firme y yo, sopesando lo que me había costado convencerla un rato antes para que permaneciera en el observatorio mientras acompañaba a Anatolii, decidí que apartarla de la acción una segunda vez sería injusto, además de un esfuerzo totalmente vano. Ahora bien, si venía conmigo, era mejor estar precavidos por si nos encontrábamos con los rusos que habían disparado a Murillo.

—Mario, ¿has traído tu arma? —pregunté.

—¡No! —respondió, frunciendo el ceño con indignación— ¿Por qué debería haberla traído? ¿Y tú?

—Yo tampoco.

—Pero bueno, ¡qué clase de guardias civiles sois, que venís desarmados a una misión como esta! —nos increpó Mari Brezo (con toda la razón) en una especie de secuela de la bronca anterior por no haber traído nada para cenar.

—Si sirve de algo, tengo un machete —apuntó Mario a modo de redención—. Lo traje por si nos salía un jabalí o algún bicho grande.

Abrió una cremallera de la chaqueta y, efectivamente, sacó un machete no mucho más largo que un cuchillo de cocina normal y corriente. Estaba enfundado en una vaina de cuero oscura y solo dejaba ver el mango de pedernal, que tenía unas suaves estribaciones para mejor sujeción con los dedos de la mano. Le quitó la funda y nos enseñó su afiladísima hoja, lisa por un lado y parcialmente dentada por el otro.

Menos daba una piedra, así que, resignándome, hice un gesto para que Mario me pasara la única arma defensiva que teníamos a nuestro alcance. Nos despedimos y cada uno se marchó por su lado. Primero Mario, que abandonó el observatorio a toda prisa desapareciendo enseguida entre los árboles. Debía alcanzar el tronco caído de la P-311 y no parar hasta encontrar cobertura telefónica. A continuación, Mari Brezo y yo comenzamos a descender el valle en paralelo al lago. Nuestro objetivo era llegar al viejo embarcadero y la zona de la orilla, rodeando todo por detrás sin ser vistos para indagar sobre la situación del hombre mayor.

En condiciones normales, el sonido de nuestras pisadas, crujiendo ramas secas y aplastando hierbajos, nos habría delatado a decenas de metros, sin embargo, el ruido que venía de la zona de los focos no había cesado un segundo desde la llegada del avión, por lo que avanzábamos relativamente relajados. Además, ese mismo ruido nos servía de orientación, dado que ya no contábamos con las vistas privilegiadas del observatorio, sino que caminábamos a ras de suelo rodeados de árboles altísimos y de naturaleza espesa. De hecho, una vez que dejamos el punto de observación y empezamos a bajar por la ladera, perdimos rápidamente de vista el lago y el propio campamento de los rusos. Por precaución no quise usar la linterna de mi teléfono para no delatar nuestra presencia antes de tiempo. Había un cien por cien de probabilidad negativa de que los visitantes sin invitación fueran bienvenidos en la «casa» de los tipos de negro.

—No pises ahí, es un hoyo tapado por la maleza —advertí a Mari Brezo, que iba detrás, agarrando mi chaqueta como al principio.

—Tengo la sensación de que nos observan. Es como si este bosque tuviera ojos —dijo ella nerviosa, mirando a izquierda y derecha.

—Seguramente hay por aquí animales que ahora mismo nos temen más a nosotros que nosotros a ellos —repliqué yo, intentando disimular mi propio miedo.

—Lo que tú digas, pero como vea un oso, me cago viva. Dicen que quedan pocos, pero haberlos los hay.

—Como las meigas de Galicia.

—Calla, no me hables de brujas —dijo sin dejar de escudriñar a los lados, arriba y abajo—. ¿Sabes? A la salida de mi pueblo hay un bosquecito que llega hasta la ribera del río. Ya podía ser este bosque igual, con los árboles en fila y espacio para caminar entre ellos. Mucho más... natural.

—¿Los árboles en fila, como alineados?

—Sí —afirmó orgullosa.

—Tengo noticias decepcionantes para ti: ese bosque no es tan natural como tú crees. Todos los árboles han sido replantados.

—¿Cómo lo sabes, si no lo has visto?

—Pasa mucho en Galicia. Cuando hay incendios y reforestan la zona

quemada, los árboles se plantan en hileras rectas. Esa separación casi matemática entre árboles no surge así de la naturaleza, sino del hombre.

—No tenía ni idea, como llevan toda la vida ahí. Bueno, pero me da lo mismo, ¡me gusta más ese sitio y punto! No sé por dónde me traían mis padres aquí de pequeña, pero no recuerdo nada de atravesar esta especie de jungla horrible. Había como caminos o sendas despejadas, creo.

—Esa precisamente es la razón por la que nadie ha visto ni escuchado este escándalo. Estas montañas alrededor y el bosque aíslan el avión, la luz de los focos y todo el ruido que oímos. Nada sale de este valle.

—A este paso..., nosotros sí nos salimos —advirtió, parándose en seco —. ¿Dónde estamos ahora?

Llevábamos un tiempo considerable andando, tan concentrados en cómo y dónde pisar que no reparamos en lo importante: si habíamos llegado a nuestra meta. Desde el observatorio hasta el campamento de los tipos de negro no habría más de trescientos metros. Esa distancia, más el tramo de seguridad que queríamos recorrer para sobrepasarlos, no debía de suponer más de trescientos cincuenta metros, pero habíamos dejado el ruido demasiado atrás.

—Nos hemos pasado —caí en la cuenta gracias a Mari Brezo—, pero estamos a tiempo de dar la vuelta y cogerles por la retaguardia. ¡Sígueme!

Cambiamos de dirección hacia lo que nos parecía el epicentro del ruido. A medida que nos aproximábamos, el sonido se hacía más y más intenso hasta que, en un determinado momento, atisbamos luz entre las hojas. ¡Eran los focos! Estábamos a pocos pasos del campamento y a mí me vino a la cabeza una frase que escuché del fundador de Iberia en un documental de televisión que vi cuando era niño. No recordaba su nombre, pero sí el lema que le atribuían al padre de la aerolínea española: «Recuerden que estamos aquí para llevar a la gente de un sitio a otro, pero de este mundo». Yo me sentía responsable de Mari Brezo y quería que llegáramos sanos y salvos a nuestro destino, por lo que le hice una seña para agacharnos y avanzar con la máxima discreción a partir de ese punto.

Conseguimos llegar hasta unos arbustos que nos cubrían lo suficiente como para espiar con seguridad, a poca distancia de las luces. Allí nos

detuvimos y, apostando rodilla en tierra, observamos las impresionantes instalaciones de las que salía el ruido y la luz de los focos. Un techo de lonas de camuflaje militar atadas a los troncos de los árboles a unos dos metros de altura ocupaba una docena de metros cuadrados, dando cobijo a una suerte de puesto avanzado totalmente organizado. Varias secciones, separadas entre sí por redes de camuflaje que pendían verticalmente del techo de loneta, dividían partes del arbolado en estancias independientes en las que se apreciaba toda clase de enseres. En una sección, un montón de sacos de dormir apilados unos sobre otros convivían con mesas y sillas de campaña plegables; en otra, una colección de cajas negras alargadas, parecidas a las que usan los músicos para transportar sus equipos de sonido e instrumentos, conformaba un «trastero» al aire libre; y en otra, la más amplia de todas, reconocimos por fin el origen del ruido infernal. Dos hileras de generadores eléctricos portátiles, con los motores funcionando al máximo de potencia, producían el estruendoso zumbido que había secuestrado la quietud del valle y mantenía en vilo a toda la fauna del lugar, incluidos nosotros. Los generadores, unos veinte en total, eran de tamaño considerable, tan grandes como dos lavadoras juntas. A través de mangueras de corriente surtían de energía a los distintos dispositivos de aquel complejo, como el enorme motor de poleas instalado en la orilla. Además de estos equipos, seis generadores adicionales, algo más pequeños que los otros, habían sido remolcados hasta la orilla del lago. Se trataba de torres móviles de iluminación con un eje de ruedas, patas estabilizadoras y un mástil hidráulico que, desplegado, era casi tan alto como los hayedos que tenía a su lado. En la cúspide de cada torre cuatro potentes focos daban luz a las actividades de la orilla y permitían a los tipos de negro operar con libertad, prácticamente como si estuvieran trabajando a la luz del día.

—¿Pero qué es todo esto? —preguntó Mari Brezo—. Parece un *camping* ilegal. ¿Y cómo han traído todas estas cosas hasta aquí?

—No tengo ni idea —respondí con honestidad—. Pero una cosa es segura: estos campistas no son.

Apenas se veía hombres bajo las lonas. Debían de estar todos trabajando en la orilla. Todos menos uno, el único que estaba en una de las estancias

improvisadas entre los árboles, en el trastero de cajas negras. Era, además, fácil de distinguir al ser el único que no vestía de negro: el hombre mayor con traje claro. Estaba sentado y parecía estar observando objetos que había sobre una mesa plegable bastante larga, todo ello a la luz de una linterna de campaña con forma de antiguo quinqué. De cuando en cuando, el señor mayor cogía una lupa para mirar algo y, acto seguido, hacía una anotación en un cuaderno con un bolígrafo. Tenía que hacer cada gesto de uno en uno, ya que tenía las manos atadas con una brida, muñeca con muñeca, por delante del cuerpo.

—Ahí está el señor mayor —susurró Mari Brezo—. Está solo.

—Ya lo veo. ¡Espera! Alguien va para la tienda. ¡Ay, Dios! —exhalé totalmente incrédulo—, yo conozco a ese tío que entra.

Acababan de pasar a la tienda un hombre y una mujer dados de la mano. O los efectos del cansancio (de llevar toda la noche en vela) y el estrés acumulados me estaban jugando una mala pasada, o ese hombre era quien parecía ser y, por tanto, la cosa pasaba a complicarse más todavía. Iba vestido de negro, como todos los demás, pero un detalle en su rostro le hacía singular: tenía un bigote (más bien, un bigotón) de tebeo.

—¡Sssssantamaría! —exclamé con un siseo involuntario.

—«*Madre de Dios, ruega por nosotros, pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte, Amén*» —dijo Mari Brezo del tirón, a toda velocidad—. Perdón, es instintivo. Muchos años yendo a misa con mi abuela Isabel. ¿Es que has visto a la Virgen María o qué?

—No, a la Virgen no, pero a uno que va de dios sí. ¡El tecol de Palencia! —suspiré con amargura.

—¿¡Quién!? —preguntó Mari Brezo, despistada por el argot militar extraoficial.

—Antonio Santamaría, el teniente coronel jefe de la comandancia de Palencia —aclaré—. No entiendo qué hace aquí. Ahora sí que estoy descolocado.

—¡Madre, madre, madre! —exclamó Mari Brezo aporreándome nerviosamente el antebrazo con su mano—. El teniente ese no viene solo. No te pierdas con quién está.

Una mujer calzando botas negras altas de equitación, y vistiendo unos apretadísimos pantalones negros y una chaqueta también negra muy ceñida, hacía carantoñas al tecol mientras examinaban algunos de los objetos que estaban sobre la mesa. Ninguno de los dos, sin embargo, dirigió la palabra o la mirada al señor mayor, que seguía ocupado en el examen minucioso de aquellos elementos.

—¡Es la golfa de la peluca rubia, pero sin peluca! La que se llevó a Murillo —destacó Mari Brezo—. Ves cómo tenía peluca. Ahora va de morena, la muy... Lo sabía.

—¿Y esa es la famosa novia del tecol, la rusa?

—¿Tú qué crees? Fíjate cómo le tiene babeando, igual que a Murillo el otro día. «¡Qué guapa eres, qué labios tienes, qué bi, bi, bi, qué ba, ba, ba!» —se mofó Mari Brezo con voz gangosa, volviendo los ojos y sacando la lengua en señal de espasmo repulsivo.

Después de un par de minutos, la feliz pareja salió abrazada, dejando al señor mayor en soledad de nuevo. En ese instante, no lo dudé más. Desenfundé el cuchillo de Mario empujado por un clamor interno de ahora o nunca.

—¡Voy a por el hombre mayor! Lo traigo y nos vamos pitando.

—¡Un momento! —dijo Mari Brezo—. Tengo una idea para que los de negro estén un rato entretenidos. Es algo que me pasó uno de los primeros días trabajando en La Estación: como no tenía experiencia de camarera, estaba muy patosa, la verdad; andaba llevando pedidos y demás de un lado para otro y, sin querer, tiré una botella de Pacharán sobre la máquina del café. La botella estaba abierta y el alcohol se coló por la rejilla de ventilación. Yo, como era nueva, no dije ni una palabra. Vi que la máquina, que estaba encendida, empezaba a hacer un ruido rarísimo, incluso soltó un par de chispitas, pero lo limpié todo y seguí a lo mío. Al día siguiente, como te puedes imaginar, la máquina... dejó de funcionar. Yo lo reconozco, me callé como una pu..., como la rusa de la peluca rubia, pero lo sentí por Mario. Justo antes de que la máquina se apagara para siempre, casualmente entró de servicio a tomarse un café. Yo se lo puse y mira que parecía agua sucia de fregar. Él, sin embargo, se lo tomó como un bendito, sin quejarse ni

nada. El pobre tiene que estar traumatizado todavía, porque no me ha vuelto a pedir un café desde entonces. Solo pide coca-colas.

—Para que luego digas de tu jefe Mariano. No paras de darle disgustos.

—Fue hace mucho tiempo —se excusó— y... me hubiera despedido sin pensarlo, te lo aseguro.

—De todas formas, no comprendo lo que me quieres decir con todo esto.

—Mira, mientras tú vas a por el señor mayor, yo me acerco a donde están los generadores, les echo alcohol por las rejillas de ventilación y si petan, como le pasó a la máquina de café, al menos estarán ocupados un rato y no echarán de menos al hombre mayor.

—No sé, es muy arriesgado. ¿Y si te ven?

—¿Y si te ven a ti? No es menos peligroso.

—¿Y de dónde vas a sacar el alcohol? —pregunté con ánimo de buscar fisuras en su plan.

—¡El alcohol! ¿No pensarás que el líquido transparente de las botellas que tienen sobre las mesas es agua Solán de Cabras? Es vodka, y seguramente del bueno —añadió bien segura de lo que veía.

Agua y vodka. ¡Qué curioso que mencionara ambas! Vodka en ruso significa «agüita». Agüita que los de negro, eufóricos después de haber sacado el arcón del lago, utilizaron para festejar el hallazgo. Y bien que lo mojaron. Habría más de cincuenta botellas sobre las mesas, muchas de ellas vacías o semivacías.

No había tiempo para discutir. El negro absoluto del cielo nocturno se desvanecía sutilmente, adoptando un ligero tinte azul oscuro. Era el amanecer entrando progresivamente en escena, dispuesto a borrar con su luz las salpicaduras estelares, prueba del escarceo amoroso entre Zeus y una mortal. Ciertamente, sin una distracción como la que planteaba Mari Brezo, seríamos un blanco fácil para los matones de negro en el momento en que se dieran cuenta de la ausencia de su hombre cautivo y empezaran a buscarlo.

—¡Vamos! —indicó decididamente Mari Brezo sin esperar mi aprobación.

Nos incorporamos y sin levantar la cabeza por encima de los matorrales,

nos deseamos suerte.

—Nos vemos aquí en dos minutos —le dije—. Por favor, ten cuidado.

Ella me miraba y sonreía sin responder nada. Yo me volví y di un paso adelante para marchar hacia mi objetivo, sin embargo, algo tiró de mi chaqueta desde atrás. «Se me habrá enganchado en una rama», pensé. Giré la cabeza para verme la espalda y vi la mano de Mari Brezo agarrando la tela. En ese momento, cuando menos lo esperaba, me dio un beso en los labios, tan fugaz como el toque de un bolígrafo sobre el papel poniendo el punto sobre la i. Así, sin apartar la mirada de mí, me guiñó un ojo, soltó la chaqueta (que estaba muy retorcida ya) y se fue a cumplir con su propia misión. El beso me dejó embobado, otra vez, y me despertó una sonrisa tonta, ¡tontísima! Agité la cabeza para volver en mí y me puse también en movimiento. Era fundamental que Mari Brezo y yo lleváramos a cabo nuestras acciones simultáneamente.

A medida que me acercaba a la tienda del señor mayor mi corazón latía más y más rápido, y me era más complicado mantener los nervios bajo control. Antes de salir de los matorrales e irrumpir en la tienda, consideré que era necesario acogerse a lo más sagrado: me santigüé y repasé el padrenuestro, tan rápido que no sé si lo recé o lo fusilé comiéndome la mitad de las oraciones. No importaba: Dios es comprensivo y lo perdona todo. Tomé una fuerte bocana de aire que me entró por la nariz y la boca y, plenamente envalentonado por la carga de oxígeno extra, salí de mi escondite cuchillo en mano, dispuesto a liberar al señor mayor.

Entré en la zona de la tienda con cautela, tratando de prever que nadie se acercara y echara a perder el rescate. Miraba en todas direcciones, pero también al suelo. Los tipos de negro se habían empleado a fondo desbrozando los hierbajos del terreno y acondicionando las estancias para hacerlas funcionales y que se pudiera caminar y trabajar en ellas sin impedimento. Me acerqué al señor mayor por detrás y le puse la mano en el hombro. Él se volvió y me miró de arriba abajo un tanto apático. No expresó nada ni tampoco se mostró impresionado. Entonces caí en la cuenta de que yo iba vestido de oscuro, por lo que quizás pensó que era uno de ellos.

—Mi nombre es Veiga, soy de la Guardia Civil, ¿está usted bien?

—¡Aleluya! Soy el profesor Castillo, llevo aquí dos semanas secuestrado —reveló medio afónico, dejando atisbar un resuello de esperanza en el rostro.

Con aquella declaración quedaba confirmada nuestra sospecha inicial. Los tipos de negro lo habían secuestrado y, a la vista de lo que había sobre la mesa, podía imaginar el porqué. Centenares de monedas brillantes, cadenas, anillos, brazaletes, collares y toda clase de utensilios de vajilla (copas, cucharas, platos, cuencos, jarras, etc.), presumiblemente hechos de metales nobles, reposaban sobre la mesa y la rebosaban, de hecho. Todas las piezas parecían antiguas y de gran valor, con un nivel de conservación y de fábrica excepcionales. Era un robo, un miserable robo que se estaba llevando a cabo con nocturnidad y la mayor de las alevosías. Eché un vistazo a la tienda y constaté el delito flagrante en tres cajas negras que descansaban en el suelo, junto al profesor. Tenían la tapa levantada y permitían ver el botín en el interior acolchado, a punto de superar el límite máximo de capacidad. Una pegatina frontal, escrita a mano en cirílico y en español, indicaba el contenido de cada una de ellas:

«ЗОЛОТО — ORO»

«СЕРЕБРО — PLATA»

«БРОНЗА — BRONCE»

Las tres cajas eran exactamente iguales al resto de cajas amontonadas en aquella estancia: estuches de viaje de aproximadamente un metro de largo por cincuenta centímetros de alto y otros cincuenta de ancho, hechos en madera, con agarraderas en los laterales, cantos y ángulos reforzados en aluminio y mariposas de cierre con llave. Todas estaban numeradas (hasta el cuarenta, por lo menos) y, suponiendo que contuvieran lo mismo que las tres cajas abiertas, amasarían un tesoro valorado en millones de euros.

La labor del profesor parecía estar centrada en el peritaje de lo rescatado, datando las piezas y registrándolas una a una en el cuaderno que tenía delante abierto como un libro. Era notorio el trabajo hecho hasta el momento por el profesor: miles de anotaciones ocupaban ya más de la mitad de las páginas del cuaderno, donde el efecto de su letra cursiva,

estilosa y muy marcada sobre el papel, había curvado el montón de hojas ya escritas en el lado izquierdo, expandiéndolas como el fuelle de un acordeón. En cualquier caso, fuera cual fuera su labor, no había tiempo que perder con preguntas ni explicaciones. Corté las bridas con el cuchillo y le ayudé a levantarse de la silla. De inmediato, llevándole del brazo, lo conduje hacia los mismos arbustos por donde había venido.

Estábamos saliendo ya de la tienda cuando un cierto olor a motor quemado llegó a nuestras narices acompañado de una cortina de humo negro que, en poco tiempo, se extendió por todo nuestro alrededor. Había fuego en el campamento. ¿Estaba funcionando el plan de Mari Brezo? La cortina no era demasiado densa, pero obligaba a cubrirse la boca con la manga de la chaqueta para no inhalar la fumata. Era cuestión de minutos antes de que el aire se volviera irrespirable, así que tiré del profesor para guiarle en la huida, aprovechando la cobertura de humo y confiado en que el bosque ofrecería refugio seguro frente a los captores. Él, sin embargo, se detuvo justo cuando poníamos un pie en la zona de los matorrales y, sin darme tiempo a reaccionar, se dio media vuelta y regresó a la tienda.

—Un momento, he olvidado una cosa.

—No, no, profesor, ¡por favor! No tenemos tiempo —imploré sin éxito. Ya había llegado a la mesa donde estaban las monedas.

La situación era especialmente crítica. Voces de alerta en ruso empezaron a escucharse por todas partes, más y más cerca. Precisamente, temiendo que descubrieran al profesor en cualquier momento, observé con angustia cómo abría una de las cajas negras, algo más pequeña y cuadrada que las demás, del tamaño de un maletín de mano. Recogió algo de su interior y, envolviéndolo con sumo cuidado en un pañuelo blanco que sacó de su chaqueta, regresó a los matorrales conmigo.

Finalmente, nos adentramos en el bosque para encontrarnos con Mari Brezo, que nos esperaba agazapada en el punto que habíamos acordado, donde nos despedimos con el beso (de pico) robado.

—¡Vaya, no estamos solos! —se emocionó el profesor al ver a mi compañera de rescate—. Soy el profesor Cristóbal del Castillo Plaza —se presentó inclinando ligeramente la cabeza en señal de respeto.

—Encantada, me llamo María del Brezo.

La primera parte de la misión se había completado exitosamente: teníamos al profesor. Ahora había que salir del valle del Denar y, a ser posible, vivos.

Capítulo XIII – La enseña perdida

Nos movíamos bosque a través, esta vez conmigo a la cabeza, el profesor detrás y Mari Brezo cerrando el grupo. Estaba convencido de que, si desandábamos el camino subiendo de nuevo hacia el observatorio, seríamos capaces de dar con la vía de salida del Denar y el sempiterno tronco caído de la P-311. En mi mente el plan de vuelta sonaba a la perfección, pero a la hora de la práctica, la orientación resultaba muy complicada sin referencias ni conocimiento de la zona. Hacía un rato que habíamos dejado de escuchar a los tipos de negro vociferando en ruso (probablemente, maldiciendo), lo que significaba que nos habíamos distanciado lo suficiente. Tampoco se oía el ruido de los generadores. Los habrían apagado para evitar que se produjera una explosión a causa del fuego.

De cualquier forma, la escala de tonalidades celestes había vuelto a mutar, adoptando un azul menos oscuro que nos dejaba ver el suelo bajo nuestros pies. Hasta ese momento, ninguno de los tres habíamos hablado. La prioridad era seguir moviéndose, sin embargo, Mari Brezo se salió de la formación para preguntar por nuestro compañero:

—¿Y Mario habrá conseguido pedir ayuda?

—Seguro que sí —respondí—. Por cierto, ¿qué pasó en el campamento antes? ¿Y ese humo?

—Madre mía, no sabía que se iba a liar así —reconoció, meneando la cabeza—. Resulta que cogí una botella de vodka, pero como las rejillas de ventilación de los generadores están a los lados superprotegidas, no había manera de que el alcohol se filtrara dentro, así queee...

La frase quedó suspendida en el aire sin desvelar el desenlace. El profesor y yo, seducidos por la intriga, nos detuvimos y volvimos la vista atrás, hacia ella, deseosos de oír el final. Mari Brezo, que sentía mi mirada inquisidora, adoptó una mueca de sonrisa forzada, apretando los dientes y levantando las cejas como una niña pequeña a punto de confesar su mayor

travesura.

—...improvisé un poquito —dijo tímidamente entre dientes, juntando el pulgar y el índice de la mano para subrayar el «poquito»—. Abrí el panel de control de uno de los generadores y... vacié la botella por encima.

—¿Y ya está, eso fue todo?

—No. A continuación, cogí la colilla de un cigarrillo encendido que había sobre una mesa y la tiré contra el panel.

—¡Esas botellas tienen más de cuarenta grados, es como prender queroseno! —exclamé.

—¡Ya, ya! A mí me lo vas a decir, la llamarada casi me quema la cara.

—¿Y el generador dejó de funcionar?

—Ni idea. Yo salí pitando cuando las llamas incendiaron la lona del techo.

—No solo la lona, casi quemas el bosque entero —la regañé inmerecidamente, reanudando la marcha y animando a los demás a seguir adelante.

—De nada, ¡eh! —contestó, defendiéndose del reproche—. Tienen el lago al lado para apagar el fuego si quieren. Además, yo no tengo la culpa de que esta gente haya traído aparatos incendiarios a un paraje natural.

—¡Bien dicho! —exclamó el profesor, que no perdía detalle de nuestro tira y afloja.

—Y lo más importante —añadió Mari Brezo a su escrito de defensa, completamente orgullosa de su acto de sabotaje improvisado—, la maniobra ha funcionado, ¿no? Están ocupados y nadie se ha enterado de que nos hemos colado hasta la cocina.

—¡Bien dicho, también! —reiteró el profesor por segunda vez, jadeante por el ritmo de la escapada.

Las escuetas palabras del profesor, que avanzaba asiendo fuertemente contra el pecho el extraño objeto cubierto con el pañuelo blanco, llamaron la atención de Mari Brezo. Seguramente, llevaba un buen rato muriendo de curiosidad por saber quién era ese hombre mayor que habíamos rescatado y que hasta ese momento no era más que un total desconocido. Se había quedado algo rezagada, pero remontó rápidamente para pegarse a él y poder

preguntarle.

—Usted, profesor —se dirigió muy educada en consideración a su edad —, ¿qué hace aquí? ¿Cómo ha venido a parar a este sitio, y con esta gentuza?

—¿Qué tal si paramos un momentito? —rogó el profesor, necesitado de un alto en el camino.

No era mala propuesta. El descanso nos venía bien a todos, así que detuvimos la marcha y nos sentamos en lo que teníamos más a mano: Mari Brezo sobre la enorme raíz de un árbol cercano que sobresalía del suelo, el profesor sobre una roca redondeada musgosa y yo... en el suelo, que al menos estaba mullido por la hojarasca y la hierba abundante. Mari Brezo, entonces, sacó una botella de agua de su mochila y se la ofreció al profesor, que la aceptó de buen grado. Este depositó cuidadosamente el enigmático objeto cubierto con el pañuelo sobre sus muslos antes de coger la botella. Mientras bebía, observábamos a aquel hombre exhausto sobre el que tanto habíamos elucubrado desde el observatorio. De hecho, ahora que lo teníamos delante, podíamos contrastar un par de suposiciones prematuras que hicimos sobre él. La primera había sido que desentonaba al lado de los tipos de negro por su traje claro (que, en realidad, era de lino beis) y su camisa blanca. El aspecto y la forma de vestir eran los propios de un hombre vanidoso que, sin embargo, de cerca, con toda seguridad a causa del cautiverio, había perdido gran parte de su encanto y elegancia: tenía toda la ropa sucia de arriba abajo, con los bajos de los pantalones hechos girones y las sobaqueras de la chaqueta desgarradas. La otra suposición fue que se trataba de una persona de cierta edad, un señor mayor, cosa que resultó totalmente cierta. Su pelo canoso y fosco, las cejas sobrepobladas, el bigote daliniano y las gafas de pasta me recordaban a los viejos maestros de escuela, los cuales, para regocijo de mi compañera, tienen por seguro un mote bien ganado, ligado en la mayor parte de ocasiones a un físico extravagante. A propósito de esto, me pregunté cuál sería el suyo.

—Verán —habló por fin el profesor—, soy catedrático de Historia en la Universidad de Valladolid. Hace un año publiqué un artículo en un diario acerca de las guerras cántabras en el siglo I antes de Cristo. Las fuentes

historiográficas romanas (Lucio Floro, Dión Casio, Cayo Suetonio, Paulo Orosio y otros) nos hablan de unos combates feroces entre los antiguos pueblos cántabros y astures y ocho legiones romanas en lo que hoy es el norte de Castilla y León, Cantabria y Asturias. Fue una lucha tan despiada que obligó a Octavio Augusto, el primer emperador de Roma, a supervisar en persona el curso de las operaciones militares en Hispania. Instaló, por cierto, su cuartel general en Segisama, hoy Sasamón, en Burgos. Fueron diez años de guerra, del ٢٩ antes de Cristo al 19, que cerraron dos siglos de lenta pero decidida conquista romana en la península ibérica. Y lo cierto es que, aunque astures y cántabros fueron como una china en la sandalia de los romanos, los pobres no sabían que se estaban enfrentando a la mayor superpotencia militar de la época, armada de recursos humanos y tecnológicos infinitamente superiores. Y mira que las condiciones climáticas y geográficas aquí en el norte eran, y son, extremas, pero los romanos supieron ingeniárselas para establecer centenares de campamentos militares en zonas altísimas de montaña y avituallar a más de cincuenta mil soldados, más varios miles más de tropas auxiliares. Así acorralaron al enemigo hasta el exterminio total.

—¡Cincuenta mil soldados aquí! Había más gente entonces que ahora —ironizó Mari Brezo mientras se quitaba una de las botas, precisamente para sacarse una china que le estaba amargando la caminata.

—El núcleo de mi investigación —prosiguió el profesor— se centró en algo totalmente ignoto para la arqueología y la historia: la suerte que corrió la Legión I Augusta, que fue derrotada por los últimos cántabros rebeldes en el último año de la contienda. Toda una humillación para Roma, y para la propia legión, que perdió el título de «Augusta», y cuyos soldados fueron degradados y castigados. Y lo peor de todo, la enseña de la legión, que se extravió y jamás se recuperó. Tras la guerra, dos legiones permanecieron en la zona con la misión de apaciguar la región y evitar nuevos levantamientos. Estoy convencido de que, además, esos contingentes buscaron la enseña sin descanso, tal como se hizo en las poquísimas ocasiones en las que Roma perdió sus estandartes a lo largo de mil años de historia. Era una cuestión de orgullo patrio, pero aun así, como he explicado, la enseña nunca apareció.

—Profesor —abrí un inciso—, no veo a dónde quiere llegar. ¿Qué tiene que ver todo eso con este lugar?

—Les cuento, les cuento. En mi publicación afirmé que tenía elementos de juicio suficientes como para ubicar la enseña perdida de la Legión I Augusta en el norte de la provincia de Palencia; más concretamente, en el valle del Denar. Con este artículo y mis esfuerzos por difundirlo, esperaba que las instituciones públicas se interesaran y financiasen un estudio serio en la zona, pero como siempre...

—Ni puñetero caso, ¿verdad? —se anticipó Mari Brezo.

—No lo habría dicho mejor —admitió el profesor—. El paradero de la enseña de la I Augusta es un enigma que ha permanecido velado a los ojos del hombre durante más de dos mil años. Por fin alguien publica la pista más consistente y... ¡¿a nadie le importa?! Indignante. Tan solo una joven me contactó por e-mail, diciendo que quería investigar sobre este tema para su doctorado. Ella..., bueno, estaba interesada en que fuera su director de tesis, así que comenzó a escribirme con frecuencia e, incluso, mantuvimos varias videollamadas. La chica tenía un perfil académico asombroso para lo joven que era. Me contó que se había graduado en Arqueología en la Universidad Complutense de Madrid y, después, en Historia en la Universidad de Salamanca. Sus referencias eran incontestables.

—Profesor..., sé cómo va a acabar esta otra historia —auguró Mari Brezo, mordiéndose los labios.

—Verdaderamente, reconozco que daba gusto hablar con esa chica. Era culta, sensible y su fascinación por la materia sonaba sincera. Además, siento decir esto delante de otra señorita —aludiendo a Mari Brezo—, pero era hermosa, extraordinariamente hermosa, y no solo eso... —se sonrojó por completo y bajó la mirada—, me mostró poderosísimas armas de mujer que me hicieron estar fuera de mis cabales.

—Si es que tiran más dos tetas que dos carreras (universitarias) —bromeó Mari Brezo, tratando de levantar el ánimo del académico—. No se avergüence. Todos nos hemos sentido así alguna vez: amores no correspondidos.

—En realidad, sí me correspondió —contradijo él, levantando

animosamente los dedos índices de ambas manos—. Decidimos conocernos en persona en Valladolid hace dos semanas. La cita era frente a la Facultad de Filosofía y Letras, a las diez de la noche. Yo la esperaba con un ramo de flores y la idea era tener una velada romántica juntos, pero, en vez de eso, los que se presentaron al encuentro fueron dos bestias en un coche negro que me metieron dentro a la fuerza. Me pusieron un saco en la cabeza y me trajeron aquí de madrugada. No me he movido de este bosque desde entonces.

—¿Puedo adivinar? La chica era la misma que entró antes en su tienda, la rusa —afirmó Mari Brezo.

—Así es —dijo el profesor, visiblemente avergonzado—. Desde que me trajeron, ha venido por aquí unas cuantas veces, pero jamás se ha dignado a dirigirme la palabra o a darme explicación alguna. Se ve que su misión se completó cuando consiguió engatusarme. Yo, por mi parte, he procurado no mirarla más a la cara. Me hace recordar lo pazguato que he sido, y soy.

—¿Y qué querían esos tipos exactamente de usted? ¿Qué está pasando aquí? —pregunté esperando respuestas que arrojaran algo de sentido a todo aquel episodio de secuestro.

—Yo, al principio, no entendía nada. Estos bárbaros se pasaban el día bebiendo alcohol, jugando a las cartas y durmiendo como osos. Sin embargo, por la noche había que estar despiertos, pero en silencio. A mí me daban collejas cada vez que se me cerraban los ojos de sueño. Y yo pensaba: «despierto, ¡para qué!», pero entonces un enorme avión surgió de detrás de las montañas en medio de la noche y aterrizó en el lago como si fuera un pato. A partir de ese instante, el silencio y la oscuridad dieron paso al ruido y la luz artificial. Un frenesí de hombres yendo y viniendo daba voces y descargaba toda clase de materiales pesados del avión para terminar de instalar una infausta maquinaria de expoliación de nuestro maravilloso patrimonio histórico. Así cada noche hasta hoy. ¡Canallas! Está claro que al menos tienen algo que yo no conseguí: financiación. Porque lo que han traído hasta este recóndito lugar, y de la manera que lo han traído, es prodigioso.

—¿Diría que todos son rusos? —pregunté yo.

—¡Sí! Bueno, no. Todos menos uno, que es español —rectificó el profesor.

—Ya, el tipo del bigote —dije pensando en el tecol corrupto.

—¿Quién? —preguntó el profesor extrañado.

—Pues quién va a ser, el hombre que estuvo con la chica rusa en su tienda esta noche. ¡El del bigote!

—¿Ese? Nooo —negó categóricamente, sin dudarlo—. No había visto a ese hombre en mi vida. ¿Era español? Pensé que era uno más de los otros, como hablaba en ruso con Natalia.

—¡Ah! Ese es el nombre de la guarra —musitó Mari Brezo entre dientes —. Seguro que también es falso.

—Yo me refería a Alonso —puntualizó el profesor.

—¡Alonso Ibáñez Costa! —levanté la voz, alarmado.

—Bueno, no me dijo sus apellidos, pero supongo que sí, que ese es su nombre completo. Un tipo inteligente, de Valladolid, como yo. Ciertamente, el único con quien valía la pena hablar. No solo porque fuera el único hispanohablante que se dignó a tratarme con educación en vez de vocearme y amoratarme, sino porque como ingeniero me dijo que había patentado un modelo único de radar de subsuelo, capaz de detectar objetos a gran profundidad produciendo una imagen tridimensional de los mismos con una calidad asombrosa. Él fue quien logró geolocalizar lo que los rusos buscaban en el fondo del lago.

—Pero entonces, ¿él estaba secuestrado también? —pregunté sin desear entrar en detalles acerca del triste final que le aconteció en el hotel.

—Me temo que no —contestó el profesor—. Me contó que, muy a su pesar, estaba colaborando con los rusos a cambio de un pago desorbitado que, según dijo, le solucionaría el futuro. No parecía mala persona. Prometió ayudarme a salir de aquí cuando acabara todo, aunque... —se rascó la cabeza pensativo— lo cierto es que hace unos días que no le veo por el campamento. ¿Saben? Nos pasábamos horas charlando de la antigüedad. Él también es un apasionado de la historia roma...

—¿Y qué buscaban en el lago? —lo interrumpí antes de que se fuera por las ramas—. ¿De dónde han salido todas esas monedas de oro y plata que

había en la tienda?

—¡Oro y plata! —exclamó Mari Brezo, estirando el cuello como un mamífero que recibe una señal de alerta y agudiza todos sus sentidos instintivamente.

—Miren, he trabajado como un esclavo para clasificar todos y cada uno de los objetos que han ido sacando del agua. Y ese es justamente el mérito que me van a arrebatar. Como he dicho antes, yo sospechaba, y así lo publiqué, que aquí había vestigios valiosísimos, pero no solo desde el punto de vista arqueológico e histórico, sino también desde el punto de vista puramente económico. La primera pista que me hizo fijarme en este lugar fue su propio nombre, el Denar. Esta denominación ha sido uso habitual desde hace varios siglos por los habitantes de la zona, desconociendo casi con toda probabilidad la etimología de la palabra, es decir, su origen. Denar proviene del vocablo latino *denarius*, denario, una moneda de plata usada en la antigua Roma. Nuestra palabra «dinero», de hecho, es una evolución directa de *denarius*. Bien, pues en mi búsqueda del lugar donde la Legión I Augusta fue derrotada por los cántabros, el Denar atrajo mi atención por el nombre, pero esto no pasaba de conjetura si no encontraba algún tipo de evidencia científica que avalara mi apuesta. El otoño pasado me desplacé hasta aquí con un colega geólogo para reconocer la zona juntos. Recogimos unas muestras de minerales de la tierra y del agua del lago y las mandamos a analizar. Al poco, cuando vi los resultados de los análisis, lo tuve claro: este valle, y concretamente este lago, eran el punto donde había que buscar. Y todo gracias a la sal.

—¿Cómo, a la sal? —pregunté.

—¡Sí, sí, la sal! Resulta que el agua del lago tiene una concentración salina tres veces por encima del nivel normal de un lago que se supone de agua dulce.

—Me he perdido —reconoció Mari Brezo en voz alta, frotándose los ojos atacada por el cansancio y confundida por la concatenación de argumentos del profesor—. ¿Se puede saber qué tiene que ver la sal con el dinero o con los romanos?

—Pensemos en un trabajador normal y corriente —se explicó él—. Lo

que recibe al final de cada mes, ¿cómo se llama? Salario, ¿verdad?

—Según qué trabajos, llamarlo así puede ser un chiste, pero sí —bromeó Mari Brezo.

—Bien, pues los romanos también recibían su salario. Además de un pago monetario, se les daba una cierta cantidad de sal, la cual era importantísima para poder conservar los alimentos. Recuerden que en aquella época no existían cámaras frigoríficas. Es por esto que en castellano, una vez más, hemos tomado una palabra latina, *salarium*, para referirnos al pago (al salario) que recibimos por nuestro trabajo.

—Vale, pero sigo sin comprender —insistió Mari Brezo—. Un lago salado donde no debería haberlo. ¿Y eso tiene que ver con las monedas de los romanos?

—Claro, a eso voy —replicó el docente universitario, cada vez más entusiasmado—. Mi teoría es que los cántabros debieron de emboscar a la Legión I Augusta en un bosque o en un paso de montaña lo suficientemente complicado como para que los legionarios no pudieran maniobrar bien, como sí hacían en campo abierto, donde Roma rara vez perdió una batalla. Tras la derrota de los romanos, los rebeldes se llevaron el tesoro de la legión como botín de guerra y optaron por esconderlo hasta que la situación se apaciguara. Sin embargo, esa paz solo llegó cuando Roma, poco después, aplastó la revuelta por completo. Todos los rebeldes murieron por la espada romana o sufrieron crucifixión tras ser capturados. Muchos otros, antes de rendirse, prefirieron envenenarse tomando hojas de un árbol que abunda mucho por aquí, el t…

—¡Tejo negro! —disparé de improviso, acordándome de la broma de Mari Brezo unas horas antes, que orgullosa me guiñó un ojo al tiempo que me lanzaba una sonrisa pícara.

—¡Exacto! —encomió el profesor mi comentario—. Con su muerte, los cántabros se llevaron el secreto de la ubicación del tesoro... al más allá, si se me permite el anacronismo cristiano.

—Una cosa —intervino la Mari Brezo más pragmática—, cuando habla de un tesoro de sal y monedas, ¿de cuánto estamos hablando?

—Pues, en cuanto a la sal, debían de llevar cientos de kilos, quién sabe si

alguna que otra tonelada, suficiente como para encargarse de la subsistencia de toda una legión de más de cinco mil hombres y otras tropas de apoyo auxiliares. En ese sentido, el esfuerzo logístico que hicieron los romanos fue impresionante. Solo para alimentar las legiones acantonadas en este sector derivaron producciones ingentes de grano de trigo del valle del Ebro, y también del territorio de los vacceos a través de la vía romana que venía desde Septimanca, hoy Salamanca, y pasaba por Pallantia, hoy Palencia —aclaró para que no nos perdiéramos entre tanta toponimia latina—. Es un grupo humano enorme que está en constante movimiento, asediando y asediado por los enemigos, y que tiene que comer varias veces al día. Y con respecto a las monedas...

—Profesor, ahora soy yo el que no comprende una cosa —admití, sintiendo que la clase magistral se estaba extendiendo en exceso en medio de unas circunstancias muy peligrosas que parecíamos haber obviado—. Los rebeldes, como ha relatado, ganaron una batalla, pero perdieron la guerra, bien. Y el tesoro robado se ocultó, pero ¿qué sugiere, que arrojaron todo al lago? ¿Cómo pensaban recuperar algo tan pesado del fondo?

—Yo sostengo —respondió el profesor, levantando la vista a la frondosidad arbórea que nos rodeaba— que no arrojaron nada a ningún lago, sino que lo enterraron. Es posible que las aguas que vemos hoy no estuvieran aquí hace dos milenios, que simplemente todo el valle fuera una gran depresión cubierta por los árboles. Se tercia complicado hacer un estudio de arqueología minera en este lugar, y menos sin recursos, pero sabemos que a diferencia de la zona del Bierzo leonés, que fue un inmenso filón de oro, Cantabria y el norte de Palencia fueron ricas en otros metales como el hierro, la magnetita y el plomo, de gran interés para los romanos también. No es descabellado pensar que en este valle hubo prospección minera romana y que, a causa de esta, la fisionomía del lugar cambiara para siempre. La *ruina montium*, por ejemplo, era una técnica de ingeniería de minas muy empleada por los romanos para derrumbar grandes secciones de una montaña; es la responsable, entre otras, de la creación del enorme lago de Carucedo en el complejo minero de Las Médulas, en León. Con esta práctica, traían agua en grandes cantidades a través de canales que

infiltraban en galerías excavadas en las montañas. El agua se dejaba caer de forma súbita sobre las galerías, provocando un aumento de la presión y, finalmente, el colapso total de la montaña, como una gran explosión. Los restos de esas prospecciones y el agua empleados para atacar la montaña podrían ser perfectamente el origen de este lago.

—Si aquí no había un lago —trató Mari Brezo de conectar hilos—, ¿en qué momento se saló? Y otra cosa: esta noche hemos visto cómo sacaban del agua una especie de arcón que parecía de madera. Algo de madera no habría aguantado ni veinte años bajo el agua.

—Seguramente con el tiempo, y esto es también una hipótesis, el agua entró en contacto con los recipientes que contenían la sal y esta terminó por diluirse y repartirse por todo el lago. Y la madera es cierto que al contacto con el agua se pudre y no dura mucho, pero el arcón que han sacado esta noche estaba a tres metros y medio de profundidad, en una capa de fango espeso bajo la superficie. El fango actúa de envoltorio protector, evitando que el oxígeno deteriore la madera. En los cauces del río Rin, por poner otro ejemplo, se han llegado a encontrar barcazas romanas de más de veinticinco metros de largo que llevaban casi dos mil años sumergidas en el barro. Estas eran de madera y se encontraron prácticamente íntegras.

—¿Y cuánto de ese tesoro han descubierto hasta el momento? —pregunté, retomando de alguna manera la cuestión de Mari Brezo, «¿de cuánto estamos hablando?», que había quedado en el aire.

—Pues, de acuerdo con las imágenes del georradar, parece que lo más relevante ha sido reflotado ya. A mí me han hecho catalogar todos los objetos deprisa y corriendo, pero de memoria diría... que hay varios miles de collares, anillos, brazaletes, copas, cubiertos y toda clase de utensilios de oro, plata y bronce. Y aparte, cerca de dieciocho mil monedas entre áureos de oro, denarios y quinarios de plata, y sestercios y ases de bronce. La datación no ofrece dudas, la mayor parte de los denarios de plata llevan al emperador Augusto en el anverso y a Publio Carisio en el reverso. Se sabe que Carisio fue legado de la provincia hispana de la Lusitania entre el 26 y el 22 antes de Cristo, justo en época de esta guerra.

—¿Y el valor de todo ese tesoro hoy? —preguntó Mari Brezo.

—Normalmente el valor del patrimonio histórico se dice incalculable —replicó estoicamente.

—Pero si tuviera que ponerle una cifra... —le animó con un juego de manos que imitaba el recogido del hilo de un carrete de pesca, acompañándolo de una dulce sonrisa.

—Si hubiera que poner una cantidad, yo diría varios cientos de millones de euros, si no miles de millones.

—Y se lo van a llevar en el avión, ¡qué chorizos! —imprecó Mari Brezo —. Seguro que lo venden en el mercado negro a alguno de esos oligarcas despreciables. Y todo para que luego exhiban la colección en un baño perdido de los cincuenta que tendrá cada una de sus mansiones. Primero los romanos se llevaron el oro de España y ahora estos.

—Desafortunadamente, sí parece que vayan a sacarlo en el avión. Sin embargo, respecto al comentario de los romanos, que se llevaron el oro, difiero gravemente. ¿Sabe quién se llevó el oro que había en Hispania? —El profesor hizo una pausa calculada y levantó la mano derecha para señalar con su dedo índice directamente a Mari Brezo—. Usted se lo llevó.

—¿Yo? —contestó ella desconcertada.

—Usted, su compañero y también yo. Contéstese a esta pregunta: ¿cuántas generaciones de personas hay en un siglo? Pongamos, por ejemplo, que se produce una nueva generación cada veinticinco años. Es decir, un hombre y una mujer tienen hijos a los veinticinco años, los hijos de estos tienen su propia descendencia a los veinticinco años, y así sucesivamente. Eso nos da aproximadamente cuatro generaciones por cada cien años, lo que suman ochenta generaciones desde el siglo I. ¡Ochenta nada más! Los romanos vinieron y no se marcharon nunca, se mezclaron con la población existente. Hablar de ese número de generaciones en la historia de la humanidad es hablar de anteayer. Referirse a los romanos en tercera persona, como si nosotros no fuéramos ellos, es un error capital. Debemos sentirnos orgullosos herederos de aquellos que, efectivamente, supieron extraer oro en grandes cantidades de aquí, porque esa riqueza sirvió para consolidar un imperio que, entre otras muchas cosas, nos dio la lengua que hablamos ahora, que no es poca cosa en el mundo de hoy, y los

valores cívicos y culturales sobre los que se asienta nuestra civilización. Además, trajo prosperidad y desarrollo económico a lo que con el tiempo devino en España.

—Pues si soy heredera, a mí no me ha tocado nada —se encogió de hombros.

—Bueno, es una forma de hablar —se disculpó el profesor por el tono de la arenga—. No lo tome al pie de la letra.

—Me gustaría preguntarle una cosa más, pero es una estupidez —añadió Mari Brezo.

—No hay pregunta estúpida —se apresuró a responder—, solo gente que permanece estúpida por no preguntar.

—Llevamos un rato hablando de la enseña perdida de esa legión y... al final no me entero: ¿a qué nos estamos refiriendo exactamente?

—Ve cómo no es estúpido. Antes su compañero preguntó por lo que buscaban los rusos en el lago. Pues bien, la enseña es la verdadera respuesta. La enseña es el estandarte que identificaba a la Legión I Augusta, el símbolo de poder del ejército romano, el objeto más valioso para una legión. Y tal como estimé, se encontraba junto al resto del tesoro.

—¿En el arcón de madera que sacaron esta noche? —preguntó ella hábilmente.

—Correcto —repuso él—. Es el objeto principal de todo el hallazgo. Una reliquia única en el mundo. Cuando sacaron el arcón del agua, me llevaron hasta ella para confirmar su autenticidad. Cuando la vi... era... era lo más bello que he visto en mi vida; y estaba ahí, ante mis ojos, y pude tocarla. Ningún ser humano había puesto sus dedos sobre ella en dos mil años y yo... y yo... —hizo una pausa, quitándose las gafas para reflexionar un momento, fingiendo inspeccionar las huellas dactilares que opacaban las lentes— no pude mentir. En el mismo momento que ratifiqué que se trataba de la enseña perdida..., se pusieron a celebrarlo, claro, a beber como locos, que es lo que mejor se les da.

—Van a pasar otros dos mil años hasta que otro ser humano la vuelva a ver o a tocar —dije con mi lado más pesimista pensando en los rusos, que probablemente estaban listos para despegar en el hidroavión.

—¡Desgraciados! —sentenció Mari Brezo sin más.

—¿Saben qué? —dijo el profesor con una carcajada amordazada que por poco se convierte en una tos incontrolada—. Esos desgraciados, como usted tan justamente les ha denominado, querían la enseña, pero con las ganas se van a quedar.

En ese momento, comenzó a retirar el paño blanco del objeto que apoyaba sobre sus piernas con delicadeza, aquel por el cual había arriesgado su vida, volviendo a la tienda en el momento más peligroso, en medio del humo y los gritos de alarma. Cuando apartó la última esquina del pañuelo blanco y mostró el objeto, Mari Brezo comprendió por fin el significado de la enseña. Yo, aunque imaginaba la forma de esta, sucumbí inmediatamente ante su belleza y pensé en el maestro orfebre que la había elaborado veinte siglos atrás. ¿Qué habría pensado esa persona de saber que su obra superaría con creces el paso del tiempo?

Se produjo un silencio contemplativo. La enseña, forjada en una pieza sólida de oro dando forma al ser vivo que mejor representa el poder guerrero, la valentía y el dominio militar, estaba presta ante nuestra mirada atónita con su brillo natural áureo intacto. Era el águila de Roma, estandarte de la Legión I Augusta, que había emergido por fin de las profundidades del Denar veinte centurias después de sumirse en un sueño gélido y sombrío. Un sueño que, por azar del destino, no resultó eterno.

Capítulo XIV – La tabla de Moctezuma

Mari Brezo no pudo evitar tocar el águila con sus manos. Repasaba suavemente el raquis de las plumas con la punta de los dedos, recorriendo con delicadeza el perfil de las alas, extendidas hacia el cielo. Después, pasó a acariciar el cuerpo y la cabeza, que estaban tallados en perpendicular a las alas en una agresiva postura de vuelo horizontal, y el pico ganchudo, ligeramente entreabierto, como dispuesto a cazar una presa en un descenso veloz y letal. El águila tenía las patas recogidas, apoyadas sobre una peana, también de oro, cuyos extremos eran dos conos enroscados terminados en punta. El nivel de fábrica de la imagen era tal que parecía un ave de verdad a la que se le había aplicado un baño de oro, preservando su fiereza animal para toda la eternidad.

—Está fría —comentó Mari Brezo, totalmente ensimismada por el reflejo aurígero de la figura en sus ojos.

—Es más pequeña de lo que hubiera imaginado —añadí desde mi asiento, sin atreverme a acercar mis manos para tocarla.

—¡Claro! —explicó el profesor—. Era misión del *aquilifer*, el portador del águila, desmontarla del estandarte en caso de peligro para preservarla del enemigo. Tenía que ser así si querían guardarla bajo la ropa. Tiene el tamaño de un libro abierto, más o menos.

—¡Y es toda de oro! Tendrá un valor enorme, ¿no? —supuso Mari Brezo, que seguía deslizando las yemas de sus dedos a través del relieve del ave inmortal.

—Por supuesto —afirmó el profesor—, pero es algo más que el oro en sí mismo. Es el valor histórico de pertenecer al contexto de las guerras cántabras del siglo I antes de Cristo y, por encima de eso, el valor de ser la única enseña original del águila militar romana en todo el mundo.

—¿Cómo, no hay más? —pregunté, convencido de haber visto montones de ellas en ilustraciones de libros e, incluso, en algún museo.

—No existe ninguna otra —respondió el profesor—. Siempre se ha tenido una idea más o menos clara de cómo eran por los bajorrelieves de las columnas o las monedas donde el estandarte del águila aparece representado en el reverso, pero la realidad es que no se conservó ninguna, físicamente hablando. Además, con la adopción del cristianismo como religión oficial del Imperio romano, el emblema del ejército pasó a ser la cruz, por lo que esta clase de símbolos paganos desapareció por completo desde muy temprano, el siglo III después de Cristo. Piensen que el Imperio romano pervivió una docena de siglos más, hasta 1453, cuando Constantinopla cayó a manos de los turcos otomanos.

—Y ha llevado el águila bajo el brazo todo este tiempo. Podía habérnoslo dicho —comentó Mari Brezo un tanto naíf.

Su comentario inocente me trajo de golpe y porrazo a la realidad más cruda: precisamente por ser el objeto más preciado, su desaparición no habría pasado inadvertida a los rusos, que seguro ya la estaban buscando desesperadamente. Además, también habrían notado la falta del profesor Castillo, por lo que urgía salir de allí a toda prisa.

—¿Se da cuenta de que los tipos de negro, los rusos, son gente muy peligrosa, capaces de todo con tal de recuperar el águila? —abronqué al profesor con una severidad un tanto excesiva que lamenté de inmediato. Después de todo, él era la víctima de aquella trama. Un señor mayor, estudioso y solitario, que por desgracia atrajo la codicia de una red criminal sin escrúpulos que lo había secuestrado, manipulando cruelmente sus sentimientos.

—Yo también soy capaz de todo —aseguró él—. Todo ser humano actúa al límite de sus capacidades en circunstancias extremas de vida o muerte. ¿Conocen la historia de la tabla de Carneades?

Mari Brezo negó con la cabeza. Yo hice exactamente lo mismo. No sabía por dónde iba a tirar, pero ya no me atrevía a regañarle otra vez.

—Carneades de Cirene fue un filósofo griego que se plantó en Roma y desafió a los romanos en el campo en que aquellos creían verse más seguros: el derecho. Este les propuso una situación límite para que decidieran, acorde a la ley, qué era lo correcto. Dos náufragos en el mar

encuentran una tabla flotando. Los dos están a punto de morir, pero resulta que la tabla es lo suficientemente estable como para salvar a uno de ellos, solo a uno. Uno de los náufragos consigue agarrarse a la tabla, pero el otro, al ver que no hay otra posibilidad para su supervivencia, decide empujar al otro náufrago lejos de la tabla para salvar su propia vida. Comete, pues, un asesinato necesario.

—¡Qué historia tan terrible! Me recuerda a la tabla que sale en la peli del *Titanic* —recordó Mari Brezo.

—Película, no sé, no la he visto —dijo el profesor.

—¿¡Qué!? Pero si tiene un montón de años, la vi cuando era una niña. ¡Todo el mundo la ha visto!

—No salgo mucho del despacho, ciertamente —reconoció.

—Profesor —se colocó Mari Brezo frente a él, apoyando la mano sobre su hombro y conteniendo al tiempo una carcajada—, ¿dónde se ha metido los últimos treinta años?

—Lo que quería significar es que, como en la fábula de la tabla y los dos náufragos, yo también sería capaz de defender mi vida, si fuera preciso.

—Me temo que ahora mismo los malos tienen todo a su favor: hombres y armas. Nosotros no contamos con nada —expuse de modo realista.

—Bueno, yo... cogí este arma antes —afirmó el profesor tímidamente mientras se levantaba la pernera derecha del pantalón para sacarse algo del calcetín.

—¡El cuchillo de Mario! —exclamó Mari Brezo solo con ver el mango.

—Pero ¿cómo..., cuándo…? —pregunté, palpándome el bolsillo vacío de la chaqueta donde pensaba que lo había guardado. ¿En qué momento me lo había cogido?

—Lo dejó sobre la mesa y yo... me lo guardé por si me hacía falta —explicó mientras me lo daba de vuelta—. Era mi tabla de Carneades. Ustedes son guardias civiles, ¿no habían oído nunca esta historia? Es la justificación del derecho a la defensa propia.

—Yo no soy guardia civil —se excusó Mari Brezo, sonriendo ampliamente.

—Pues le iría bien el cargo. Es usted muy valiente —la elogió el

profesor—. El hermano de mi abuelo fue guardia civil. Casi pierde la vida en los montes de Toledo luchando contra los maquis a finales de los años cuarenta. La Benemérita... —pausó de pronto su alocución como atrapado por una reflexión espontánea— tiene mucha historia.

No habrían transcurrido más de veinte minutos desde que paramos a descansar. El profesor volvió a cubrir el águila con el trapo blanco mientras Mari Brezo guardaba la botella de agua en su mochila de nuevo. Yo comprobé mi teléfono una vez más con la vaga esperanza de que hubiera señal: «solo una barrita, por favor», deseé internamente. Sin embargo, seguíamos en zona de sombra y no había manera de contactar con el exterior. La única opción seguía siendo salir por nuestro propio pie.

—Son casi las seis. El sol va a asomar por detrás de nosotros en pocos minutos —dije mirando el azul del cielo bañado por los primeros rayos del día.

—¡Eeeen marcha! —animó Mari Brezo a la banda.

El profesor seguía absorto en sus meditaciones. Se puso en pie, pero continuaba repitiendo en voz baja, casi para sí mismo: «La Benemérita tiene mucha historia». Mari Brezo, temiendo que no se encontrara bien, le quiso preguntar antes de reiniciar la caminata:

—¿Se encuentra bien, profesor?

—¡CUIDA DE MIS HIJOS! —clamó él con voz grave, tendiendo el brazo y la mano al aire, con la mirada perdida como si estuviera interpelando a un fantasma.

La declamación había asustado a Mari Brezo, que me miró totalmente descolocada. No hacía falta ser un experimentado mentalista para interpretar sus pensamientos más inmediatos: ¿a qué venía eso, qué hijos?

—¡CUIDA DE MIS HIJOS! —repitió el hombre sin bajar la mano ni modificar el tono dramático de su voz.

—No... no entiendo —murmuró ella.

—Así habló Moctezuma II, emperador de los mexicas, a Hernán Cortés en junio de 1520, justo antes de morir apedreado por su propio pueblo en Tenochtitlán —esclareció el profesor, relajando la postura y recuperando el tono normal de su voz—. Y como hombre de honor que era, Cortés obró en

consecuencia y procuró buena educación a los hijos del cacique e, incluso, los emparentó con familias nobiliarias en España. Como resultado, de uno de los descendientes de Moctezuma, varias generaciones después, nació un tal Francisco Javier Girón Ezpeleta, II Duque de Ahumada, fundador de la Guardia Civil en 1844.

—¡No fastidie! —exhaló Mari Brezo, totalmente noqueada por el giro inesperado de la historieta—. Martín, ¿tú lo sabías?

Yo también estaba impresionado, la verdad. Jamás había escuchado nada parecido, pero a esas alturas no me quedaba otra que adoptar el papel de don Aguafiestas, priorizando nuestra supervivencia por encima de cualquier episodio histórico (ya había habido demasiados). Temía que si no espabilábamos, los rusos terminarían presentándonos a Moctezuma II en persona.

—Profesor, es muy interesante, pero debemos irnos ya —dije sin más miramientos.

Por fin, nos pusimos en ruta. No cabía duda de que el profesor era una fuente de sabiduría andante, pero no tenía fin, y yo necesitaba concentrarme en cualquier pista del camino que marcara la dirección. Opté por ignorarlo un rato. Mari Brezo, en cambio, se sentía animada por la charleta y continuó dándole coba.

—Esta noche he aprendido más historia con usted que en los cuatro años de instituto con la Muerte.

—¿La Muerte? Suena terrorífico, ¿quién era?

—La profesora de Historia. Un calvario de mujer, aburrida y desagradable como ella sola. Así estaba precisamente, más sola que la una.

—Se han perdido muchas cosas buenas del pasado. Buenos docentes, buenas costumbres. Eso que tenía la gente del siglo XVI como Hernán Cortés, o del siglo XIX como el Duque de Ahumada, se ha perdido en nuestra sociedad.

—¿El qué?

—El sentido del honor.

—Ya veo —le siguió la corriente.

—Es como Miguel de Cervantes, nuestro mejor embajador de las letras

españolas, que además de escritor fue soldado. Cuando estaba en la batalla de Lepanto...

—¡Donde se quedó manco! —apuntó rápidamente Mari Brezo.

—En realidad, no se quedó manco. Le hirieron en el pecho y le dejaron la mano izquierda inútil de unos arcabuzazos.

—Vaya, otra cosa que no sabía —afirmó Mari Brezo con humor.

—La cuestión es que, al parecer, Cervantes estaba en una de las galeras cristianas con calentura y...

—¿Con herpes?

—No —rio el profesor—, en aquella época una calentura era estar malo, probablemente con fiebre. Pero ojo, que unas fiebres te podían mandar al otro barrio. En cualquier caso, don Miguel podría haberse quedado en la bodega de su barco mientras se producía la batalla, pero salió a combatir pese a estar enfermo, e incluso se distinguió por su valor. ¿Y por qué? Por honor, ni más ni menos. En ese sentido, la Guardia Civil siempre me ha llamado la atención. Son gentes de honor, una de esas cosas que se están perdiendo. Yo, cuando paseo por mi pueblo y veo el cuartel de la Guardia Civil, me quedo mirando a su lema: «El honor es mi divisa». Es ciertamente una institución admirable.

—Yo solo deseo que haya más gente de esa institución admirable esperando al final del camino —rezó Mari Brezo.

En ese momento, tres detonaciones sonaron a no mucha distancia de nosotros. Inmediatamente, unos pobres pajarillos que habían encontrado paz en uno de los árboles cercanos emprendieron el vuelo, amedrentados por el ruido amenazador. Me detuve para tratar de determinar el origen del sonido, que al instante reconocí como disparos de arma de fuego. Con ellos, mi alma se heló por completo al sentir al enemigo cerca, muy cerca. Para el profesor y mi compañera, sin embargo, todo esto pasó desapercibido y me adelantaron como si nada, siguiendo con su conversación.

—Volviendo a Moctezuma —continuaba el catedrático con el alarde de conocimientos —, el que apedrearon los mexicas, hay una estatua de él en el Palacio Real de Madrid. ¡Qué mejor manera de honrar a un enemigo con el que se ha producido fusión y mestizaje que esa! —se explayó, secando la

comisura de sus labios, resecos de tanto palique, con la manga de la chaqueta.

—¡Acelerad la marcha! —dije de un modo imperativo, poniéndome rápidamente al frente a paso ligero. Quería que me siguieran, así que hice un gesto nervioso con las manos para que avanzaran.

—Totalmente de acuerdo, joven —aprobó el profesor al verme la cara de preocupación.

—Profesor —le susurró Mari Brezo—, a mí lo que más me ha gustado ha sido lo de la tabla de Moctezuma.

—No, ese no es quien... —pretendió corregirla sin llegar a acabar la frase.

Mi mirada, nuevamente inquisidora, lo había fulminado y, por una vez, parecía haber logrado lo imposible: que el profesor cerrara la boca y se centrara en caminar en silencio. Pero esa clase de disciplina no debía de ser su fuerte y al poco lo tenía cuchicheando a mis espaldas con Mari Brezo, que tampoco callaba. Eran dos alumnos de parvulario pasando olímpicamente de las llamadas de atención del maestro, que desesperado decide tirar la toalla antes de tener que imponer un castigo. ¿Se habían invertido las tornas y ahora era yo ese maestro frustrado?

Comenzamos a seguir una especie de senda entre los árboles que facilitaba el ascenso a través del valle. Mi intuición me decía que el observatorio de furtivos tenía que estar próximo, pero aún no había hecho acto de presencia y eso era preocupante. En un momento dado, los árboles y la vegetación desaparecieron, dando paso a una zona allanada compuesta de piedras aristadas y rocas sueltas que no permitían levantar la vista del suelo por miedo a tropezar con una y terminar cayendo sobre las otras. Este lugar me era desconocido y, puesto que Mari Brezo no dijo nada, entendí que ella tampoco sabía dónde estábamos. No hubo que sufrir demasiado en este terreno. Involuntariamente, nos dimos de bruces con una pared vertical rocosa que cortaba el avance. Ya no podíamos continuar más. Era un punto con una cierta elevación sobre el resto del bosque, no tanta como el observatorio, pero igualmente gozaba de una visión directa del lago gracias a varios árboles que habían caído ladera abajo, probablemente a causa de

algún desprendimiento de esa misma pared rocosa. Desde nuestra posición se podía ver el hidroavión y el campamento, del que aún salían algunas columnas de humo dispersas. El profesor y Mari Brezo se quedaron contemplando el espectáculo mientras yo examinaba los alrededores buscando una vía de escape. La pared rocosa que teníamos delante era un risco de más de cuatro metros de altura, insalvable y muy difícil de escalar, más aún para el profesor, que estaba demasiado débil incluso para seguir caminando. La piedra de la pared era de un color gris albino que resaltaba en medio del entorno entre verde y marrón de los árboles que nos rodeaban. No sabía cómo había conducido al grupo hasta ese frontón y lo que es peor, no era capaz de encontrar una salida.

—Parecen hormigas diminutas corriendo de un lado a otro —comentó Mari Brezo mientras observaba a los tipos de negro a lo lejos, cargando cajas que apresuraban a introducir en el avión.

—Se preparan para irse —dijo el profesor apenado. El latrocinio de patrimonio romano, que él mismo había ayudado a localizar, estaba a punto de consumarse—. Todos estos días pasados, el avión se volvía a marchar cuando aún era de noche. Si están apurando tanto es porque hoy... es el último día.

Si las palabras del profesor hubieran sido una redacción escrita, el punto final habría sido el disparo que se escuchó justo a continuación. El sonido había venido por nuestra derecha, pero ¿de dónde exactamente? Esta vez no hubo pájaros huyendo a ningún lugar (quizás no quedaban; se dice que las aves poseen un gran sentido de la premonición y saben evitar aquellas zonas donde habita el mal o va a ocurrir una catástrofe). A diferencia de la vez anterior, Mari Brezo y el profesor sí se percataron del tiro, que no vino solo. En una décima de segundo, el punto final se convirtió en puntos suspensivos con dos nuevos disparos, muy seguidos, que silbaron en el aire y nos dieron la impresión de rozarnos el oído.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Mari Brezo alarmada.

El profesor tragó saliva al intuir de lo que se trataba y yo tensé hasta el último de los músculos al verlo con mis propios ojos. Una figura humana, totalmente siniestra, surgió de entre los arbustos a no más de veinte metros

de distancia. Salvó con dificultad los obstáculos que ofrecía el terreno, que en ese punto presentaba un desnivel considerable, y se encaminó directa hacia nosotros. Era la primera vez que veía a esa persona, sin embargo, la coletilla ridícula que lucía en su cabellera lo delataba de inmediato: el hombre delgaducho y pálido que había descrito Anatolii, el mismo que disparó a Murillo a quemarropa y lo dio por muerto.

A medida que recortaba el espacio entre nosotros y él mismo, los demás comprendieron, sin necesidad de explicación alguna por mi parte, que quien se aproximaba no era amigo. Traía la frente sudorosa y jadeaba como un animal salvaje cabreado y agotado. Su rostro, auténtico espejo del alma, parecía demacrado y consumido por la oscuridad del mal. Un ánima, en definitiva, venida del inframundo y dispuesta a todo por recuperar su trofeo. Llevaba una pistola en la mano y para más inri no estaba solo. A pocas zancadas detrás de él, dos hombres enormes se ayudaban mutuamente para superar la escarpada superficie pedregosa que conducía al risco sin salida. A estos sí los conocía. Eran los dos gorilas que estaban con Alonso en el coche, los amantes de *Moscu-ruel*, que además, ahora lo sabía, eran cómplices de la tentativa de asesinato de Murillo. No venían armados, pero era de imaginar que solo con la fuerza de sus brazos hipermusculados nos convertirían en una suerte de calcamonía irreconocible. El profesor, Mari Brezo y yo nos reagrupamos y comenzamos a dar pasos hacia atrás hasta que nuestras espaldas chocaron con la pared de piedra. Estábamos atrapados, sin posibilidad de huir a ningún lado y con los malos delante, a merced de lo que nos quisieran hacer.

Con voz ronca y grave, el ruso delgaducho gritó: «¡Profesor, águila!», después de pararse a cinco o seis metros de nosotros, apuntándonos directamente con el arma. Tenía un marcado acento extranjero, especialmente al pronunciar las erres, a las que daba un énfasis muy exagerado. Yo había extendido mis brazos para proteger al profesor y a Mari Brezo, que se mantenían detrás, aun a sabiendas de que frente a una pistola poco o nada se puede hacer (lo de Murillo había sido un milagro, un disparo entre mil que no terminó con su víctima en el acto; pero nosotros, ¿qué iba a ser de nosotros?).

El delgaducho, al ver que no había reacción por parte del profesor, se impacientó y quiso hacer un alarde de fuerza para lograr su sumisión y obediencia. Quitó el cargador de la pistola, dejándolo caer al suelo, y rápidamente introdujo uno nuevo repleto de munición. El chasquido del arma al meter el nuevo cargador y el sonido metálico de la pieza corredera al montarse sobre el eje del cañón de un fuerte tirón hacia atrás fueron conjuntamente el ultimátum definitivo para el catedrático. Este, tembloroso de pies a cabeza, dio un paso adelante y arrojó el águila tapada con el trapo blanco en dirección al ruso. En pleno vuelo, el trapo se desprendió del águila, dejando que esta volara totalmente desnuda, tal cual la habían forjado hacía más de dos mil años, hasta los pies del ruso, donde aterrizó con un sonoro golpe que retumbó en la pared rocosa, y probablemente también en el corazón del profesor. El delgaducho, sin dejar de apuntarnos, bajó la mirada un segundo para admirar la noble pieza de metal romano. Entonces, descubriendo una sonrisa despiadada, nos miró de nuevo y dijo unas palabras en ruso:

—*Chertovy ispantsy, vy umrete*.

—Ojalá estuviera aquí Anatolii para traducir —musitó Mari Brezo en voz baja.

—Algo me dice que esto tampoco se lo enseñó su madre —objeté yo.

Hubiera deseado tener el valor de los héroes de las historias de acción que no le temen a la muerte y se atreven, incluso, a desafiar al malo en la peor de las circunstancias con una frase ingeniosa, pero la verdad era que me encontraba totalmente paralizado por el miedo y superado por la situación. El profesor, sin embargo, demostró algo más de aplomo ante la adversidad e imploró clemencia.

—Por favor, ya tienen lo que buscan. He hecho todo lo que me han pedido. Déjennos ir.

El delgaducho no contestó. Simplemente se pasó la mano por el poco pelo que tenía, dejándolo bien pegado a la cabeza; después, estiró firmemente el brazo y, cerrando ligeramente su ojo dominante (el derecho), alineó el punto de mira del arma con su objetivo. A esa distancia, éramos un blanco certero. El martillo de la pistola estaba abatido hacia atrás, preparado

para golpear la cápsula de pólvora de la vaina a una orden del gatillo e impulsar fulminantemente el proyectil de la bala. Los dos matones que venían detrás casi habían llegado a la altura de su patrón y, como en acto rutinario, esperaban su turno para hacer con los cuerpos lo que se les ordenara.

Todo parecía predeterminado, pero entonces algo hizo que la expresión de nuestro ejecutor cambiara de forma repentina. Cuando menos lo esperaba, el machete de Mario salió volando por encima de mi hombro, imitando el movimiento violento que tendría la hélice de un helicóptero tras salir despedida de su rotor. Mari Brezo lo había sacado de mi chaqueta sin que lo notara y lo lanzó a la desesperada al grito de: «¡Sádico asqueroso!». La diplomacia y las súplicas se habían terminado. Era nuestra última opción. El delgaducho se cubrió con la pistola y esquivó el machetazo, que por poco le da de lleno en la cara. Uno de los gorilas, que estaba a su izquierda, dos pasos más allá, tuvo que capear también el machete volante (ya en rápido descenso al suelo), el cual pasó a escasos centímetros de su enorme torso. Hubiera sido un lanzamiento prodigioso de haberle acertado al primero, pero falló, y ahora estaba más enfadado todavía. De nuevo, estiró el brazo con el arma y, apretando los dientes rabiosamente, enfiló su primer objetivo: Mari Brezo. Nos iba a matar a todos, uno por uno, y había decidido empezar por ella como venganza por el fallido contraataque. Yo, aunque todo estaba perdido, me interpuse en la línea de tiro y dejé que Mari Brezo y el profesor aprovecharan para cubrirse detrás de mi espalda. A mi derecha tenía al profesor, agazapado cuanto podía, y a la izquierda a Mari Brezo, que me cogió de la mano y apretó con fuerza, como horas antes con el conejo del observatorio. Un susurro angustiado, entonces, llegó a mi oído en el último momento:

—No quiero morir sin ser madre.

Volví la cabeza y quise mirarla por última vez. Sentía una pena terrible y, a la vez, una culpa insoportable por haberla dejado unirse a aquella misión. Ella era preciosa y tenía toda la vida por delante, pero ahora..., ahora iba a morir por mi insensatez. Juntamos nuestras frentes y cerramos los ojos, dejando que el destino deviniera en lo inevitable. Pensé en mis padres y

hermanos, ¿cómo se quedarían después de perder al más pequeño de la casa? ¿Y la familia de Mari Brezo? Me acordé de la foto que tenía con su madre en la pantalla del móvil. Todas ellas, vidas que quedarían rotas, hechas pedazos para siempre. Tenía que terminar así.

¿O no?

Una voz enérgica y poderosa desde lo alto de la pared rocosa, justo por encima de nosotros, se coló en la escena con una única advertencia:

—¡¡¡GUARDIA CIVIL, TIRA EL AR...!!!

Una ráfaga de disparos eclipsó el final de la conminación. El delgaducho había abierto fuego a discreción contra esa persona que, fuera quien fuese, había sido traída hasta ahí por la Divina Providencia. Aquella también respondió al intercambio de fuego virulento. Nosotros nos agachamos para evitar ser un blanco fortuito de los disparos y permanecimos en el suelo, abrazados los tres, hasta que el tiroteo cesó y se hizo el silencio. El vencedor de aquel duelo determinaría si seguiríamos con vida o si, por el contrario, la sentencia de muerte se ejecutaría sin piedad.

Capítulo XV – Hechos de otra pasta

«¿Estamos muertos?» El intercambio de disparos no había pasado de cuatro o cinco segundos, pero nunca había tenido una clarividencia mayor a la hora de experimentar la parálisis del tiempo y el espacio a mi alrededor. En medio de ese caos atemporal, la sensación de vacío me hizo plantearme si estábamos en el lado de los vivos o de los muertos. Mi cuerpo, derribado *in situ* por el propio acto reflejo de protegernos de la amenaza armada, estaba tirado en el suelo con la cabeza contorsionada hacia atrás y la mitad del rostro catando la durísima solidez del terreno. Notaba el cráneo del profesor clavado en mi dorsal y la respiración agitada de Mari Brezo sobre mi cara. Abrí los ojos y me encontré con los de ella, mirándome asustados, pero totalmente conscientes. En ese momento, una lágrima acumulada en el rabillo de su ojo cayó por efecto de la gravedad recorriendo la rayita de kohl egipcia hasta el pómulo, donde se detuvo y pareció reabsorberse por la piel.

Decidí erguir la cabeza y recuperar parte de la postura natural. Mis músculos se habían agarrotado por completo, pero era fundamental ver si aún corríamos peligro. En un rápido vistazo vi que el delgaducho no estaba. Los gorilas, en cambio, huían ladera abajo, internándose a toda prisa entre los árboles por donde habían salido. ¿Qué había pasado? ¿Quién había disparado? Miré, entonces, a lo alto de la pared rocosa y respiré aliviado. El mejor y más oportuno ángel de la guarda estaba al borde del risco con la pistola aún humeante: el sargento Manzano.

El ambiente se había cargado de un olor a pólvora similar al que se produce después de una traca final de fuegos artificiales, que, en nuestro caso, habían sido todo menos artificiales. Confiado por la protección que ofrecía el sargento desde la posición más elevada, me levanté y localicé al delgaducho, que no se había ido a ningún lado, sino que yacía en el suelo boca arriba gravemente herido. Sangraba en abundancia, pero estaba vivo.

De hecho, aún le quedaban sed de venganza y fuerzas como para intentar alcanzar su arma, que se le había caído en la refriega y estaba a poquitos centímetros de su mano. Hacía ademán de cogerla cuando de nuevo la voz de Manzano resonó desde lo alto con un último aviso:

— ¡NO LA COJAS!

Manzano tenía las piernas ligeramente flexionadas en posición de V invertida, los brazos rectos hacia delante, y envolvía la empuñadura del arma fuertemente con ambas manos. Estaba listo para volver a disparar y ya había demostrado que no le temblaba la mano si se veía obligado a ello. No obstante, en cierto sentido su indumentaria rompía con la rigidez de su postura de tiro. Llevaba la camisa de servicio puesta, pero vestía pantalones de pijama (azules con rayas amarillas) y portaba una bandolera de cuero oscura que llevaba cruzada sobre el pecho. Una curiosa combinación que probablemente se debía a las prisas de haber salido de casa en medio de la noche para ir en nuestro auxilio. El delgaducho, ignorando su orden, rozó el cachete de la pistola con los dedos y llegó a desplazarla levemente. Fue entonces cuando una bota militar aplastó su mano contra el suelo, arrancándole un grito de dolor agudísimo que debió de escucharse en todo el valle. Era Teresa, la guardia del puesto de Alar, que había venido con el sargento. Con toda seguridad, ella sí estaba de servicio (el turno de noche), ya que vestía íntegramente el uniforme de guardia civil. Sin dudarlo un segundo, Teresa pegó el cañón de su arma reglamentaria contra la sien del moribundo y montó el arma, haciendo sonar el mismo chasquido metálico intimidatorio que un minuto antes había preludiado nuestra muerte. No se anduvo con chiquitas y vociferó al delgaducho:

—¿Es que no has oído, basura? ¡Que ni se te ocurra tocar el arma!

El delgaducho por fin cesó en su empeño y asumió su condición de vencido, dejando que el peso de su cuerpo cayera plenamente sobre la planicie rocosa.

—¡Marcos, ayuda a Teresa! —ordenó Manzano al otro guardia del puesto, que venía echando la lengua—. Tapona las heridas hasta que vengan los sanitarios, pero antes asegúrate de que no tenga más armas.

—Joder, Manzano —exhaló, casi asfixiado—, corres más que un gamo.

Casi os pierdo dos veces viniendo hacia aquí.

—Anda, no te quejes y ponte las pilas —voceó Teresa sin dejar de apuntar al delgaducho con la Beretta de nueve milímetros—. Ya te he dicho mil veces que te vengas con nosotros a correr por las tardes, que solo corres cuando hay ofertas en el súper.

—Y vosotros, ¿estáis bien? —dijo nuestro salvador asomando desde arriba.

No nos salían las palabras a ninguno de los tres, así que simplemente asentimos. Manzano dio un rodeo para bajar del risco y se acercó a comprobar cómo estábamos personalmente. Yo quería estrechar su mano en agradecimiento por habernos salvado la vida, pero Mari Brezo se me adelantó y se abalanzó sobre él para abrazarlo con todas sus ganas. Me eché a un lado mientras le decía unas palabras al oído que supuse eran privadas y necesitaba liberar después de un momento tan traumático. A continuación, el sargento me dio la mano y, sin darme tiempo a agradecer nada, directamente pasó al rapapolvo, que en su caso solía ser más de estilo paternal que de suboficial del Instituto Armado:

—Veiga, la madre que te parió. Si llego un minuto más tarde, no sé qué me habría encontrado. Y bueno, si te pasa a ti, ni tan mal —bromeó—, pero si me tocan a Mari Brezo, te resucito para volver a matarte.

—¿Le avisó Mario?

—Sí, me llamó por teléfono y me contó que habíais encontrado a Murillo, que le habían disparado y que había aquí unos rusos muy malos... Todo muy raro, así que llamé a la patrulla de noche para que me recogiera y me trajera aquí cagando leches.

—Gracias, de corazón —pude mostrar al fin mi gratitud—. Y Mario, ¿dónde está?

—Se ha quedado junto a un tronco caído que está a la entrada del Denar para esperar a la ambulancia —explicó.

—Supongo que sabrá llevar a los médicos hasta las casas de adobe, donde está Murillo.

—Claro. Conoce muy bien este lugar. Y cambiando de tema, ya me explicarás qué está pasando aquí. ¿Qué hacen unos rusos armados y un

hidroavión —señaló al aparato flotante— en un lago perdido en medio de la Montaña Palentina? Y no me digas que han venido a cazar corzos y osos.

—Déjeme presentarle al profesor Cristóbal del Castillo —dije mirando al profesor, que había ido a recoger el águila y volvía a tenerla bajo el brazo tapada con el pañuelo blanco—. Ha estado secuestrado varias semanas y es testigo clave para comprenderlo todo.

El profesor y Manzano comenzaron a hablar apartadamente y vi cómo en un momento determinado el profesor retiraba el trapo blanco para mostrar el águila recuperada. La cara de Manzano lo decía todo. Se quedó atónito ante la magnitud de la historia criminal que tenía delante.

—¡Este tío está muy mal! —advirtió Marcos mientras presionaba con sus manos, cubiertas de sangre, una herida de bala en el estómago del delgaducho. Había practicado, además, un torniquete en la pierna derecha usando la tira de velcro del cinturón de servicio—. Como no venga alguien pronto, se nos va.

—¿Cómo te puedo ayudar? —preguntó Teresa, arrodillándose junto a él.

—Vigila el torniquete. Ahora ya no sangra, pero en una hora hay que aflojarlo. Necesito que me lo recuerdes.

Marcos miró a su alrededor y viendo que el suelo estaba repleto de casquillos de bala, preguntó a su compañera:

—¿Cuántos disparos ha hecho Manzano? Porque este desgraciado se ha quedado a gusto.

—Dos.

—¡Solo dos, qué *crack*! Macho —se dirigió al herido—, te ha tocado un tirador selecto. Te han dado de lleno.

El delgaducho ni respondió. Seguía carraspeando y emitiendo gruñidos de dolor.

—Sargento —preguntó Teresa en alto— ¿qué hacemos con los del lago, vamos a por ellos?

—¿Esos? No os preocupéis en absoluto —respondió con su habitual serenidad—. Se los dejamos... a la gente competente.

—¿¿A quién?? —preguntaron Marcos y Teresa prácticamente a la vez.

En ese momento, dos helicópteros de la Guardia Civil irrumpieron

sorpresivamente en el valle, sorteando la ladera derecha de la montaña. Volaban en formación y enseguida visualizaron las nubes de humo del campamento, por lo que impulsaron los aparatos para realizar un descenso veloz como dos potentes misiles guiados por calor hasta su objetivo. Nuestra óptica, como lo había sido el observatorio de cazadores durante la noche, era privilegiada: espectadores con pase VIP disfrutando nuevamente de una película en un cine de verano al aire libre. Una vez sobre el campamento, los dos helicópteros se posicionaron en vuelo estacionario a izquierda y derecha, dejando caer unas cuerdas de forma sincronizada de las que comenzaron a descender una docena de guardias civiles. En cuestión de minutos, su despliegue trajo resultados visibles a la orilla. Los guardias comenzaron a traer a los tipos de negro detenidos, dejándoles tumbados boca abajo sobre la arena con las manos engrilletadas a la espalda. No sabíamos de dónde habían salido, pero nos pareció una plaga de justicia que se había propagado por el campamento enemigo en el momento más oportuno.

—¡¿Pero esos quiénes son?! —preguntó Marcos, perplejo ante tal dispositivo.

—De Palencia no —afirmó Teresa, que también contemplaba ojiplática.

—Es el Grupo de Acción Rápida —explicó Manzano.

—¡¿El GAR?! ¿Cómo se han enterado? —preguntó Teresa.

—Después de llamaros, mientras os esperaba en la puerta del cuartel, pasé aviso al COS para que enviaran más patrullas. Bueno, pues al poco, un número desconocido me llamó y me dijo que avisarían al GAR porque...

—¡Mierda! El hidroavión se pone en marcha —maldijo Teresa, cortando la narración de Manzano al ver los rotores de las hélices arrancar.

El avión se puso en movimiento, alejándose del viejo embarcadero al máximo de potencia. Querían huir. Uno de los helicópteros, sin embargo, anticipando la maniobra de escape, se desplazó horizontalmente por encima del lago hasta colocarse justo delante de la aeronave, impidiendo que tomara velocidad de despegue. Eran dos titanes de hierro frente a frente, midiendo sus fuerzas. El helicóptero se había quedado en vuelo estable a medio metro de la superficie lacustre sin ceder un solo palmo al hidroavión,

que aún pretendía intimidar a su adversario con un leve avance por el agua. Fue todo un espectáculo en vivo que nos llenó de alegría. Vitoreamos al piloto y el profesor, contagiado de nuestro júbilo, no pudo evitar un: «¡Viva la Guardia Civil!», a lo que todos coreamos «¡VIVA!». Todos menos el delgaducho.

En pocos minutos, dos helicópteros más entraron en el valle para reforzar a los efectivos de tierra y detener a los restantes miembros de la organización. Uno de ellos, al ver al helicóptero que cortaba la huida del hidroavión, fue en su auxilio, llegando a posarse (o eso nos pareció) sobre el fuselaje del aparato. Era una operación muy arriesgada, ya que las cuatro hélices del hidroavión en acción no dejaban de ser cuatro cuchillas descomunales capaces de triturar todo lo que se les pusiera por delante.

—No somos competentes para hacerles frente, que se deje de luchar[2] —clamó el profesor—. Así recogen las crónicas la advertencia, infructuosa, de Moctezuma, el abuelo lejano de vuestro fundador, a su pueblo para que no se enfrentaran a los españoles.

—¿¡Quién ha dicho!? ¿El abuelo de quién? —preguntó Teresa, desencajando el gesto.

—¡Eso me lo sé! —se alegró Mari Brezo, recordando la lección, que estaba muy fresca—. Luego te lo cuento.

—Mirad esos dos —chilló Marcos, que no podía evitar admirar el combate entre los helicópteros y el avión, al tiempo que velaba por el delgaducho herido.

Dos hombres habían saltado del helicóptero que se mantenía sobre el techo del hidroavión, apresurándose hacia la cabina. Era un abordaje en toda regla. Rápidamente, se colocaron sobre el morro y apuntaron con sus armas al piloto. Querían forzar el apagado de motores y abortar, así, todo intento de escapatoria. La acción funcionó como esperaban. El hidroavión paró sus hélices y los ocupantes abrieron la puerta con las manos en alto. La batalla había llegado a su fin.

Me di cuenta de que mientras todo esto pasaba, Manzano estaba fotografiando con el móvil la pistola del delgaducho, la posición de los casquillos en el lugar del tiroteo y al propio tirador. Sabía que había que

documentar las pruebas del delito de cara a la investigación judicial que se avecinaba. Al margen de las acciones criminales que los rusos hubieran podido cometer, él había tenido que usar su arma de fuego contra otra persona. Aun llevando la razón, ese hecho iba a requerir muchas explicaciones y un juicio muy largo, donde la defensa del delgaducho lo apretaría para poner en duda quién disparó primero y si se trató de un uso proporcional y necesario de la fuerza o de abuso policial. Me acerqué a hablar con él.

—Siento que se haya tenido que involucrar en esto, a tan poco de la reserva y la edad de jubilación.

—No sientas nada —sonrió—. Hay que hacer lo que hay que hacer cuando hay que hacerlo. Ya sabes que siempre lo digo.

—Ya, pero seguro que le buscan las vueltas y...

—Mira, siempre he tenido claro que es mejor que te lleven un bocadillo a la cárcel que flores a la tumba. Eso cuando las cosas no salen bien, que no es el caso. Hay evidencias suficientes para demostrar que el arma está bien usada.

Teresa pidió la chaqueta beis al profesor para llamar la atención de los helicópteros que estaban sobre el lago. Después de varios aspavientos, uno de ellos, el que había bloqueado al avión inicialmente, nos avistó y comenzó a aproximarse al risco con prudencia. Una vez sobre nuestra posición, descolgó una cuerda por la que bajó un hombre ataviado con casco de kevlar, chaleco antibalas, rodilleras, coderas, arma larga y todo lo necesario para llevar a cabo operaciones especiales. En el frontal de su chaleco un discreto distintivo negro identificaba su unidad de pertenencia: una corona de laurel atravesada por un puñal corto que además seccionaba las letras «G» y «C» de la Guardia Civil. Era el emblema del GAR.

Mientras el guardia del GAR descendía por el cable pude oír a la guardia Teresa suspirar en bajo: «¡Dios, qué bueno está!». Por la cara que tenía, supongo que era como si estuviera viendo bajar al mismísimo *David* de Miguel Ángel hecho carne.

Manzano le informó de la situación y del herido grave, que acordaron evacuar de inmediato en el helicóptero. Para ello, Teresa y Marcos se

quedarían en el lugar para ayudar al guardia del GAR, único operativo disponible en ese momento. Comenzaron a bajar una camilla portátil y entre los tres subieron al delgaducho encima, colocando los arneses de seguridad para que no sufriera ninguna lesión. Mientras, Manzano nos pidió que lo siguiéramos. Él sí conocía el Denar y estaba capacitado para sacarnos de allí.

—Esta gente, el GAR, está hecha de otra pasta —comentó Manzano, echando un último vistazo a los helicópteros antes de adentrarse en el bosque—. Han sido muchos años luchando contra ETA en las peores condiciones. Son sencillamente lo mejor de lo mejor en la Guardia Civil.

—No son los únicos valientes —repuso el profesor—. Hoy todos ustedes se han portado como héroes. Y esta chica merece todo el reconocimiento —apuntó a Mari Brezo.

—¿Yo por qué?

—Bueno, mostró mucho valor cuando lanzó el cuchillo a ese canalla. Casi le da.

—¿Sabe qué, profesor? En ese momento, pensé: «en esa tabla cabemos los tres».

—¡¡Bravo!! Me alegra ver que mis historias permanecen en la memoria.

—Por supuesto, pero ahora en serio, tiene que ver *Titanic*.

Capítulo XVI – Asuntos Infernales

Ya casi habíamos salido del bosque. El cansancio había hecho mella en nosotros, pero el aliciente de abandonar el valle del Denar de una vez por todas y volver a nuestras vidas estaba por encima de eso y nos hacía caminar con mayor determinación. Manzano había ido todo el camino por delante, seguido del profesor, Mari Brezo y yo, por ese orden.

Yendo en fila india, de alguna manera nos habíamos acostumbrado al efecto dominó que se producía cada vez que el primero de la fila se paraba, por el motivo que fuese, porque eso hacía chocar tontamente a todos los que iban detrás. Sobre todo había pasado cuando era yo quien guiaba a los demás, pero ahora, siguiendo a Manzano, pude comprobar que un servidor no era caso único. Manzano superó lo que parecían los últimos matorrales; de pronto, se quedó inmóvil, tan tieso que el siguiente se comió su espalda, y así, uno tras otro en cadena con el que iba por delante (el efecto dominó). ¿Qué ocurría ahora? ¿Un nuevo problema? El profesor, por si acaso, temiendo lo peor, se ocultó detrás de un tronco en cuclillas. Mari Brezo, sin embargo, se adelantó de inmediato para ponerse a la altura de Manzano y ver qué pasaba. Yo no quería ser menos y de un brinco alcancé a estos dos, que se habían contagiado la estupefacción.

¡Al fin! Habíamos llegado al tronco caído de la P-311, pero algo se terciaba radicalmente diferente. Donde únicamente esperábamos encontrar mi coche junto al vehículo patrulla del puesto de Alar, hallamos un impresionante dispositivo de emergencia copando los dos estrechísimos márgenes de la maltrecha vía que, por una vez en su historia, tenía algo parecido a un atasco. Una treintena de coches de Guardia Civil, un camión de bomberos y varias ambulancias estaban aparcados unos detrás de otros, como buenamente podían, dejando el hueco justo en el medio de la carreterucha para que los servicios pudieran evacuar a los heridos y los coches pudieran, más o menos, entrar y salir del lugar. Junto a los coches,

un nutrido grupo de agentes se ajustaba los chalecos antibalas, preparaba sus armas y consultaba los mapas. Entre ellos, había numerosas caras que me eran familiares, de compañeros de los puestos cercanos; otras, no tanto o nada en absoluto. Todos, en cualquier caso, nada más vernos, corrieron a saludarnos y a preguntarnos por lo que habíamos vivido. Muchos habían acudido en respuesta a la llamada del COS y otros se habían sumado voluntariamente estando fuera de servicio. Se había corrido la voz de que había compañeros en peligro, y eso a pesar de la instrucción difundida por radio, que se limitó a pasar una novedad un tanto peculiar: «El GAR necesita apoyo para hacer una batida en el Denar en busca de unos fugitivos». Entre Mari Brezo y yo les dimos una explicación sucinta de todo lo que había acontecido con Murillo, el hidroavión, los tipos de negro y el profesor, que reapareció entre la multitud justo a tiempo para explicar el hallazgo del águila. En esta ocasión, no se explayó tanto como con nosotros, pero volvió a tener un momento estelar cuando destapó la enseña de oro romana y la exhibió ante todos. El personal quedó hipnotizado y se daba codazos en silencio para ver de cerca el increíble objeto recuperado del lago y arrancado del olvido de la historia.

El corrillo terminó de improviso cuando un médico y un enfermero traídos por Manzano se colaron entre el grupo de guardias y se llevaron al profesor. Los sanitarios priorizaron el estado de salud de la víctima de secuestro y apenas se distrajeron por la presencia del famoso estandarte romano. Taparon al profesor con una manta y lo condujeron al interior de una de las ambulancias. El hombre cedió, pero eso sí, antes cubrió el águila con el paño blanco para protegerla y llevarla consigo. Cuidaba de ella con el mismo celo protector de una madre meciendo a su hijo recién nacido.

Entretanto, un brigada del puesto de Cervera de Pisuerga, como mando más caracterizado, instruía a la tropa de guardias, unos cincuenta venidos de la Primera y Segunda Compañías, pertenecientes a las dos mitades norte de la provincia de Palencia, antes de salir de caza:

—Ya habéis oído a nuestros compañeros y a ese profesor —levantó la voz para ser escuchado por todo el personal—. La gente que buscamos es peligrosa y puede ir armada. Vamos a hacer dos filas aquí mismo y nos

vamos a poner espalda con espalda.

Ordenadamente, los guardias se dispusieron en las dos filas y se dieron la espalda. El brigada, entonces, volvió a hablar para todos:

—¡Esto es por seguridad! Que todo el mundo saque el arma y la monte en guardia baja, apuntando al suelo en ángulo de noventa grados. Vamos a llevarla en la funda, pero lista para disparar, con cartucho en recámara.

Así hicieron todos. A mí la carga simultánea de armas me recordó a los ejercicios de tiro, cuando a una orden del oficial toda la línea de tiradores monta sus armas antes de encarar la diana para disparar, pero a Mari Brezo y al profesor (desde la ambulancia) debió de retrotraerles al momento en el que delgaducho tan a punto estuvo de hacernos desaparecer.

—¿Quién conoce este valle? —volvió a vocear el brigada—. Pero conocer de verdad, ¡eh!

Tres compañeros levantaron la mano. El brigada, pues, dividió toda la fuerza en tres secciones compuestas por unos quince guardias cada una que seguirían a estos conocedores del terreno y peinarían distintas partes del bosque en torno al campamento de los rusos. Los grupos se pusieron en marcha sin dilación y, según les íbamos viendo desfilar, les deseábamos suerte. Como gurú de una de las secciones reconocí a Fernando Ordás, un guardia del solitario puesto de San Salvador de Cantamuda, el más recóndito y septentrional de Palencia. Lo había conocido un día de servicio de pura casualidad en un control conjunto de Seguridad Ciudadana y Tráfico. Un tío que me cayó francamente bien. Sabía que era maño, turolense para ser más preciso, y que antes de entrar en la Guardia Civil había sido legionario durante diez años (a lo mejor llegó a ser compañero de armas del Legionario, el profesor de gimnasia de Mari Brezo, ¿quién sabe?). Era un personaje muy conocido entre los guardias de la demarcación norte por su físico de gigante (solo el torso y los brazos doblaban el tamaño de mi cuerpo) y porque llevaba más de quince años de comandante de puesto interino en el mismo sitio. Esta situación, un guardia raso con funciones de mando, no era insólita, pero sí cuando se prolongaba tanto en el tiempo. La explicación era sencilla: ningún suboficial había mostrado interés en pedir un destino tan remoto y perdido de la mano de

Dios. «O te gusta o lo odias, y a mí me encanta», me dijo Fernando. Según él mismo me contó, era un amante de la Montaña Palentina y de una maravillosa palentina de la montaña: Eva, su mujer (aún recordaba su nombre porque era el mismo que mi hermana). Ella fue quien lo atrajo hasta aquel lugar de cuento y con quien ya había tenido cinco hijos (las bromas no se hacían esperar: «claro, en qué vas a ocupar el tiempo la mitad del año que no podéis salir de casa por la nieve»). El puesto de San Salvador era diminuto, con solo cuatro guardias, él incluido, pero había oído que Fernando cuidaba de los compañeros como si fueran de su propia familia. Era, en definitiva, una especie de asceta de verde, hecho a la montaña, ideal para dirigir una de las secciones de búsqueda en esa especie de laberinto natural que era el Denar.

Justo cuando todos los guardias habían marchado, dos chicos jóvenes vestidos de paisano se aproximaron a nosotros. Venían a pie siguiendo la larga hilera de vehículos bicolor, la cual seguramente les había obligado a dejar su coche a decenas de metros. Tal vez, esa misma razón era el motivo de su aparente mal humor; si no, no se entendería la cara de uva pasa que traían. Al llegar donde estábamos, uno de ellos se identificó en nombre de los dos con un tonito funesto que no anticipaba buenas vibraciones:

—Soy el teniente Puertas del grupo de Crimen Organizado de la Unidad Central Operativa, y él es el teniente Gil, también de la UCO, del grupo de Patrimonio Histórico. ¿Cuál es tu nombre? —me instó directamente.

—Veiga... Nebreda... Martín, mi teniente —respondí a trompicones, como si no tuviera claro mi propio nombre y apellidos. Me sentí imbécil de remate.

—Tú eres el que ha revuelto todo esta noche, ¿verdad? El que ha jodido una operación abierta que nos ha costado ocho meses de trabajo.

Con toda sinceridad, aquello fue lo último que pensaba escuchar ese día. ¿Cómo iba a fastidiar una operación de la UCO? ¿Yo, que era un donnadie?

—Mi teniente —intervino Manzano con voz serena—, este muchacho ha hecho muy bien esta noche. Gracias a él, se ha salvado la vida de un compañero.

—¡Martín ha hecho mucho más que eso! —interrumpió Mari Brezo,

indignada por lo que estaba oyendo—. Ha arriesgado su vida para liberar a una persona que estaba secuestrada, metiéndose para ello en la mismísima boca del lobo. ¿Dónde estabais vosotros si es que lo sabíais?

La humildad de mis compañeros me llegó al alma. Mari Brezo se había arriesgado tanto o más que yo; y qué decir de Manzano, que tuvo media centésima de segundo para apretar el gatillo contra un sicario de la peor calaña. Me estaban defendiendo de la acusación del teniente y eso, por lo menos, me hacía sentir algo más arropado. Lo relevante, de todas formas, era que Mari Brezo no pertenecía al cuerpo y, por tanto, se pasaba la jerarquía militar y el debido respeto por el arco del triunfo. El teniente avasallador se había dado cuenta y para no hacer el ridículo ante una civil sin pelos en la lengua, en absoluto intimidada por el rango militar, fingió estar mirando a los lados con un enfurecimiento muy teatrero. Pronto regresó a la arena para seguir atacando al eslabón más débil, es decir, a mí.

—¿Y el GAR? Esa es otra, ¡¿quién cojones ha llamado al GAR?!

—Les he avisado yo.

La respuesta firme y segura de una mujer, también vestida de paisano, que se acercaba por detrás de los dos tenientes sorprendió a todos.

—Soy la capitán Cynthia Manzano, de Asuntos Internos.

¡Capitán Manzano! Con ese apellido... Mari Brezo y yo nos volvimos instantáneamente hacia el sargento Manzano, pensando en un posible pariente suyo. Él, apremiado por las circunstancias, descartó inmediatamente cualquier vínculo familiar con un rápido movimiento de cabeza. Solo era una casualidad.

—Mi capitán —saludó el joven teniente, tragando saliva (y orgullo).

Ella, sin embargo, se dirigió primero a su tocayo (de apellido):

—Usted es el sargento de Alar, ¿verdad? Hemos hablado por teléfono esta noche.

Manzano confirmó con un sí no verbal, simplemente asintiendo con el gesto. La capitán, a diferencia del teniente bocazas y de su acólito, era una veterana de la Guardia Civil, de unos cincuenta años, con un aspecto esbelto y muy atlético. No era demasiado alta (aun así, seguro que superaba a Murillo), pero se la veía bien proporcionada, con una larguísima melena

rubia lisa que la hacía pasar por una persona mucho más joven. Llevaba puestas unas gafas de sol de tipo aviador con unos cristales ligeramente tintados en color azul oscuro que reflejaban nuestras caras como en un espejo *vintage*. Se centró entonces en el joven teniente, al que había dejado con la palabra en la boca:

—Los rusos estaban armados, ¿vosotros lo sabíais? Yo me he enterado esta noche gracias a este hombre —apuntó al sargento Manzano—. El GAR está especializado en este tipo de criminalidad violenta y tarda menos en helicóptero desde Logroño que cualquiera de las patrullas que el COS quería mandar hasta aquí. Te he llamado varias veces para que lo supieras y no me lo has cogido —reprochó al oficial, que nerviosamente se apresuró a comprobarlo en su teléfono—. Está autorizado por el coronel.

Una llamada al móvil de la capitán la apartó momentáneamente de nosotros. El teniente, que poco más podía añadir, se dio la vuelta y arreó a su colega con una seña. Antes de retirarse, aprovechó para darme la última estocada:

—Te llamaremos esta semana para tomarte declaración, así que no te vayas de vacaciones a ningún sitio.

Los dos jóvenes oficiales se marcharon por donde habían venido. Mari Brezo, mirándolos con desprecio, no pudo reprimirse:

—¡De vacaciones, dice! ¡Gilipuertas!

—Por favor, Mari Brezo, baja la voz que me buscas la ruina —susurré, temiendo más represalias.

—¡Qué! No he dicho nada malo —se excusó mostrando las palmas en señal de inocencia—. ¿No han dicho que se llaman Gil y Puertas? Les estoy despidiendo cortésmente, como se merecen.

—Ayyy, tiene que haber de todo en la viña del Señor —suspiró el sargento Manzano, avergonzado por la prepotencia de la oficialidad.

—Ya estoy, disculpad —volvió la capitán.

—Con su permiso, voy con los de la UCO —rezumó el sargento, desganado por tener que lidiar con ellos de nuevo, pero sintiendo la responsabilidad de dejar las cosas bien hechas—. Tienen que conocer al profesor secuestrado antes de que se lo lleven al hospital.

—¡Claro! —aprobó ella—. No hay que guardarles rencor. La experiencia siempre es un grado y eso es justamente lo que les falta a esos chicos.

—Totalmente de acuerdo, mi capitán —dijo mientras iba tras ellos—. ¡Es la edad!

Ciertamente, la capitán Manzano parecía una oficial cabal y respetuosa. Me sorprendía que alguien del Servicio de Asuntos Internos, o como todos lo conocen, Asuntos Infernales, fuera tan agradable. Pero, por otra parte, ¿y por qué no? No había conocido a ningún otro compañero que hubiera estado en Internos antes, por lo que mis prejuicios estaban de más.

—Quería daros las gracias por lo que habéis hecho —señaló ella, quitándose las gafas de sol y mirándonos seriamente a los ojos—. Llevábamos un tiempo considerable detrás del teniente coronel Santamaría por sus contactos con la mafia rusa, pero no sabíamos que los rusos habían fijado el chiringuito aquí. En eso han sido muy discretos.

—¿Y la petarda esa que es su novia? —curioseó Mari Brezo para sonsacar a la capitán.

—Precisamente, hace un minuto me han pasado la traducción de los mensajes entre la rusa y sus jefes anoche: iban a matarlo. En cuanto el avión despegara con toda la carga, esa chica tenía orden de librarse personalmente de Santamaría. Ya veis, ¡qué noviazgo tan firme!

—Otro memo más detrás de la misma guarra —apuntilló Mari Brezo.

—Sin saberlo, habéis salvado el pellejo del tecol —alabó la capitán—, y una vida es una vida, aunque la suya estuviera manchada, pero eso no me toca a mí juzgarlo. Su carrera militar, por lo menos, está acabada, y con todas las pruebas que hay, de cabeza a la cárcel seguro.

—Pero ¿y la UCO qué pinta en esto? —pregunté.

—Teníamos la investigación a medias. Asuntos Internos se ocupaba del teniente coronel y ellos de los movimientos de los rusos. UCO tenía vigilado el aeródromo de León desde el que partía el hidroavión cada noche, pero creedme si os digo que vosotros habéis descubierto más en una noche que Internos y UCO en casi un año de seguimientos y escuchas telefónicas.

—Ha sido cuestión de suerte, mi capitán —expresé tal como lo veía.

—¿Suerte? Mira, te contaré una anécdota. Hasta ahora, consideraba a mi padre el guardia más afortunado en la historia de la Guardia Civil. Estuvo un porrón de años de mecánico en el Parque Móvil de Príncipe de Vergara, en Madrid. Bueno, pues el hombre me contó que una mañana estaba cambiando el aceite a un Land Rover más viejo que Matusalén cuando un grupo de oficiales al mando de un teniente coronel se presentó en el taller y metió a todo quisqui en unos autobuses para llevar a cabo una «misión trascendental». Finalmente, el teniente coronel resultó ser Antonio Tejero y la misión, el golpe de Estado al Congreso de los Diputados el 23 de febrero de 1981. Ese día, mi padre fue el hombre más afortunado de la Benemérita porque todos los del Parque Móvil fueron reclutados a la fuerza excepto él, que estaba metido en el foso ocupado con los bajos del coche. No se enteró de nada hasta que vio que estaba solo en el taller y escuchó todo por la radio. Te puedo decir que con lo que ha pasado hoy, tú, bueno vosotros, habéis superado a mi padre.

—¡¡Gracias!! —respondimos Mari Brezo y yo a la vez.

—Eso de los tenientes coroneles, o bueno, de los guardias civiles en general que son malos no es muy normal, ¿no? —opinó Mari Brezo—. Quiero decir que se os hará un poco raro encarcelar a otros de verde, ¿o me equivoco?

—Aquí el que se sale del tiesto, ¡zapatazo! Sea quien sea —esgrimió la capitán—. Somos los primeros que debemos dar ejemplo a la ciudadanía. Aquellos de verde que hacen lo que no deben, como tú has dicho, deslucen el buen nombre de una institución donde más de ochenta mil compañeros se levantan cada día para hacer un trabajo extraordinario.

—Amén —alabó Mari Brezo sus palabras.

—Tú fíjate. Yo entré en la Guardia Civil en el 88, con la primera promoción de mujeres —hizo una pausa y se echó a reír al ver nuestras caras de asombro—. Sí, lo sé, tengo muchos trienios acumulados.

—¡Qué va, si estás estupenda! —la elogió Mari Brezo.

—La cosa es que cuando yo entré —continuó—, el director de la Guardia Civil era Luis Roldán, que vosotros a lo mejor sois muy jóvenes, pero era un chorizo y un sinvergüenza como no ha habido otro. Desvió

fondos, cobró comisiones ilegales, robó de la caja de huérfanos de Guardia Civil... Un pieza, vamos. El tío terminó huyendo a Camboya para gastarse la pasta, pero al final lo trincaron y lo trajeron de vuelta. Lo condenaron a más de treinta años de cárcel.

—¡Vaya guardia! —se quejó Mari Brezo.

—No era guardia civil, hija. Era político. El primer no militar en la historia de Guardia Civil que se hacía cargo de la dirección. Una sabia decisión, eso de poner politicuchos de directores, como ha demostrado el tiempo, pero bueno. En resumen, que si a un director no se le perdona, imagínate al resto. Por algo nos llaman Asuntos Infernales.

—Ja, ja, ja, ¿en serio? —se rio Mari Brezo.

—Bueno, tengo que irme. Ya os he dicho que sois muy afortunados. No os sorprendáis si se os acerca mi sargento, que le tengo en el coche haciendo gestiones, y os pide pasar el décimo de Navidad por la espalda. Estamos en contacto y, una vez más, ¡buen trabajo! —finalizó ella.

La capitán se dio media vuelta, pero en seguida se volvió una última vez hacia Mari Brezo como cayendo en la cuenta de algo:

—¿Tú no has pensado en meterte en la Guardia Civil?

—Me vale con meterme con ellos —me miró de soslayo con una sonrisilla—. Estoy bien donde estoy. Me gusta lo que hago.

—Vale, vale. Lo digo porque me gustan las mujeres de Palencia. Son valientes y fuertes, como tú. Y son las únicas en España que se ganaron el derecho a no inclinarse ante ningún monarca. Lo sé bien porque antes estaba en Casa Real y era escolta de Sus Majestades. Vine un par de veces a Palencia con ellos y una mujer me lo explicó todo.

—Menos mal que no pasaron por el bar de Mariano —musitó Mari Brezo—. Qué bochorno si les hace pagar.

—Era una cuestión —siguió diciendo— que se remontaba al siglo XIII o XIV, cuando las mujeres palentinas fueron las únicas que repelieron un ataque a la ciudad por parte de un príncipe extranjero que quería la Corona. Toda una pedazo de historia que me dejó alucinada. Y tú —le guiñó un ojo — eres como esas mujeres.

—Gracias, Cynthia —se ruborizó Mari Brezo.

La capitán se marchó, pero el día parecía no terminar para nosotros. Otro numeroso grupo de guardias venía andando por la carreterilla. ¿Más refuerzos? Doña Manuela, si es que estaba despierta y mirando por algún visillo de Casa Concha, estaría asustada de ver pasar tantos coches oficiales hacia una carretera sin salida.

—¡Qué maja! —dijo Mari Brezo, admirando los andares de la capitán según se alejaba—. Oye, una pregunta, ¿se puede decir «capitana» para una mujer?

—No, «capitán», siempre «capitán». Lo de capitana creo que se usa en la marina mercante.

—¿Y una capitán manda igual que un capitán que sea hombre? —preguntó ingenuamente.

—Manda como un capitán, sea hombre o mujer. Los galones son los galones.

La nueva oleada de guardias que estaba caminando hacia nosotros, o más bien en dirección al tronco caído (que teníamos detrás), comenzó a gritar de alegría, a silbar y a dar aplausos. No era por nosotros, sino por Mario, que en ese momento salía del bosque con unos médicos. Portaban una camilla en la que llevaban a Murillo y junto a él, cogiéndole de la mano, Anatolii. Nos volvimos y aplaudimos también.

—¡Murillo, pareces Cleopatra entrando en Egipto! —gritó uno de los guardias.

—Cuando se te acerque una mujer, desconfía —chilló Mari Brezo logrando sacar una sonrisa del convaleciente.

Me acerqué a la camilla para darle ánimo y desearle una pronta recuperación. En ese instante, cuando estaba a su lado, él mismo me cogió de la cazadora con la única mano que le quedaba libre. Los camilleros, al ver que quería hablar, se pararon un momento. Murillo seguía muy débil, así que acerqué mi oreja a su boca para escuchar sus palabras:

—¡Y para esto has gastado el preferente! —bromeó con un delicado hilo de voz, sin apenas fuerza para sonreír.

Más sanitarios vinieron a por la camilla y Mario y Anatolii quedaron libres de su trabajo de porteadores.

—Mario, me alegro de verte —le dije yo.

—Yo también —añadió Mari Brezo, visiblemente feliz—. Cuando te contemos lo que ha pasado, no te lo vas a creer. Pero antes una cosita, he perdido tu machete. Lo siento.

—Va, no pasa nada, era una baratija que... —se quedó totalmente pálido —. ¡Mierda, me tengo que ir!

Echó a correr hacia el bosque, sorteando el tronco caído de un gran salto.

—Pero ¿a dónde vas? —gritó Mari Brezo.

—He olvidado una cosa que vale dos millones de euros, o de pesetas, ¡yo qué sé! —respondió alejándose a toda velocidad.

Claramente se refería al visor nocturno del SEPRONA. Creo que ninguno nos apercibimos de él cuando dejamos el observatorio y ahí debía de seguir. Según lo vi introducirse entre las ramas de los árboles, pensé en una puerta giratoria a través de la cual Mario acababa de entrar y por la que, justo a continuación, dos guardias del GAR salieron al exterior con un detenido. Nunca el Denar había estado tan concurrido. De eso estoy seguro porque unos pocos segundos después, otro agente del GAR y el famoso Fernando Ordás aparecieron por la misma puerta giratoria llevando a otro detenido más. Los arrestados eran dos auténticos armarios. Si es que se les había ocurrido oponer resistencia, desde luego habían encontrado a su némesis en el GAR y el maño gigantón.

Según se aproximaron a nosotros, Mari Brezo y yo reconocimos a los detenidos. Eran los amantes de *Moscu-ruel*, los dos gorilas que dejaron al delgaducho tirado en cuanto hubo disparos y vieron a su jefe caer.

—¡Vaya dos! —exclamó Mari Brezo—. Parece que les han montado en serie en la misma fábrica.

—Sí, pero olvidaron ponerles cuello —dije de cachondeo, aunque pensando: «¿qué habría sido de mí de haber tenido que reducir a unos morlacos así?». Me habrían machacado hasta convertirme en un cromo arrugado.

—Esos estaban con el tío que disparó a Murillo —afirmó Anatolii—. Vaya paliza le dieron.

—Y vaya paliza que te habrá dado Murillo a ti, contándotelo estos días,

¿no? —se rio Mari Brezo.

—Algo así —reafirmó él.

—¡Qué modesto eres! Aun estando herido, Murillo no habrá callado ni dormido. Es como si cada día desayunara, comiera y cenara un bocadillo de petardos.

Con este comentario, Mari Brezo nos hizo reír a todos, lo que nos venía muy bien para desestresar un poco. Mientras, los dos gorilas iban camino de los coches patrulla conducidos por sus captores. Lo paradójico de toda la escena era que, pese a su enorme corpulencia y su pinta de matones, los dos lloraban como niños. En un momento dado, cuando los agentes del GAR estaban a punto de meter al primer detenido en un vehículo mampara, este se resistió. Los guardias del GAR hicieron por retenerlo, pero consiguió zafarse y se giró para gritarle algo a su compinche. El gorila que iba detrás hizo fuerza también para acercarse al primero, pero Fernando aplicó una llave de pinza con sus brazos alrededor del cuello haciendo palanca hacia atrás. A su vez, el guardia del GAR retorcía su antebrazo derecho, engrilletado a la espalda, para que depusiera su actitud. Después de unos segundos de tensión, el primer gorila dejó de resistirse y fue introducido en el coche. El segundo había caído de rodillas al suelo, totalmente exhausto por la llave de Fernando, que a punto estuvo de hacerle desmayar si no afloja la presión sobre la carótida. Entre sollozos, el primer gorila gritó una última cosa al otro en ruso.

—Anatolii, ¿qué ha dicho? —preguntó Mari Brezo, como si estuviera a punto de conocer el último capítulo de una telenovela.

—Ha dicho, ha dicho... —tardó en procesar la frase—: «Te quiero, amor, y siempre te querré» —tradujo algo confundido.

Miré hacia la ambulancia en la que subían a Murillo y comprendí que había presenciado la declaración de amor espontánea entre los detenidos. Justo antes de que cerraran la puerta, me guiñó un ojo y consiguió sacar una medio sonrisa. Tenía que estar resarciéndose por tener razón desde el principio con los amantes de *Moscu-ruel*.

—Deberíais iros a casa a descansar —aconsejó Manzano, que estaba de vuelta con varios compañeros—. Yo voy a llevar a los de PJ al risco y

después tengo que acompañarlos al campamento de la orilla del lago. Hay mucho que instruir y, además, me han dicho que vienen para acá la televisión y unos periodistas. No quiero aparecer en las noticias con el uniforme a medias y estos pantalones.

Me despedí de él y Mari Brezo le dio otro abrazo cariñosísimo.

—Anatolii, ¿te llevamos a algún sitio? —le pregunté.

—No, gracias. Estoy donde quiero estar. Quiero vivir aquí.

Dicho esto, también nos despedimos de él y nos montamos en mi coche. Justo antes de arrancar, Mari Brezo, que andaba pensativa, me preguntó sobre Anatolii:

—¿Ha dicho que se queda aquí, a vivir en la montaña?

—Así es.

—¡Del primer invierno no pasa!

Capítulo XVII – Rosas rojas y espinas

Hora de acostarse. ¡Por fin en casa, en mi cama! Dejé el móvil sobre la mesilla y, aunque estaba muerto de sueño, no podía cerrar los ojos. No dejaban de venirme imágenes de lo que había acontecido la noche anterior. También me preguntaba cómo estaría siendo la noche para el profesor, después de dos semanas secuestrado, o para el sargento Manzano, siempre sereno ante la adversidad, pero que tendría que afrontar un viacrucis procesal. Al menos, siendo positivos, a Murillo no le meterían un huevo ni lo pondrían en busca y captura. Se tiraría una buena temporada de *bajaciones* en el hospital y en su casa, y para cuando se reincorporara al servicio tendría una buena historia que contar a sus amigos y colegas (los de la partida de mus, primero, tendrían que perdonarle su traición el día de la rusa).

En cuanto a mí, todavía no sabía si de esta saldría condecorado o expedientado, algo muy nuestro, muy de la Guardia Civil. En la Escuela de Tráfico de Mérida se contaba mucho la historia de un motorista que sacó su arma para obligar a un conductor kamikaze a parar el coche. El compañero se jugó el todo por el todo, conduciendo en paralelo al coche y encañonando al conductor suicida. Según se decía, la primera reacción de los mandos al conocer el hecho fue intentar calzárselo sin más. Querían meterle un huevo descomunal para un acto que, sin embargo, la prensa relató de modo heroico, dando la vuelta a la tortilla y cambiando el destino de aquel motorista. Gracias a la repercusión que tuvo en los medios, se le concedió la medalla roja al valor. ¿Vendría la prensa en mi ayuda? No había mirado las noticias en todo el día. Los titulares debían de estar poniendo a Palencia en el mapa con Roma, rusos y Guardia Civil de por medio. Pero ¿acaso sabría alguien quién era yo? Daba igual, me sentía más que satisfecho por cómo habían salido las cosas y, sobre todo, por el milagroso final feliz tanto para Murillo como para el profesor, Mari Brezo y yo.

Fijé la alarma para el día siguiente. Tenía servicio por la mañana y, pese a todo lo vivido, nadie me había dicho que estuviera exento de ir a trabajar: el deber es el deber.

Y más recuerdos de la noche pasada: ¿por qué había entrado en la Guardia Civil? Quizá me vi movido por uno de esos valores en desuso como el honor, que tanto ensalzaba el profesor. No, no lo creo. Para mí ser guardia civil significaba pertenecer a una enorme familia con una gran tradición donde unos se ayudan a otros, y todos juntos a los demás.

—Martín, por favor, apaga la luz —se escuchó a mi lado con voz dulce pero cansada.

No habría estado mal seguir el consejo de Manzano cuando nos despedimos, habernos ido a descansar. Sin embargo, Mari Brezo y yo estábamos demasiado activos como para apagar motores después de todo lo que habíamos vivido y la cantidad de adrenalina que habíamos generado. Nos pareció bien seguir conociéndonos mientras degustábamos unos churros con chocolate del puestecito de Palencia capital (muy buenos, por cierto). Entre otras cosas, me enteré de que ella era muy amiga de Olivia, la hija mayor de Manzano (que ahora estaba destinada en Laredo), y que había pasado muchísimas horas en su casa de pequeña. Pude saber también el mote del profesor, que Mari Brezo no pudo evitar preguntar en un momento dado. Según dijo, sus alumnos le llamaban cariñosamente Groucho por su parecido con uno de los Hermanos Marx. Tuvimos que mirar en internet a quién se refería, porque no lo conocíamos. Cuando vimos la foto del tal Groucho Marx, realmente fue casi un retrato en blanco y negro del propio profesor. Por último, para rematar el día, quedaba una cosa pendiente. Una cosa que requería algo más de intimidad: el famoso tatuaje del tallo con rosas rojas y espinas en el brazo izquierdo de Mari Brezo. Ahora ya sí puedo decir que sé cómo es y dónde acaba, pero esa... es otra historia.

Luces fuera.

EPÍLOGO

Un par de décadas antes del nacimiento de Jesús de Nazaret, los últimos pueblos celtas independientes en la Hispania romana más alejada de Roma, la Ulterior, se rebelaron contra la fuerza militar más disciplinada de la época. ¿Cómo lo sabemos? Los mismos que ganaron aquella guerra nos lo contaron. Dejaron testimonio de ella al más puro estilo romano, destacando siempre la necesidad y la dificultad de la empresa:

Por occidente, en casi toda Hispania reinaba la paz, a excepción de la zona que, partiendo de las estribaciones rocosas del Pirineo, baña la orilla más próxima del Océano. *Aquí vivían dos pueblos extraordinariamente resistentes, cántabros y astures, nunca sometidos a nuestro Imperio. El primero en iniciar la rebelión, el más enérgico y pertinaz fue el de los cántabros, que, no contentos con defender su libertad, pretendían incluso imponer su dominio a sus vecinos y hostigaban con frecuentes incursiones a los vacceos, turmogos y autrigones*[3].

Efectivamente, las tribus celtíberas del actualmente norte de Palencia, León, Galicia, Asturias y Cantabria tenían fama de fieras. Confiaban en su propio valor y en la durísima orografía que constituía su hogar, la cordillera cantábrica[4]:

[Los cántabros huyeron a la montaña] *donde creían que antes habrían de llegar allí las olas del océano, que las armas romanas*[5].

No obstante, todo el esfuerzo fue en vano. Pese a algunos reveses, como la derrota de la Legión I Augusta en el 19 a. C. y la calamitosa estancia del emperador Octavio Augusto en Hispania, que casi se deja la vida por enfermedad y agotamiento, lo romano terminó por imponerse definitivamente en el campo de batalla. El valor del enemigo cántabro (según Estrabón, la «insensatez y falta de cordura[6]») quedó inmortalizado en su obra de historia natural:

En la guerra de los cántabros, unas madres mataron a sus hijos antes de

ser hechas prisioneras, y un niño, estando encadenados como cautivos sus padres y hermanos, se apoderó, por orden de su padre, de un acero y los mató a todos, [...]. *Unos que habían sido hechos prisioneros y clavados en cruces entonaban cantos de victoria* [...].

Pero Roma no solo prevaleció sobre calaicos, astures, cántabros, vascones, vacceos y toda clase de naciones que poblaban aquellas tierras por la vía de las armas. Hubo algo más, algo que sedujo a aquellas gentes a abandonar paulatinamente sus lenguas y costumbres para adoptar las romanas. Todo el mundo quería hablar el idioma de los romanos, vestir como ellos, vivir en las ciudades a donde llegaba el agua corriente a través de tuberías y sistemas hidráulicos imposibles, ser parte de su economía y sentirse protegidos por su sistema de derecho. Por todo ello, resulta paradójico que exista gente hoy en día renegando de lo romano, porque, en realidad, reniegan de sí mismos, y tal como trataba de explicar el profesor, los romanos somos nosotros. Cronológicamente, no nos distamos tanto de ellos, y culturalmente, nada.

En cuanto a la enseña de la Legión I Augusta, el águila perdida, parece que sí desapareció (efectivamente, un ultraje para Roma) y nunca se recuperó. ¿Aparecerá algún día en alguna excavación de un yacimiento o en un recoveco de alguna cueva en las montañas del norte? Quién sabe. Es bonito imaginar que sí y que, incluso, llevará una inscripción enmarcada indicando a quién perteneció:

LEG. I AVGVSTA

Existieron, pues, los romanos de esta historia, pero ¿y el Denar? El norte de Palencia es tan abrupto y bello como figura en las páginas de este libro, con una naturaleza verde y salvaje que el hombre, por mucho que se empeñe a veces, no puede (ni debe) domar. Dejo a la voluntad del lector el tratar de averiguar dónde se encuentra el Denar, ya sea en el mapa o sobre el terreno, pues, si como un rey francés afirmó en cierta ocasión, París bien vale una misa, yo opino que Palencia bien vale una visita.

¿Y el Cristo del Otero, las patatas bravas, el olor a café y los churros con chocolate de Palencia? Esos son tan reales como que el día es día y la noche, noche. Como patrimonio material, el Cristo es, sin duda, el mejor

exponente de Palencia. Todos se sienten orgullosos de él y a todos gusta avistarlo de lejos cuando se vuelve a casa. No es factible que el gran Victorio Macho, escultor del Cristo, estuviera picado con el creador del Cristo de Río, pero poco le podría haber faltado para levantarlo él mismo allí. Además de la faraónica escultura de Palencia, Macho dejó unas impresionantes obras escultóricas en el continente americano (Colombia, Venezuela, Panamá...), que todavía hoy perduran y (sin que seamos conscientes de ello) vienen a simbolizar la unión cultural que siempre ha existido entre españoles y nuestros hermanos hispanoamericanos a un lado y otro del océano.

¿Y la Guardia Civil? ¿Existen los Manzanos, los Veigas, los Murillos, etc.? Pues sí y no. Los personajes de esta obra son ficticios, pero están basados en personas de carne y hueso que han inspirado su forma y su voz. En cualquier caso, los guardias civiles no pretenden destacar más de lo que se les necesita; desde los que visten el uniforme verde y patrullan por nuestros pueblos y ciudades, hasta los que van de paisano y lideran las unidades de élite de investigación en España. Simplemente, todos ellos están ahí. Ocupan sus puestos con humildad y discreción y desarrollan su labor diaria de proteger al ciudadano con el honor como máxima divisa, tal como el Duque de Ahumada (sí, el lejano sucesor del emperador mexica Moctezuma II) estableció hace ciento ochenta y un años. Un cuerpo cimentado en un espíritu de compañerismo sin igual al que quedan por delante venideros siglos de existencia y cumplimiento del deber.

Notas al final

[1] «¿Hasta cuándo has de abusar de nuestra paciencia, Catilina?» Calvo, J. B. (traducción), *Catilinarias*, edición de Quetglas, P. J., Barcelona, Austral, 2017.

[2] *Historia General de las Cosas de la Nueva España*, Libro XII, capítulo XXI, de la obra de Fray Bernardino de Sahagún, México, Editorial Porrúa, 1982.

[3] *Epítome de la historia de Tito Livio*, Libro II, 33, 46, traducción de Lucio Anneo Floro por Hinojo Andrés, G. y Moreno Febrero, I., Madrid, Gredos, 2000.

[4] *Las guerras cántabras en las fuentes*, González Echegaray, J., Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 2005.

[5] Floro, II, 33, 49.

[6] *Geografía*, Libro III, 4, 17-18, traducción de Estrabón por Meana, M. J. y Piñero, F., Madrid, Gredos, 1992.

10
20
22
58
68
88
98
108
118
142